



*Antes
de
Amarte*

AMAYA EVANS

ANTES DE AMARTE
SERIE “SOLTERONAS” 2
AMAYA EVANS
2020

Título Original: ANTES DE AMARTE

Copyright © 2020 por Amaya Evans.

Diseño de portada: ©Amaya Evans.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

SINOPSIS

Lady Adalind Payton, es una joven muy peculiar. Es centrada, considerada, nunca en su vida le dio problemas a sus padres y lo único extraño, es que, en lugar de gustarle las novelas románticas, adora leer sobre los astros y los signos zodiacales. A la edad de 23 años ya es llamada solterona por algunos, y un fracaso por otros. Pero inesperadamente, su tía les ha dejado en vida una cuantiosa herencia provocando que solo ese detalle, la ponga de nuevo en el juego matrimonial. Pero ella no quiere ir a temporadas en Londres, a cazar marido, porque su corazón hace un tiempo late por alguien que la acepta tal y como es.

Damien Saint Clare, Marques de Gilmor, es un hombre frío, malhumorado que detesta a la gente y que prefiere la privacidad de su casa, a esa gente hipócrita de sociedad. No tiene amigos, ni los necesita, pero hace un tiempo conoció a una mujer peculiar que captó su atención y con la cual puede ser el mismo. Ella no lo ve con asco por sus marcas en el rostro, ni tampoco se burla de él, es diferente, y afortunadamente solo quiere su amistad, sin más trucos detrás de eso.

¿Qué pasará cuando Damien se dé cuenta de que Adalind, se ha enamorado perdidamente de él?

¿Podrá ella ser capaz de penetrar la dura coraza alrededor del corazón del marqués y hacerlo ver que él también merece ser amado?

Capítulo 1

Adalind caminaba hacia la propiedad de su vecino y como siempre que iba a encontrarse con él, su corazón latía desbocado. Se sentía nerviosa porque no quería echarlo todo a perder por sus palabras de hacía unas semanas. Todavía se decía “estúpida” una y mil veces. Ella se imaginó que él estaría de acuerdo, cuando le dijo que harían una pareja perfecta, no solo porque eran dos signos afines, pues ella siendo Libra, era muy tranquila y optimista, además de que no le gustaban los enfrentamientos y él siendo Leo, tenía un carácter fuerte, así que podían ir bien. Sin embargo, había otras cosas que le gustaban de él, como lo generoso que era, aunque no le gustaba que los demás lo supieran y bueno...decían que los de su signo eran apasionados, y eso no le hacía daño a nadie. Sintió que un sonrojo se extendía por todo su rostro con solo pensarlo. Pero Damien en lugar de aceptar su práctica idea, se puso lívido, y la miró con ojos asesinos. Le dijo que ya sabía que esa amistad entre ellos, era demasiado buena para ser verdad. Le gritó que no era más que una mentirosa como todas las mujeres pero que le aplaudía su astucia porque se había hecho pasar por una amiga para luego dar el zarpazo.

Ella no entendió una palabra de lo que dijo, pero le suplicó que no terminara su amistad por una imprudencia de ella, que se le había salido ese comentario porque pensó que él no lo vería mal. Damien se fue en su caballo y la dejó allí sola, teniendo que aguantarse la lluvia torrencial que cayó todo el camino de regreso a su casa. Aunque eso fue terrible, ella no se había cansado de ir día tras día a su casa para convencerlo de que no había sido su intención molestarlo, pero él no quería saber de ella.

Cuando llegó a casa de Damien, quien la recibió fue su mayordomo.

—Buenas tardes, Huxley.

—Buenas tardes, lady Adalind.

— ¿Podría ver a lord Gilmor?

—Me temo que no está en condiciones de atenderla—el hombre miraba para todos lados, menos hacia ella.

— ¿Es eso o tampoco quiere verme hoy?

El hombre tuvo la decencia de parecer avergonzado.

—Ya entiendo...dijo ella carilarga. —dígame que estuve de nuevo aquí, y que no dejaré de venir hasta que me dé la cara y hable conmigo. Dígame también que por si no se ha dado cuenta ya no es un niño para hacer esos berrinches infantiles, que si tiene algo que decirme lo haga como un hombre adulto que es.

El mayordomo la miró con ojos muy abiertos—milady, no creo que pueda usar esas mismas palabras, pero me aseguraré de darle el mensaje con palabras más...

—No Huxley, dígaselo así.

—Milady, si no quiere que me corra en ese mismo instante en que se lo diga, lo mejor será que suavice el recado.

—Bien, bien, haga lo que quiera—le dijo molesta—buenas tardes.

—Buenas tardes, lady Adalind, que tenga un excelente día—el hombre cerró la puerta y se limpió nerviosamente, las gotas de sudor con el pañuelo, antes de subir las escaleras para dirigirse al dormitorio de su señor.

Damien miraba desde su ventana mientras la veía irse. No había duda de que lady Adalind Payton, era una mujer terca y persistente. La vio salir con su forma de caminar peculiar cuando estaba molesta. Sonrió pensando que la había llegado a conocer bastante bien en ese poco tiempo que llevaban siendo amigos. Sabía cuándo estaba feliz, cuando estaba pensativa, y también cuando estaba triste. Pero cuando estaba molesta era una fuerza a tomar en cuenta, se portaba impulsiva y decía lo que se le viniera a la cabeza. Suerte que era más bien de temperamento calmado. Con ansias la había esperado cada tarde para salir a cabalgar y escucharla hablar de sus adorados astros, de la luna más indicada para los cultivos y de sus signos del zodiaco. Ella también escuchaba sus ideas de mejorar la propiedad y las condiciones de sus arrendatarios. Así como sus historias de tiempos mejores. No supo cómo ni cuándo, pero ella se fue metiendo en sus corazón, y se encontró echándola de menos cuando no la veía.

Todavía recordaba aquella vez que a él se le ocurrió salir a dar un paseo solo, y la encontró cerca a sus terrenos, según ella recogiendo hongos para una receta con pollo muy especial que quería hacerle a su tía. Fue allí cuando supo que era sobrina de lady Helen Payton, una mujer bastante peculiar y muy independiente. La gente e incluso él, solían decir que era una mujer adelantada a su tiempo. No le gustaba la compañía de los hombres y definitivamente no le gustaba tenerlos en cuenta para nada en su vida. Vivía diciendo que hacían falta mujeres médicos, contadoras, enfermeras y hasta abogadas. Que, si las cosas fueran así, no tendría que emplear al género masculino para nada en su vida. Por Dios Santo ¡mujeres abogadas!, sintió escalofríos de solo pensar en mujeres haciendo leyes. Con lo temperamentales que eran, mandarían el mundo al diablo en cuestión de meses.

Pero a él le caía bien Adalind, con su manera de pensar independiente. Él día que la encontró recogiendo sus hongos, le metió un susto de muerte, le gritó y hasta le apuntó con su arma, diciéndole que estaba en propiedad privada. A lo que ella descaradamente respondió—Lo sé, pero nuestras propiedades están juntas, y me imagine que no vería nada malo en regalarme unos cuantos honguitos. Además, es de buenos vecinos colaborarles a otros vecinos—le dio una tremenda sonrisa.

Él estaba totalmente desconcertado al ver que aquella mujer atrevida, no gritaba o se desmayaba al ver su rostro. Por lo general era costumbre que el género femenino huyera despavorido al verlo o hiciera una mueva de asco por sus cicatrices en el rostro. Ella lo observaba, pero era más con curiosidad. De manera que poco a poco se las arregló para estar presente cada día cuando el pasaba por esa parte de la propiedad y siempre tenía algo que decir. Al principio el solo le respondía con monosílabos, pero después no supo cómo pasó, empezaron a hablar más y un día él le dijo que trajera su caballo y podrían cabalgar. Ese fue el comienzo de aquella extraña amistad.

Todo marchaba bien, hasta que a ella se le dio por decirle un día que, en lugar de encontrarse cada día, deberían vivir juntos. Él se imaginó que ella le insinuaba que se convirtieran en amantes. Al final de cuentas, él había escuchado que ella y sus hermanas eran solteronas, y que no pensaban casarse porque pensaban igual que su tía, pero se dio cuenta de que se había equivocado, cuando ella le dijo que sería más practico casarse.

Damien pensó que estaba loca, pero ella pensaba que su idea, era más que lógica. Él no quiso saber nada más del asunto, pero ahora Adalind lo buscaba todo el tiempo y ya se estaba cansando de aquel asunto. Él jamás se casaría. Todavía tenía en su mente el recuerdo de aquella mujer que se burló terriblemente de él. Esa que le hizo pensar que lo amaba y mientras él la visitaba en su casa para cortejarla, ella se reunía después en el té de las cinco con sus amigas para chismear sobre el asco que le daba que Damien la tocara y que un día cuando le había robado un beso casi vomita. Eso le dijo la prima de un buen amigo con la cual ellas habían estado una tarde, sin saber que conocía a Damien. Cuando ella se lo dijo a su primo y este se lo comentó a él, casi muere de la vergüenza y del dolor. Esa maldita mujer había reído cruelmente y les había jurado a sus amigas, que cuando fuera marquesa y tuviera acceso a la fortuna de él, le diría todo el tiempo que tenía jaqueca para que no se le acercara, y se iría por temporadas a alguna de las casas de campo de su propiedad con un amante nuevo, cada vez.

Damien no fue el mismo desde aquel día. Él no había creído su suerte cuando conoció a Daphne. Era una mujer hermosa, delicada, educada, hija de un barón con mucho dinero, y su unión sería perfecta, ante toda la sociedad de Londres, e indiscutiblemente beneficiosa para ambas familias, pero cuando vio su verdadero rostro, a él le pareció que era incluso más horrendo que el suyo cuando se miraba al espejo. Para él era difícil confiar a partir de ese día y por eso se juró jamás volver a caer en el juego de ninguna mujer.

— ¿Cómo te fue? —le preguntó Anne.

—Oh Dios, de verdad que no lo sé—respondió ella desanimada. —He caminado kilómetros para llegar hasta su casa y él simplemente me evita, como si nada.

—Tú tienes la culpa. ¿Quién te dijo que le hablaras de matrimonio a un hombre? Hasta yo, que no soy una experta, sé que los hombres huyen cuando se sienten perseguidos, es como un cazador y la presa. Y aquí obviamente él es la presa, que tú, mi querida cazadora, persigues.

—Solo quería que fuéramos prácticos. Ya teníamos una amistad, y nos llevábamos bien. Puedo ser una digna marquesa y encargarme de la casa y mientras, podemos vivir como una familia. De esa manera nadie me molestaría con el tema de ser solterona y a él no lo molestarían porque creen que ninguna mujer querría estar con él.

—¿Y le dijiste eso? —ella abrió los ojos desmesuradamente.

—Por supuesto que no, tampoco soy idiota.

—Oh bueno...porque si hubiera sido así, le doy completamente la razón al hombre al no quererte ver.

Adalind negó con la cabeza—no sé porque se ofendió tanto. Y con el trabajo que me costó hacerme su amiga. ¿Recuerdas cuando te dije que tenía un gesto tosco en su rostro como si fuera un toro apunto de embestir?

—Oh si, lo recuerdo. Decías que incluso a ti, te daba algo de miedo.

—Estaba tan equivocada—sonrió—aquel ogro era un hombre gentil, generoso y hasta bromista. ¿lo puedes creer?

—No. —dijo Anne con su acostumbrada sinceridad.

—Bueno, pues lo es.

—Pero Addie, ¿no será posible que le estés haciendo esa proposición porque te estés enamorando de él?

—¡Por supuesto que no! —respondió molesta, aunque ella se preguntaba lo mismo.

—Bueno, no tienes que ponerte así. lo digo porque cuando hablas del marqués tu rostro se ilumina completamente. —la miró un momento—nadie te culparía si fuera así. Llevas semanas hablando con él, a ninguno de los dos les ha importado estar solos, y que eso pudiera generar chismes.

—Por Dios, Annie. ¿Qué más podrían hablar de nosotras? Somos las solteras Payton, o bueno...lo éramos. Desde que Alex, se casó con el conde, la gente ha dejado de llamarnos así. Por lo menos a ella.

Annie se echó a reír—tal vez, tú seas la siguiente en casarte.

—Honestamente, ya lo estoy dudando.

— ¿Y porque no pones tierra de por medio?

—Que quieres decir con eso?

—Pues que te vayas lejos por un tiempo, y tal vez cuando vuelvas las cosas se hayan calmado. ¿no te parece?

—Puede ser...—ella lo pensó y no le pareció tan descabellado.

Alexandra escribió y dice que quiere vernos. A lo mejor podemos armar un viaje para ir a visitarla, y de paso divertirnos un poco. Te aseguro que, en otro ambiente, y conociendo otras personas, te olvidarás por completo del desplante del marqués.

Adalind no sabía si eso era posible, pero después de la forma en que la había tratado, todo apuntaba a que su amistad, había terminado y todo por su bocota.

Pasaron varios días desde que fue a casa de Damien, y entre su hermana y su tía, hacían los preparativos de su temporada en Londres con su hermana Alexandra y su esposo, el conde de Woodbridge. Adalind estaba entusiasmada por verla, sin embargo, no dejaba de pensar en Damien, y que al menos le habría gustado verlo y aclarar las cosas antes de irse varios meses a Londres. Y parecía que el destino la hubiera escuchado porque la tarde siguiente, fue a caminar un rato y no se aguantó las ganas de verlo, por lo que tomó el camino que llevaba a su casa y empezó a cruzar el pequeño bosque que había entre la propiedad de su tía y la de él. Necesitaba arreglar las cosas y tal vez con los días que habían pasado, el estuviera de mejor ánimo pensaba mientras caminaba, y fue precisamente por eso que no se dio cuenta de que venía un caballo a todo galope,

y un montón de perros a toda prisa persiguiendo lo que parecía ser un zorro. Adalind no lo vio hasta que lo tuvo casi encima. El pobre animal asustado casi choca con ella y luego se desvió tan rápido, que casi la golpea por poco, con sus patas delanteras. Todo pasó como un borrón, pero desafortunadamente, lo que si no la esquivó fue la bala que iba dirigida al animal. Adalind sintió un dolor intenso en la pierna izquierda, era como si algo estuviera quemando su muslo tan intensamente que llegaba al mismo hueso. No pudo evitar dar un grito de angustia, y luego cayó al piso con la vista borrosa, preguntándose si estaba muriendo.

Capítulo 2

Damien vio horrorizado como la bala que iba dirigida al zorro, impactó de lleno en la pierna de Adalind, haciéndola caer. Maldijo en todas las formas posibles, el hecho de que ella estuviera en el momento y lugar equivocado.

Fue corriendo hacia ella, viéndola desmadejada en el piso, con los ojos cerrados y un montón de sangre saliendo de su herida. La tomó en sus brazos— ¡Adalind! ¡Adalind! —gritó la segunda vez, viendo que no respondía.

—Adalind, despierta! —la sacudió un poco—por favor, abre los ojos—su tono ahora era desesperado.

Ella poco a poco los abrió y lo observó con reproche—me disparaste—le reclamó débilmente y entonces, volvió a desmayarse.

Damien la llevó rápidamente a su casa y al llegar, rugió ordenes de un lado a otro para que llamaran al médico y llevaran agua caliente con la que pudiera limpiar la herida de Adalind. Se dirigió a una de las habitaciones de huéspedes y la depositó en la cama tratando de despertarla.

—Adalind, por favor...no me hagas esto, preciosa.

Un rato después llegó el doctor y la revisó. Pasado un tiempo salió de la habitación donde habían instalado a Adalind, con semblante serio.

—Doctor, dígame de una vez que es lo que pasa con su pierna—preguntó imaginándose lo peor.

—No hay porque preocuparse, lord Gilmore. La joven está bien, la bala entró y salió limpiamente, sin romper huesos, ni comprometer nada. Lo único que tendrá es una cicatriz para recordarlo y contra eso no hay nada que pueda hacer.

— ¿No puede hacer nada para que sea una cicatriz muy pequeña?

—Sé lo vanidosas que pueden llegar a ser las mujeres, pero créame cuando le digo que suelo hacer muy bien las suturas, sin embargo, mucho depende de la piel de la persona y del cuidado que esta tenga en su convalecencia.

—Ya veo...

—Sí la cuidan bien, no habrá problemas, ni feas heridas.

—Mandaré traer a su tía y hermana para que se encarguen de cuidarla aquí en mi casa. Creo que será lo mejor.

—Estoy de acuerdo. Sí la mueven ahora puede llegar a ser peligroso y si lo hacen dentro de unos cuantos días, puede abrirse la herida, así que lo mejor será que esté aquí. —recogió su maletín y se levantó—aquí tiene esta receta, con todo lo que ella va a necesitar. Ya hablé con el ama de llaves que estaba en la habitación, y le di instrucciones precisas de cómo hacer los emplastos para poner sobre la pierna, y como mantener limpia la herida. Aquí le escrito las horas en las que deben darle un poco de láudano para el dolor y especifico la cantidad de la dosis que debe ser muy leve.

—Muy bien—recibió el papel y se lo dio a un lacayo—que consigan todo esto, y lo traigan lo antes posible.

—Sí, milord—el muchacho se puso manos a la obra rápidamente.

—Dígale al mayordomo que le pague sus honorarios, doctor—le ofreció la mano—muchas gracias por todo.

—No hay de que, lo hice con mucho gusto. Sí me permite vendré a ver a la señorita en dos días para hacer un seguimiento de su evolución.

—Por supuesto—ambos se despidieron y Damien se dirigió al dormitorio de Adalind. Entró sigilosamente, y la vio dormir. La señora Wilson, estaba doblando unos pedazos de tela y limpiando alrededor, cualquier cosa que habría podido quedar de cuando el doctor estuvo haciéndole las curaciones a Adalind.

—Señora Wilson, haga el favor de dejarme solo con ella.

La mujer lo miró incómoda—pero milord, no creo que eso sea conveniente.

—¿Cree que voy a aprovecharme de una mujer herida e indefensa, que además está completamente ida por el láudano?

La mujer se sonrojó—disculpe, milord. Por supuesto que no pensaba eso, pero es una dama, soltera, en la casa de un hombre.

—Nadie dirá nada, porque solo estamos usted y yo. ¿Quién va saberlo? No creo que usted vaya

a decir algo ¿o sí? —su mirada la atravesaba.

—No, milord—la mujer lucía avergonzada—lo dejo solo.

Cuando ella por fin se marchó, él se quedó allí observando la hermosa joven, un buen rato hasta que ella se despertó. Al abrir los ojos, Adalind vio a su alrededor y notó con cierta confusión que no estaba en su habitación. Miró un cuarto en colores crema y azul oscuro completamente desconocido, y un fuego crepitando frente a la cama. Trató de enfocar su vista y miró hacia un lado, para encontrarse con un cuerpo grande, sentado al lado de su cama con la cabeza gacha. Supo que era Damien inmediatamente y acarició su cabello con sus manos. No pudo evitarlo, aunque sabía que no era correcto.

Él sintió su toque y alzó la cabeza. Sus ojos la miraron entre sorprendidos y aliviados—ya despertaste.

—Me duele mucho la pierna—le dijo con gesto de dolor.

—Lo sé—le dijo mirando su pierna, cosa que no debería estar haciendo ya que estaban solos. —lo siento. De verdad no ha sido mi intención, pero tú estabas allí en medio de mi asunto con aquel maldito zorro que tiene a mis cabras y gallinas, nerviosas. Todos los días me daban quejas de aquel animal y veía como estaba engordando a costa mía. Cuando salí a cazarlo jamás me imaginé que me toparía contigo.

—Yo...venía para acá, porque necesitaba hablarte antes de irme.

—¿Irte a dónde? —dijo molesto de repente. No supo la razón de aquella reacción visceral pero tampoco se puso a analizarla.

—Mi tía y Annie, han organizado un viaje para que veamos a Alexandra, mi hermana mayor.

—Oh si, la que se ha casado con un conde—dijo como si no le importara.

—Sí, ella. Pero antes de irme, solo quería tratar de aclarar las cosas por última vez—sonrió—creo que fue el destino el que hizo que todo esto sucediera.

—No lo creo...

—Tal vez los astros se alinearon para que pudiéramos vernos.

—Sí claro. ¿Y los astros también arreglaron lo de la bala en tu pierna? —preguntó con ironía.

—Claro que no, pero no podrás negar que es una tremenda coincidencia que yo haya estado

caminando en el mismo lugar por donde tú estabas pasando.

Él prefirió no ir mas por ese camino—el doctor ha dicho que necesitas bastante reposo. Dice que no puedes moverte para que la cicatriz no se abra y de esa manera no quede una cicatriz grande.

—Pero no puedo estar aquí.

—¿Por qué no?

—Mi tía se preocupará.

—Ya me he encargado de eso. Mandé una nota a tu tía y le dije al lacayo que esperara su respuesta. Dijo que vendría pronto y que dejaría a tu hermana Anne contigo para que te asistiera y te hiciera compañía.

— ¡Debe estar feliz! —dijo pensando en lo poco que le gustaba a su hermana ayudarla en algo.

—¿Por qué lo dices?

—Conozco a mis hermanas y aunque tienen cosas muy buenas también soy consciente de sus defectos. Anne y yo, no siempre nos llevamos bien, y casi siempre estamos en desacuerdo—dijo bostezando.

—Ella ante todo es tu hermana, Addie. Eso jamás va a cambiar y si la necesitas, estoy seguro de que vendrá a ayudarte con gusto—Observó como ella trataba de sonreír y poco a poco cerraba sus parpados de largas pestañas, y como su respiración iba haciéndose poco a poco más lenta. No iba a negar lo obvio; Adalind era una mujer hermosa y aunque no deseaba verla de otra manera, lo cierto era que algo en él, había cambiado cuando ella le hizo aquella loca propuesta. Se acercó y le dio un beso en la frente—duerme pequeña flor.

Adalind despertó, y todavía era de noche. Ya Damien no estaba a su lado, no lo veía por ahí cerca, aunque tampoco era que sus ojos colaboraran mucho, pues estaban casi cerrados. Lo que si veía arder con fuerza era el fuego frente a su cama, que estaba tan fuerte, que sentía su cuerpo sudar a cantaros. Hizo amago de quitarse el camisón.

— ¡No! —dijo fuerte una voz que reconoció inmediatamente—Era él, Damien.

—No debes quitarte nada, hermanita. Tienes compañía. El doctor ha venido a verte y el marqués esta con él—dijo Anne, a la que no había visto llegar.

— ¿Por qué no puedo abrir casi mis ojos? —preguntó débilmente. —me pesan mucho.

—Es el efecto del láudano, lady Adalind—dijo el doctor. Al parecer la persona que se lo dio, no leyó bien lo que recomendé, y le dio un poco más de lo que debía—en su voz se notaba la molestia.

— ¿Eso...eso es malo?

—Tranquila Addie, ya estoy aquí contigo—Anne acarició su cabeza. El doctor dice que como afortunadamente fue muy poco lo que se pasó la dosis y solo lo hicieron una vez, no hay de qué preocuparse.

—El efecto pasará pronto, lady Adalind. No se afane y trate de descansar—comentó el hombre que sonaba más cerca ahora.

—Tengo calor—Adalind sentía que se sofocaba.

—Voy a bajar el fuego—dijo Damien.

—Agua...

Enseguida sintió el frío de la copa de cristal en sus labios. El líquido tibio, aunque no frío como le habría gustado, la refrescó, y empezó a quedarse dormida de nuevo.

Una voz cantarina la despertó—ya es hora de abrir los ojos, dormilona. —su hermana tenía una bandeja en sus manos—te han traído un poco de té, y más tarde te traerán el desayuno, pero primero hay que limpiarte limpiar esa herida—la miró sonriente—¿Cómo te sientes hoy?

—Algo somnolienta todavía.

—Eso es por el efecto del láudano. El doctor dijo que, si no sentías tanto dolor, era mejor solo dártelo muy poco y una vez al día.

—Creo que será lo mejor.

—Hablando de otra cosa—lo miró emocionada— Sí vieras lo preocupado que ha estado el marqués. Todo el tiempo pendiente de ti. Mi tía vino ayer conmigo, pero tú estabas dormida y no quiso despertarte. Dijo que vendría hoy, para verte. Pero cuando estuvo aquí, el marqués le ofreció la casa y le dijo que tanto tú, como nosotras, podíamos quedarnos el tiempo que quisiéramos. Sin embargo, mi tía no aceptó, y le dijo que solo yo me quedaría, que no quería imponerse en su casa. Pero le dio las gracias, y le comentó que tú y yo, solo estaríamos hasta que el doctor dijera que ya podías irte.

—Es lo mejor—dijo ella sintiéndose débil. —Ya no quiero darle problemas.

—No lo sé, Addie. Yo creo que él se hace el desentendido, pero siente algo por ti. Mira lo que pasaba con Alex. Adam realmente la quería, pero había sufrido y eso lo hizo tener miedo. ¿No sería posible que a su manera lord Gilmor, también tuviera miedo?

—No es lo mismo, Anne. Adam si sentía algo por nuestra hermana y lo mostró desde el principio, es solo que él creía que su fachada e estaba funcionando cuando le mostraba un afecto que no sentía. Cuando se dio cuenta de que sus sentimientos estaban allí, casi la pierde.

—¿Y qué pasaría si por su condición, él quisiera estar apartado de todo el mundo? ¿Qué tal si siente algo, pero piensa que lo van a lastimar? Me leí hace un tiempo una novela, donde el protagonista David, era un hombre marcado por la guerra, y como la protagonista era una mujer hermosa, él creía que, si se casaban, ella terminaría aburriéndose de estar con un hombre desfigurado y lo dejaría.

Addie quiso rodar los ojos ante ese comentario—Annie, por favor no compares tus novelas con esto.

—Ay si, si, ya sé que te parecen ridículas—le hizo un gesto de disgusto—pero si las leyeras tal vez aprenderías una o dos cosas para usar con tu adorado lord Gilmor.

Alguien tocó la puerta y Adalind, lo agradeció porque de otro modo temía volverse loca con las ideas de su hermana —adelante.

—Señorita le he traído agua caliente para su baño—una criada junto con otras dos cargaba grandes baldes de agua.

—Oh si, pasen por favor.

El desfile de chicas entró y fueron llenando la tina de porcelana que había sido puesta al lado de su cama.

—¿Tienes fuerzas para levantarte? —le preguntó Annie.

—Lo intentaré. Me siento sucia.

—Te ayudaré. No quiero que te lastimes la herida. La señora Wilson que venía en ese momento, también las ayudó y poco a poco la llevaron a la bañera.

Cuando Adalind por fin, entró allí, lanzó un suspiro de placer—Ummm, me quedaría aquí toda la vida.

—Creo que solo podrá ser media hora como mucho. La tía vendrá a verte y creo que nuestro amigo el marqués, también lo hará.

Adalind sintió mariposas en el estómago al pensar en verlo y después de lo que su hermana había dicho se preguntaba si habría todavía alguna esperanza.

Ese día desayunó en su dormitorio, recibió la visita de su tía que no hacía más que lamentarse por ese accidente que les había impedido ir a Londres y luego casi en la noche, recibió la visita de Damien. Lo malo es que ella ya estaba tan agotada que se le cerraban los ojos y él se disculpó un rato después y diciendo que tenía cosas que hacer, pero que se alegraba de verla bien. No era mucho, pero era algo, que al menos le importara su salud.

Los días fueron pasando y Damien la visitó con más frecuencia. Anne los dejaba a propósito solos, para que hablaran y ella notaba que la confianza estaba allí sin embargo podía ver también que él trataba de mantenerse alejado. Era como si pensara que por reírse como lo hacían antes o leer juntos, pasaría algo terrible.

Un día estaban hablando tranquilamente en una de las visitas que él solía hacerle en las tardes, y ella no quiso desaprovechar la oportunidad, y le preguntó abiertamente la razón por la que no quería casarse con ella. Inmediatamente lo vio cambiar su semblante de relajado a tenso.

—¿No podemos dejar ese tema a un lado, por la paz?

—Solo quiero saber la razón. Considero que nos llevaríamos tan bien.

— ¿De verdad no te has visto en un espejo?—eres una mujer hermosa y me has visto lo suficiente para saber que no soy un príncipe azul. No soy un hombre sano.

—Pero... ¿por qué dices que no eres sano? ¿Solo por esa cicatriz?

—Una de mis piernas está totalmente desfigurada y es horrible a la vista. Te morirías del asco si la vieras.

—Todos esos complejos solo están en tu mente, Damien. A mí no me importa eso. Para mí, eres mi mejor amigo, la persona con la que me río, con quien puedo cabalgar por horas y hablar de los temas más inusuales, sin pensar que estoy haciendo algo malo.

—Yo también me siento así, pero...

—Además, somos signos afines. Nuestras formas de ser son muy distintas y, aun así, se complementan.

Él casi rueda los ojos—Por Dios, Adalind, deja de decir tonterías.

—No los son. ¡Seríamos una pareja hecha en el cielo! —dijo exasperada ¿es que no lo ves?

Él se acercó amenazadoramente perdiendo la paciencia—eres más joven que yo, después de un tiempo buscarías compañía de tu edad y eso causaría problemas entre los dos. Has visto como soy; amo la tranquilidad, no el bullicio de las fiestas y esas cosas—hizo una larga pausa y la miró directamente a los ojos—Además, soy un hombre de apetitos fuertes.

Ella se echó a reír—lo dices como si fuera algo malo. Sí es por eso, yo también como muchísimo—le restó importancia al asunto.

Damien no pudo evitar sonreír ante su ingenuidad—no me refería a eso. Hablaba de mis apetitos sexuales.

Ella que estaba tomando un poco de agua, casi se ahoga. Empezó a toser sin poder evitarlo—oh...ya veo—dijo tratando de respirar mejor.

—No pensaste que solo seríamos un matrimonio de nombre ¿verdad?

—No lo pensé en absoluto. —dijo sinceramente. Lo cierto es que no voy por ahí pensando en casarme con todos los caballeros que conozco.

—Lo más sensato es que con el tiempo, se esperen los hijos

—Sí claro...—ella tragó en seco—yo...yo creo que podemos tenerlos ¿Por qué no?

—Una cosa es ser amigos y una muy distinta es ser marido y mujer, querida. Nosotros jamás

nos hemos besado o acariciado a escondidas como hacen la mayoría de los novios.

—No creo que los novios hagan eso—lo miró desconfiada.

—Créeme, lo hacen. Es solo que no lo van pregonando por ahí.

—Pues bueno, yo no haría eso.

—Me gustaría hacer una prueba antes de decidirme—sus ojos la miraban con un extraño brillo, Se acercó a ella tan rápido que apenas respiró cuando sus brazos la cercaron y sus dedos levantaron su barbilla. Sin pedir permiso, tomó sus labios y ella sin pensarlo enroscó sus brazos alrededor de su cuello, gimiendo dentro de su boca. Sentía que sus partes íntimas se humedecían y fuego abrazador las hacía arder. Adalind rebotaba felicidad y su cabeza se sentía mareada cuando los labios de ambos se separaron. No era capaz de articular palabra.

—Lo siento...—Damien pensó en asustarla con su beso, pero se le había salido de las manos y jamás se esperó que ella se portara como si le agradarán sus caricias. Aun cuando él consideraba que había sido demasiado agresivo—Yo...—él se levantó rápidamente. —tengo que irme. Te ves mucho mejor estos días. Creo que tal vez, ya estás lista para irte.

Adalind que hasta ese momento sonreía por aquel beso, se puso seria.

—Como usted diga, lord Gilmore.

—Adalind, sabes que es lo mejor.

—No tiene que explicarme nada. Le diré a mi hermana que escriba una nota a mi tía para que mande el carruaje a buscarnos y podamos dejar rápidamente su propiedad.

Damien solo asintió en acuerdo y cerró la puerta tras él.

Adalind sintió un nudo en la garganta, pero se rehusaba a llorar. El día más feliz de su vida, por aquel beso, se había convertido en el más triste después de esas palabras de Damien. Pero tampoco le suplicaría, si él no pensaba lo mismo que ella con respecto a una posible unión entre ellos, no lo fastidiaría más. Lo dejaría solo gruñendo y soltando su amargura.

Capítulo 3

Pasaron varios días después de la partida de Adalind. Damien no había podido conciliar el sueño después de aquel beso. ¿Por qué diablos se le había ocurrido aquello? Y ¿en qué maldito momento había dejado de verla como una amiga?

Mientras arreglaba unos papeles en su estudio, no hacía otra cosa más que pensar y pensar en ella, y en el gesto triste de su rostro el día que tan maleducadamente le dijo que se fuera. No cabía duda de que había sido muy grosero con ella y no se lo merecía. Sí algo había hecho ella, era ser sincera. No pretendía dañarlo, eso lo sabía. Pero en su cabecita loca, creía que él era un hombre especial, que era como un ídolo, y eso era algo muy alejado de la realidad. Aunque tenía 23 años, era muy joven, y sobre todo ingenua. Tal vez para el mundo era una solterona, que para él era la idea más descabellada de todas, pero para él no era más que una muchachita llena de sueños. tal era porque a sus 35 y después de todo lo que había tenido que pasar en su vida, se sentía viejo, y hasta cansado de la vida muchas veces. Precisamente por eso, no quería verla atada a alguien como él, pero la chica era persistente.

Aunque tenía tiempo de no insistir. De hecho ya había pasado un tiempo y no sabía nada de ella. No era normal que no le llegaran notas de su parte o alguna noticia. Se estaba preocupando. ¿Qué tal si le había pasado algo? Tal vez debería ir a hacerle una visita.

—Huxley, por favor diga que manden ensillar a mi caballo. —le dijo al mayordomo que estaba con él ayudándolo a organizar un poco.

—Sí milord. ¿Lo esperamos para la cena?

—Sí. No voy a llegar tarde, solo voy a visitar a lady Adalind.

—Muy bien milord. Sí no es un atrevimiento de mi parte, ¿podría enviarle mis saludos?

—Claro que si—sonrió—el viejo mayordomo le tenía aprecio a Adalind desde que la había conocido.

— ¿Algo especial para la noche?

—Dígale al chef que me sorprenda—respondió dirigiéndose a la puerta para ir a cambiarse de

ropa.

Cuando Damien llegó a casa de la tía de Adalind, lo hicieron pasar al salón de visitas, poco después un sirviente le llevaba una bandeja de té. Pasaron quince minutos, y vio a Adalind llegar caminando despacio.

—Buenas tardes, lord Gilmor.

Ese saludo tan impersonal, lo tomó por sorpresa. —buenas tardes, Adalind. Veo que estás mucho mejor.

—Lo estoy, gracias a Dios y a los cuidados de mi familia, que siempre se preocupa por mí.

La forma en la que lo dijo, lo hizo pensar que estaba diciéndole que él no se preocupaba por ella. — ¿el doctor ha venido a verte?

—Sí, ha venido varias veces. Es muy amable. Me ha dicho que en unas semanas más estaré plenamente curada de esta herida. Pero al menos ya me ha permitido caminar un poco, aunque siempre son recorridos cortos.

—Hay que tomar las cosas con calma.

—Eso hago.

Ella sonaba distante, y eso no le gustaba, Pero se preguntó si no era eso lo que había estado deseando desde que ella le dijo que quería que se casaran. Sin embargo, no lo hacía sentir bien verla con esa cara seria, él quería verla reír, hablando hasta por los codos y actuando despreocupadamente como solía hacerlo antes. No quería ver esa mujer extraña, medio reservada que miraba hacia la ventana sin saber de qué hablar con él.

— ¿Te sucede algo? —le preguntó.

—No...nada. Solo me preguntaba qué haces aquí cuando me imagino que debes tener muchas cosas que hacer o recorridos que dar en tus tierras.

— ¿No deseas verme?

—Lo que no entiendo es por qué un hombre que me echó de su casa ya que no quería verme, ahora viene hasta aquí.

—Yo jamás te he echado de mi casa, Adalind.

—Podré ser muchas cosas, Damien, pero no soy estúpida. Por favor no insultes mi inteligencia diciendo que no hiciste algo que se perfectamente que sucedió. Al menos admítelo.

El suspiró cansado—bien, lo admito. Fui descortés y grosero, pero en mi favor diré que después de lo que pasó, estaba confundido. Hasta hace muy poco hablábamos como dos buenos amigos sin intenciones de fondo y la pasábamos bien. De un momento a otro se te metió en la cabeza la loca idea de que podríamos casarnos y enviaste todo al traste.

—Yo no te estoy obligando a nada—ella lo miró dolida—fue una sugerencia y si no querías hacerlo, solo tenías que decir que no y punto. Puedes hacerlo ahora y continuaremos como si nada hubiera sucedido.

—Ese es el problema, Adalind. Después de nuestro beso, no puedo verte como te veía antes. —se levantó de la silla y le dio la espalda—lo he estado pensando mucho en estos días y creo que tu idea tiene más ventajas que desventajas.

—¿Oh sí? —ella estaba sorprendida.

—Eres una joven educada, tu tía es una persona conocida en la sociedad y ahora también lo es tu hermana Alexandra por su matrimonio con un conde. Sé que podrías llevar la casa perfectamente y que serías una excelente marquesa. Pero debo decirte que no soy un hombre fácil.

—Lo sé—respondió ella sin pensar y luego se tapó la boca avergonzada—lo siento.

Damien sonrió—me alegra saber que eres consciente de ello—se acercó y besó su mano—espero que sigas mejorando. Ahora me marcho, pero volveré en unos días, cuando estés mucho mejor y más recuperada para hablar con tu tía. Le pediré tu mano—dijo como si hablara del clima, y sin decir una palabra más, salió del salón y la dejó allí completamente sorprendida, sin darle siquiera oportunidad de decir una sola palabra.

Como Damien lo prometió, unos pocos días pasaron, y él fue a casa de la tía Helen, para pedirle la mano de Adalind en matrimonio. Todos estaban sorprendidos, pues jamás pensaron que

lord Gilmor, respondiera afirmativamente a aquella loca propuesta. Pero sobre todo Alexandra y Anne estaban preocupadas porque él hombre tenía un temperamento volátil según se decía, y les daba miedo que, en uno de sus arranques de ira, pudiera hacerle daño. Lo curioso era que Adalind parecía muy segura de que él jamás haría eso y ambas hermanas ya empezaban a pensar sino sería cierto lo que ella decía sobre que eran almas afines y destinadas a estar juntas. Ese día lo tenían allí frente a ellas. La tía Helen, Adalind y su hermana Anne, lo miraban detenidamente.

—Lord Gilmor, es algo extraño que quiera casarse con mi sobrina Adalind de manera tan intempestiva. No me lo tome a mal, pero tenía entendido que no quiso usted verla durante un tiempo, y luego simplemente decide que lo mejor es que se casen—lo miró con sospecha y cruzó los brazos—¿hay algo de lo que debería estar enterada?

—¿Como que, lady Helen? —Damien no entendía la pregunta, pero creía saber hacia dónde iba la tía de Adalind.

—Bueno, usted sabe que los tiempos han cambiado y en mi época, era terriblemente mal visto incluso que un hombre tomara la mano de una señorita, incluso si estaban comprometidos, pero debo admitir que los tiempos cambian y ahora hasta se toman de la mano en público, se dedican sonrisas misteriosas y algunos hasta tiene el descaro de besarse a escondidas. —puso su mano en el pecho como si pudiera darle algo en ese momento. —Sin embargo, entiendo perfectamente que si algo hubiera ocurrido entre usted y mi sobrina, se sintiera en la obligación de reparar el daño.

— ¡Tía Helen!!—Adalind estaba roja de la vergüenza. —Yo jamás haría algo que pusiera en entredicho mi reputación o la de mis hermanas.

Su tía en ningún momento la miró. Sus ojos estaban puestos sobre Damien.

—Bueno...al decir verdad su sobrina y yo empezamos una bonita amistad, y en mi experiencia, debemos conocer primero a alguien para poder decidir si es la persona correcta con la que queremos pasar el resto de nuestra vida. Y resulta que Adalind me parece una mujer sensata, inteligente, bondadosa, y educada. Alguien que podrá llevar el título con orgullo y...

—Pero no la ama—dijo ella tajantemente.

—Es pronto para decir esas cosas.

—¿Y le ha dicho a ella lo que espera de su matrimonio? Porque cuando una unión comienza de esa manera, no suele terminar muy bien.

—Permítame contradecirla, lady: la mayoría de los matrimonios comienzas de esa manera. El tiempo de un cortejo nunca es suficiente para conocer del todo a alguien o despertar sentimientos demasiados profundos. Eso es algo que pasa con el tiempo.

— ¿Y usted cree que con el tiempo llegue a amarla?

Damien ya se estaba poniendo nervioso con aquel interrogatorio. Miró a Adalind que tenía un gesto neutro en su rostro, pero su mirada decía algo distinto. Ella esperaba su respuesta con esperanza, y él no tuvo el corazón para decirle que no era el hombre que ella idealizaba creyendo que podía cambiar. —Por supuesto, estoy seguro de que ese momento llegará. —trató de sonreír.

La tía Helen, sin embargo, era una mujer lista, y su gesto después de esas palabras, le dijo que lo ponía en duda.

—Muy bien, si eso es lo que ambos quieren, no puedo hacer nada por evitarlo. Pero quiero aclarar que no estoy de acuerdo con este enlace tan apresurado, sobre todo porque puede dar pie a que la gente suponga que hay algún escándalo detrás de todo esto.

—Por favor tía, nadie hablará. La gente que me conoce sabe que soy una mujer responsable y que jamás cometería alguna indiscreción.

—Ay querida, te sorprendería saber la imaginación que tienen las personas. Sin embargo, nada puedo hacer ya que están tan resueltos. —con una cara que mostraba todo menos felicidad los miró a ambos—les doy mi bendición.

Los preparativos empezaron casi inmediatamente después de aquella visita de Damien. Esa misma tarde, junto a su hermana comenzaron a hacer listas de la gente que iría y de lo que se necesitaría para ese día. Adalind aprovechó también para escribirle a Alexandra y darle la buena nueva. Mientras lo hacía, Anne, que estaba también haciendo algunas notas, no pudo evitar hacerle preguntas.

— ¿Por qué haría algo así? — dijo Anne de repente.

—¿Porque haría qué?

—Proponerte matrimonio ahora cuando antes no quería. Es una actitud extraña ¿no te parece?

— Él dice que prefiere casarse conmigo que soy una buena amiga, que hacerlo con una de esas mujeres que solo sienten asco por su cojera y por la cicatriz en su rostro.

—¿Pero no es mejor casarse por amor?

—Lo escuchaste, Annie. Él está seguro de que terminará pasando con el tiempo, y yo también lo creo.

—Pero él sabe que ya tú estás enamorada de él?

—No, y nadie va a decírselo—la miró prometiendo represalias si lo hacía.

—Yo no creo poder casarme sabiendo que él hombre del que estoy perdidamente enamorada, no me ama. Y peor aún, que tendré que esperar quien sabe cuánto tiempo a que él por fin sienta lo mismo.

Sé que pasará, Anne—dijo despreocupada. Somos almas afines. Lo supe desde el primer día que lo conocí.

—Ay hermana, solo espero que tengas razón, porque serías muy desdichada si eso no llegara a pasar.

Semanas después, la boda ya se había hecho. Damien y Adalind llegaban a la casa de la tía Helen, para celebrar un desayuno nupcial, que según ellas, era solo para los más allegados, pero que al final terminó siendo una reunión con gente muy importante. Ellas habían insistido tanto en que necesitaban hacerlo por la posición de él, y porque si no la gente hablaría, que al final él tuvo que ceder. Empezó a rondar por los grupos de invitados con su esposa recibiendo sus buenos deseos, hasta que a ella la llamaron unos invitados él fue a buscar un poco de silencio. Cuando estaba en esas, vio de lejos a la baronesa Drinzi. Damien no podía dejar de invitarla, pues era la única amiga que había tenido por años, hasta que Adalind apareció. Pero en el caso de la baronesa, ella también había sido amiga de su madre y siempre se había portado gentil y hasta cariñosa con él. Sabía que mucha gente hablaba de su relación, y decían que ellos tal vez eran amantes, porque la condesa era viuda y él un hombre soltero. Decían que seguramente a ella no le importaba estar con un hombre desfigurado, pues lo que a esa edad importaba, era el vigor del amante. Pero ni él ni ella ponían atención a esas estupideces, pues lo que los unía era un cariño sincero. Se acercó hasta donde ella estaba.

Lady Drinzi, que bueno verla—él tomó su mano para besarla.

—No había tenido oportunidad de felicitarte—le sonrió—te deseo toda la felicidad del mundo, mi querido Damien. No sabes lo mucho que me emocioné cuando supe que te casarías, y ahora al conocer a tu esposa estoy feliz por ti.

—Gracias Baronesa. Adalind es una persona maravillosa.

Ella tomó su mano—se nota que lo es, pero quisiera verte más feliz, querido.

—Lo estoy, pero usted sabe que jamás me he sentido bien con tanta gente alrededor.

—Mírame, Damien. Eres un hombre apuesto y por dentro eres aún mejor. Yo te conozco, mi cielo. Y esa gente que no lo hace o te juzga por una simple cicatriz, son unos tontos que no merecen que te preocupes por ellos o pongas atención a sus palabras necias. No dejes que dañen tu día, disfrútalo.

Él asintió pero no dijo nada más.

—Hay algo más que te preocupa ¿verdad?—lo observó detenidamente— ¿la amas?

Cuando él no respondió, ella se preocupó—oh querido, no te habrás casado con ella por algún tipo de escándalo. ¿Cierto?

—No...pero tal vez fui tonto al hacerlo por callar a los que decían que jamás sería capaz de casarme con nadie.

—Oh Damien—habló con pesar—¿por qué no hablaste conmigo? Esa muchacha no se merece estar en un matrimonio sin amor.

Ella sabe todo. Fue Adalind la que me insistió para casarnos porque somos buenos amigos y disfrutamos de nuestra compañía. Ella no esperaba la propuesta de matrimonio de nadie y odia las temporadas en Londres. Dice que eso de buscar marido y exponerse como si estuviera a la venta para el mejor postor, no es lo de ella.

La baronesa se echó a reír— ¡vaya! Parece que es una mujer muy decidida y sincera. Eso me gusta, puede que te haga bien.

—Tal vez pero... ¿seré yo bueno para ella?

—Por supuesto que sí—dijo muy segura—no hay forma de que no lo seas. Pero lo que quiero saber es la razón de tu matrimonio. Ya me dijiste porque lo hizo ella, ahora quiero saber tus razones.

—Ella es una mujer inteligente, podemos hablar de todo y burlarnos de nosotros mismos. Compartimos gustos como; leer, el campo, cabalgar. Ella además es hija de un barón, aunque ya haya fallecido y su título haya pasado a un pariente lejano, y por si fuera poco es una mujer hermosa.

—Veo que no hay amor aquí, tal vez. Aunque puedo decir que si hay admiración y puede que también te guste como mujer, así que no dudo que el amor pueda llegar. Recuerdo como fue con mi esposo—le susurro—esto no lo sabe nadie, pero él me dijo desde antes de casarnos que estaba perdidamente enamorado de mí, pero yo lo admiraba y respetaba porque era un hombre ejemplar. Sin embargo, a medida que fue pasando el tiempo, yo me enamoré de él, porque supo ganarse mi amor y la admiración se convirtió en algo mucho más profundo.

— ¿Usted cree que eso pueda pasarnos a nosotros dos?

—Oh, mi muchacho, claro que sí. Tienen todo lo que se necesita—sonrió y juntó sus manos con las suyas a pesar de que podían verlos y generar más habladurías—solo deja que sea tu corazón el que lidere, no tu cabeza. Y si en algún momento me necesitas, solo escíbeme y esté donde esté vendré a verte.

—Gracias, lady Drinzi. Mi madre debe estar feliz donde quiera que esté, sabiendo que su mejor amiga es tan especial conmigo.

La baronesa asintió y a él le pareció que sus ojos se humedecían, pero inmediatamente bajó la mirada—estoy segura de que así es—luego se alejó.

Damien se quedó mirándola un rato hasta que se acercaron a él unos invitados a felicitarlo y luego llegó su esposa con sus hermanas a hablarle. Su familia política no hacía más que sonreírle y preguntarle qué porque estaba tan apartado. Lo llevaban entonces a conocer a algunas personas y él, cuando terminaban las presentaciones y hablaba un poco con ellos, se distanciaba nuevamente. Trataba de mantener un gesto cordial en su rostro, y ser amable con todos. Pero no podía sonreír porque cuando lo hacía, su cicatriz se estiraba de tal forma que parecía más una mueca diabólica que una sonrisa.

Tal vez lo único bueno de todo ese teatro, había sido la presencia de la baronesa y su reencuentro con su buen amigo Adam. Él se llevó una grata sorpresa al ver por primera vez al esposo de Alexandra, la hermana mayor de Adalind. Todo se imaginó, menos que allí se encontraría con su viejo amigo de la juventud, ahora convertido en conde de Woodbridge. Siempre que habló con Adalind, ella había mencionado a su hermana y su esos, que era un conde, pero jamás le había contado como se llamaba o algo más que cosas sin importancia. A él tampoco le importaba mucho la vida de los demás así que jamás preguntó mucho. Cuando lo vio entre los invitados se quedó sorprendido.

— ¡Por Dios santo, Damien! Esto es increíble—dijo Adam acercándose a su viejo amigo.

Damien extendió la mano con una sonrisa, pero Adam fue directo a abrazarlo. Ambos hombres se palmearon la espalda.

—Woodbridge, nunca me habría imaginado que eras el esposo de Alexandra.

—En cambio yo si supe que Adalind se casaría contigo, pero le pedí a mi esposa que no dijera nada y que fuera una sorpresa.

—Ha pasado tiempo, amigo.

—Sí que lo ha hecho—sonrió— Desgraciado, te desapareciste sin dejar rastro.

Damien lo miró apenado—Sabes bien lo que sucedió y por qué lo hice.

—Amigo, no tenías que hacerlo. Ese accidente fue algo terrible, pero ese era el momento de estar con los amigos, con la gente a la que le importabas, y no solo.

—Tal vez tienes razón, pero cuando tu rostro queda así, y ya tus piernas se mueven tan mal, que ni siquiera puedes bailar, la gente empieza a mirarte como un caso de caridad o peor, como si fueras un maldito monstruo. Yo preferí encerrarme en mi casa que ver el gesto de asco o de burla de la mayoría de los que se decían amigos. Incluso mi prometida me dejó.

—Lo supe, hermano. De verdad lo lamenté muchísimo. Te envié notas, pero jamás las respondiste.

—Bueno, ya sabes la razón. Estaba encerrado en casa maldiciendo mi suerte—le dijo entre burla y sarcasmo.

— ¿Sabes? Todavía puedo recordar nuestras aventuras fuera del dormitorio del internado, y todas las veces que nos agarraron y mandaron a llamar a nuestros padres.

—Lo sé, para el mío fue infierno—se burló.

—Y hablando de eso, sentí mucho lo de tu padre.

Damien se puso serio—si bueno...es la ley de la vida y el viejo estaba bastante enfermo y despotricando de su inservible hijo, como siempre.

Adam sabía de lo que le hablaba—el mío tampoco era muy amistoso, lo recuerdas bien, me imagino.

—Sí, pero sé que era estricto, más no un desalmado como mi padre. Al final solo aprendí a ignorarlo.

—La relación con el mío llegó a mejorar bastante. ¿Y a que no adivinas gracias a quién?

—No tengo idea, pero debe ser alguien especial porque para que te reconciliaras con tu padre,

con quien nunca te pudiste llevar bien, se necesitaba casi un milagro.

Adam soltó una carcajada—Pues el milagro se hizo amigo—y puedes ver a la creadora de este, allí mismo—le señaló a su esposa.

Damien lo miró incrédulo—no puede ser.

—Créelo, esa mujer ha traído todo tipo de cosas buenas a mi vida—la mirada de Adam era de total enamoramiento—si no lo estuviera viendo, jamás lo habría creído, pues su amigo desde muy joven fue un mujeriego, y aunque tenían tiempo de no verse, los rumores de sus andanzas eran famosos y llegaban a todas partes, incluso a su casa.

—Parece que no es tan malo casarse después de todo.

—No lo es, créeme. Además, tu esposa, es un sol. Es una joven muy especial, las tres hermanas lo son. —pero un gesto en el rostro de Damien lo hizo fruncir el ceño—¿pasa algo?

—No, no es nada—él estaba algo pensativo.

—Es el día de tu matrimonio, y no te veo muy feliz.

—Lo estoy, y de verdad siento cariño por ella, pero definitivamente no me siento como tú.

Adam palmeó su hombro—no creas que yo era así de feliz desde el comienzo de mi matrimonio. Tuvieron que pasar muchas cosas para que yo aprendiera a valorar a mi mujer. No fue fácil, pero doy gracias de que me pude dar cuenta a tiempo del tesoro que tenía en mis manos porque estuve a punto de perderla. Pero bueno, esa historia te la contaré más adelante. Por ahora debo dejarte—extendió la mano—amigo, no te pierdas. Sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites. Y ahora más, que somos familia—se alejó y Damien miró a su alrededor buscando a Adalind. La vio hablando con un grupo de mujeres y todas reían y decían cosas en voz muy baja. Ella se veía radiante y ese vestido la hacía ver preciosa en verdad. Como si sintiera sus ojos sobre ella, volteó y sus miradas se cruzaron. Ella se sonrojó y le sonrió, pero él no fue capaz de hacerlo, pues con ese vestido, y esas curvas que antes no había notado, su mirada era más de deseo que otra cosa. Él prefirió voltear su rostro y parecer indiferente ante ella que asustarla con su forma de observarla.

Se fue huyendo a la parte trasera de la casa. Quería tomar un poco de aire y pensó que seguramente no habría nadie allí. Pero lamentablemente estaba muy equivocado. Tres mujeres hablaban y reían fuerte, hablando de algo que les causaba mucha gracia.

—Es que casi no me lo puedo creer cuando me dijeron que la bestia de Gilmor se casaba. Juro que estaba tomando mi té del desayuno y casi lo derramo en mi vestido

Las otras dos se echaron a reír.

—Yo quería saber quién era la desafortunada criatura, pero cuando supe que era una de las solteronas Payton, me dije que solo alguien tan desesperado por casarse, aceptaría a un hombre deforme.

—¿Vieron su rostro cuando trata de sonreír?

—Oh por Dios, casi me desmayo cuando tuve que felicitarlo—dijo una entre risas.

—Y ella que se cree la gran cosa porque se casó con un marqués. Pobre solterona, ella cree que la gente la mirará con admiración, pero ya bajará de su nube cuando vean que lo que sienten por ella, es pena.

Damien quiso llegar a esas mujeres y tomarlas por el cuello. Estuvo a nada de acercarse al grupo y decirles unas cuantas verdades, pero se dijo que ya suficientemente mal pensaban de él, que hasta lo describían como un monstruo. No les daría el gusto de portarse como uno. Entró a la casa molesto y buscó a su esposa. La vio hablando entretenida con sus hermanas. Él fue hacia ella y en pocos pasos estuvo a su lado—ya es hora de irnos—dijo solamente.

—¡Oh! —ella hizo un puchero encantador—¿Tan pronto?

—Hemos estado demasiado tiempo aquí.

La tía Helen lo observó un momento. Iba a decir algo, pero notó en su semblante que se sentía incómodo, o tal vez, molesto por alguna razón. Así que se dirigió a su sobrina—cariño, haz caso a tu esposo. Él quiere estar contigo a solas con su mujer y nadie lo puede culpar. Eres una belleza, pero hoy eres como una hermosa aparición. ¿No está de acuerdo conmigo, lord Gilmore?

El vio que su esposa lo miraba con anhelo en sus hermosos ojos verdes. —Estoy completamente de acuerdo con usted, madame. Es una magnífica visión.

Adalind sonrió complacida ante su elogio, y sus mejillas se tornaron de color rosa—Gracias, milord.

Damien le ofreció su mano y ella la tomó encantada—vamos, entonces. Ambos se dirigieron al carruaje, que los esperaba para llevarlos al que sería su nuevo hogar. Damien ni siquiera consideró despedirse de la banda de hipócritas que habían asistido al desayuno. Esperó un momento más a que Adalind besara y abrazara a sus hermanas y a su tía Helen. Luego dio Gracias al cielo cuando por fin entraron al carruaje.

Capítulo 4

Adalind estaba desayunando bastante temprano esa mañana, pues había esperado encontrarse con su esposo y poder hablar con él. Habían pasado días sin ver el rostro de Damien en todo el día. A veces se encontraban en la cena y a veces él decía que prefería cenar en su habitación. Adalind se daba ánimos y pensaba que él necesitaba su espacio, se decía que todavía estaba adaptándose a esa nueva etapa y por eso no le decía nada, solo se dedicaba a distraerse de la forma que se le ocurriera, ya fuera bordando, leyendo o saliendo a caminar por los alrededores de la casa.

Un día que no tenía mucho que hacer, salió a conocer mejor la casa. Era una tarde muy lluviosa y ella que les tenía miedo a los truenos comenzó a temblar. Pasó por varios salones, todos casi oscuros y llenos de muebles cubiertos de polvo. Parecía la mansión de una de esas novelas góticas que había estado leyendo hacía poco. Era como si en cualquier momento pudiera manifestarse algún fantasma mientras caminaba de una habitación a otra.

Se imaginó arreglando esa casa a su gusto y poniéndole su toque a cada mueble al papel tapiz y quitando esas horribles cortinas pesadas de color lúgubre.

—¿Qué haces aquí?

Adalind lanzó un grito de miedo— ¡Damien, por Dios! Me has dado un susto de muerte—le dijo mientras se daba la vuelta para verlo allí de pie observándolo con cara de pocos amigos— solo daba una vuelta por la casa—sus manos se retorcián nerviosas—No la conozco y tú tampoco te ofreciste a darme un recorrido.

—Lo siento, pero no estaba de ánimo para hacerlo.

—Pude notarlo. Yo creí que tal vez podríamos seguir siendo los amigos de siempre. Hablar como solíamos hacerlo y reír de trivialidades. ¿Recuerdas?

— ¿Te olvidas que somos marido y mujer, ahora? —preguntó él.

—Por supuesto que no lo olvido, pero eso no significa que ahora vamos a comportarnos como dos desconocidos.

—¿Quieres que seamos más cercanos? — su mirada tenía un brillo extraño como cuando la besó por primera vez.

—Sí, me gustaría.

—No pidas algo de lo que te vas a arrepentir.

—No lo haré—dijo ella muy segura. —¿Qué te parece si vamos a un picnic mañana, solos, los dos?

—Tengo algunas cosas que hacer.

— ¡Oh, por favor! Sabes que puedes dejar de hacerlos. Siempre encontraste tiempo cuando salimos a cabalgar.

Damien sabía que ella no dejaría de insistir—Bien, si es lo que quieres...

—Es lo que quiero—le dio una gran sonrisa.

Damien también sonrió, pero luego recordó su cicatriz y pensó que podía asustarla, así que se puso serio—Nos vemos mañana al medio día—y después de decir eso, no hizo amago de acompañarla. Solo se alejó y la dejó allí.

Al día siguiente, hacía una mañana tan hermosa que ella se sintió feliz pensando lo bien que la pasarían. Bajó rápidamente al comedor donde le preguntó al mayordomo si ya tenían lista la cesta de comida. Ella había mandado a hacer algo especial para ese día, y quería que todo saliera perfecto. El mayordomo le dijo que sí, y que cuando ella lo ordenara, la cesta sería empacada con todo.

— ¿El señor se ha levantado ya?

—Sí milady, él ya ha desayunado y se ha marchado, pero dijo que vendría temprano.

—Oh muy bien, entonces dígame al chef, que a eso del mediodía, puede empacar todo en la cesta.

—Como diga milady.

Mientras tanto, ella se fue a su habitación a decidir lo que se pondría para esa tarde especial. Al tiempo que sacaba vestidos del baúl, se preguntaba si a Damien le gustaría la comida y si disfrutaría de esa tarde con ella. No podía evitar estar algo nerviosa, porque en realidad era la primera ocasión en la que estaría juntos después de su matrimonio. Miró a su doncella que

doblaba cuidadosamente algunos atuendos.

— ¿Jenny qué opinas de este vestido para salir esta tarde con mi esposo?—le preguntó a su doncella.

—Oh no, ese no es el vestido adecuado milady. —le dijo muy segura la muchacha. Jenny había llegado unos días antes de casarse, a casa de su tía y muy recomendada por Babette, la doncella de su hermana Alexandra. Estaba muy preparada y había hecho cursos de todo tipo. Era una muchacha joven de rostro amable y muy solícita. Siempre lista a ayudar y muy perfeccionista. Le encantaba que su señora se viera impecable y hermosa todo el tiempo, por lo que ella confiaba en su opinión para verse lo mejor posible frente a su esposo.

—Este, se le verá hermoso—dijo tan entusiasmada, que ella volteó a ver.

Era en tela de batista, con una sobrefalda, bordada alrededor de la parte inferior y en el lado derecho, en la parte del frente, donde la sobrefalda del vestido se encontraba con la otra, había tres lazos con su correspondiente banda elástica en los extremos, de manera que se podía cerrar el vestido o dejar que se viera la parte de abajo que contrastaba con el color de la parte superior del vestido. Definitivamente un diseño moderno que era perfecto para ir a pasear en la tarde. Sus mangas eran largas en terciopelo carmesí e iban bien ajustadas a los brazos dándole un aspecto elegante.

— ¿Estás segura?

—Es un color que le favorece, y el escote hace que su cuello se vea más largo y elegante. Le aseguro que milord quedará feliz con el resultado.

— ¡Sí, sí!! Eso es lo quiero—su emoción era palpable.

—Muy bien, milady. Entonces manos a la obra.

Damien llegó a tiempo para su encuentro con Adalind.

—Buenas tardes, milord—se veía contenta, pero sobre todo, muy hermosa.

—Buenas tardes, Adalind. He visto que ya todo está listo.

—Sí, ya ordené que nos prepararan una comida deliciosa y bebida para nuestro picnic.

— ¿Has pensado a dónde iremos?

—Bueno...no lo sé. No conozco mucho, pero cuando salíamos cabalgar me gustaba ese sitio rodeado de árboles donde había un arroyo. Con el calor que hace, ese será un lugar perfecto.

—Me parece una buena idea—vamos entonces—Llegaron a aquel lugar y ella se quedó maravillada, como siempre que lo veía. La larga hierba sembrada de flores silvestres, las libélulas y mariposas volando alrededor, y los grandes árboles altos cargados de hojas que rodeaban el claro regalándoles sombra, eran algo hermoso de ver. Se sentaron cerca a uno de esos árboles y desde allí podían ver el agua del arroyo fluir de una manera tranquila, y escuchar el agua golpeando piedras y raíces.

— ¿Hueles eso?—preguntó ella.

—No.

— ¿No sientes el olor a aire limpio, y a rocío?—miró hacia todos lados—esto es el paraíso.

Damien sonrió al verla tan feliz. Tenía que reconocer que era un hermoso sitio y que además producía mucha paz.

—Me gustaría pasar toda la vida aquí.

— ¿No sería mejor en la casa?

Ella lo miró avergonzada—oh si claro, yo no quería decir que...

—Lo sé, lo sé. Solo bromeaba.

—Lo hacías—ella no podía creer que él estuviera bromeando así.

—Sé que no es el mejor lugar, porque es lúgubre y oscuro.

—Bueno...si me lo preguntas, es cierto que está un poco descuidada la casa. No entiendo porque la tienes cubierta de sábanas blancas y todo está siempre oscuro.

—No tenía ganas de poner colores, cuando mi vida de un tiempo para acá, es oscura. Cuando tuve aquel accidente en ese coche, y vi como había quedado, me pregunté mil veces porque diablos había sobrevivido para quedar de esta forma.

—No hables así...

—Tú no entiendes, Addie. Yo era un hombre importante, tenía éxito en todos los aspectos, con las mujeres, con los amigos, era un excelente bailarín, y un heredero digno al título de marqués, con una vida por delante. Y después, como por arte de magia, lo había perdido todo.

—Es tu forma de verlo, Damien, pero yo sigo viendo al hombre apuesto, exitoso, con una vida por delante. Ese accidente no define lo que eres, tú eres mucho más que eso. Tienes amigos pero los alejaste, no bailas porque no quieres ¿lo has intentado?

—Por supuesto que no, con una pierna dañada, ¿que podría hacer?

—Puedes intentarlo conmigo, si quieres. —sus grandes ojos azules, lo miraban como si fuera el mejor hombre del mundo.

—No me mires de esa forma—dijo más fuerte de lo que pretendía.

—Lo siento, no quería hacerte sentir incómodo—miró la cesta y cambió el tema— ¿Por qué mejor no comemos? He traído muchas cosas deliciosas que preparó el chef—comenzó a sacar la comida. Había pastel de carne, pierna de cordero, jamón, variedad de quesos, puré de patatas, salsa de ciruela y salsa de champiñones para acompañar las carnes, arvejas cocidas con zanahoria en mantequilla. En otra cesta había tarta de limón y pie de manzana.

—Esto es un banquete.

—Por supuesto, y es por eso que sé, que te va a encantar—miró todo— ¿qué quieres que te sirva?

—Creo que comeré de todo un poco, tengo mucha hambre—dijo con mejor ánimo.

—Yo también, así que seguiré tu ejemplo—le sirvió un plato grande con todo lo que cabía en este y ella se sirvió uno igual.

Ambos comieron en silencio pero después ella estaba tan llena que se puso de pie y se acercó al arroyo.

—Ten cuidado. No es muy profundo pero es mejor evitar—le dio la mano y ella la tomó sin dejar de sentir ese revoloteo en su estómago como pasaba cada vez que la tocaba. —Caminemos un poco—la invitó.

Fueron a paso relajado, mientras estaban en silencio y contemplaban los alrededores.

—Me alegro que hayas aceptado mi invitación. Teníamos mucho tiempo de no vernos.

—No he tenido tiempo de reunirme contigo, pero siempre pregunto cómo la estás pasando y si te has amañado en la casa.

Ella se detuvo de repente— ¿y no te parece que ese tipo de preguntas deberías hacérmelas a mí?

—Ya te dije que no tenía tiempo y a veces llegaba tarde a casa.

—Por favor, Damien, lo único que has hecho es evitarme—le dijo herida—no tienes el valor de mirarme a la cara en un desayuno, o en la cena y por eso escoges hacer de todo hasta que es muy tarde y yo me he ido a dormir, así no tienes que hablar conmigo.

— ¿Pero qué locuras dices?—él sabía que tenía razón pero no iba a aceptarlo.

—No son locuras. No eres más que un cobarde—se alejó.

A él le puso furioso que lo llamara de esa manera y la tomó del brazo y le dio la vuelta con más fuerza de la requerida—me lastimas.

—No soy un maldito cobarde.

—Lo eres. No creo que te sea tan indiferente como quieres hacerme creer, pero tienes miedo de pasar más tiempo conmigo porque temes que te guste y quieras hacerlo más seguido. Ni siquiera eres capaz de besarme porque hasta eso te da miedo. ¿Qué hombre no besa a su esposa cuando están recién casados? ¡Parecemos un matrimonio de ancianos que llevan 50 años de casados!

—Muy bien, querida, si estás tan deseosa de que te bese, eso haré. Reclamó sus labios sin previo aviso en un beso que no era ni remotamente parecido al primero, y sin embargo le gustaba porque hasta ese momento se dio cuenta de que era algo anhelaba con todas sus fuerzas. Damien la empujó contra el árbol dejándola atrapada. Su boca era exigente y el beso era agresivo, pero luego tal vez cuando la sintió temblar, él cambió la forma, a una más suave. El corazón de Addie quería salirse de su pecho en ese momento y un fuego inexplicable se reunió en su vientre. Sus manos inexplicablemente fueron hasta el fuerte torso de Damien y luego subieron por su cuello acariciando su cabello, mientras él profundizaba el beso y hacía cosas impresionantes con su lengua en su boca y en sus labios. No supo cómo pasó pero de repente sintió su mano enorme sobre la cadera y entonces él se acercó más ella de tal forma que Adalind pudo sentir completamente su virilidad frotándose contra ella.

Adalind quiso saber cómo se sentía y pasó su mano tímidamente sobre está, haciendo que él parara inmediatamente.

— ¿Qué haces?

—Yo...solo quería...—y antes de que ella terminará de hablar volvió a besarla, esta vez con más pasión.

Adalind supuso que no le había disgustado después de todo, así que volvió a tocarlo, esta vez ejerciendo un poco más de presión sobre su erección, y aunque no sabía bien lo que hacía, a él parecía gustarle bastante porque mientras la besaba tocó sus pechos y sacó uno de estos del encierro de su corpiño pasando las manos por el pezón ya duro por sus atenciones. Ella gimió de placer y sintió cuando su mano la acariciaba debajo de su falda tocando la sedosa piel de su muslo. Fue subiendo lentamente hasta que estuvo en la unión de sus piernas tocando de lleno los rizos de su sexo y sus dedos empezaron a acariciarla con pericia. Ella jadeó de sorpresa, pero no lo detuvo y dejó que el hiciera lo que quisiera con ella, pues ya en ese momento estaba perdida en el deseo y la pasión. Damien tocaba su sexo de tal forma y la penetraba con sus dedos, causando una deliciosa fricción, causando que de un momento a otro su cuerpo ya no fuera más suyo, y se moviera contra su mano descaradamente hasta que su cuerpo hizo algo de lo más inusual; se humedeció aún más y sintió que pasaba por ella un torrente de energía tan grande que la hizo vibrar y llegar hasta el cielo, para luego dejarla sin aliento como una muñeca desmadejada, pero muy feliz.

Cuando ella por fin abrió los ojos después de aquella experiencia, pensó encontrarlo tan feliz como ella, pero al contrario se apartó con el ceño fruncido y estaba callado.

—Lo siento, Adalind. No sé qué diablos me pasó—empezó a pasearse de un lado a otro molesto.

—Está bien...a mí me gustó...quiero decir que yo jamás había sentido algo así.

—No fue correcto.

Ella lo miró confundida— ¿eso no lo hacen los esposos?

—Sí...claro, pero nosotros...

—Nosotros somos esposos y no hay nada de malo en esto—le sonrió. —Yo sería feliz si me fueras dando besos cómo el que acabamos de darnos todo el tiempo.

Él enseguida se puso rígido—es una idea absurda que siquiera pienses que vamos a ir dándonos besos por toda la casa, delante de la servidumbre.

— ¿Y por qué no?—se cruzó de brazos, ahora molesta—no tiene nada de malo. De hecho es lo que se esperaría de un par de recién casados.

— ¡Pero nosotros no somos como los demás, maldita sea! Cuantas veces debo decírtelo. No somos un matrimonio...

— ¿Real? ¿Eso ibas a decir?

— Como sea—alzó la mano quitándole importancia al asunto—No es normal que una mujer hable de esos asuntos tan abiertamente, y en cualquier lugar. Eso solo lo hacen las mujeres de moral ligera.

Esa fue la gota que colmó el vaso— ¿Cómo te atreves? No soy una mujer de moral ligera. Pero tampoco he vivido toda mi vida en una cueva. Tengo veintitrés años, no quince. Además tengo amigas ¿sabes? Muchas de ellas casadas desde hace tiempo y es inevitable no tener estas conversaciones cuando estamos en privado.

— ¿Así que de eso hablan las damas decentes?

—No. Pero prefiero que ellas que son mis amigas, me hayan dicho algo de lo que se espera de una mujer en el lecho nupcial porque no tuve una madre que me lo dijera.

Damien vio que había metido la pata—lo siento.

— ¿Lo haces? Porque parece que desde que nos casamos, te esfuerzas por hacerme sentir mal y no tengo idea por qué—lo dejó solo y se fue a recoger las cosas para irse. Se le había quitado por completo las ganas de pasar el resto del día con ese hombre gruñón.

Capítulo 5

Una de sus solitarias tardes, le llegó una nota a Adalind de parte de su hermana Alexandra, que se había quedado una temporada en casa de su tía. Se habían visto regularmente allí, pero ahora que regresaba a Londres, y su esposo vendría a recogerla, le decía que deseaban ir a visitarlos para despedirse. Ella les escribió diciendo que estarían encantados de recibirlos, aunque en ningún momento lo consultó con su esposo, pues estaba cansada de pedirle permiso hasta para mover un plato en esa casa. Ella era la marquesa y estaba en todo el derecho de disponer y hacer las cosas como bien le pareciera, pues también era su casa.

Luego, mucho más tarde, cuando fue la hora de la cena, ella por fin pudo verse con él y le comentó esperando un ataque de furia. Pero al final no sucedió porque al parecer Adam era considerado digno de pasar un tiempo con su esposo. Ella pensó que al menos no tendría que ver su mala cara todo el tiempo. El único momento sería en la cena, pero el resto del tiempo estaría con su hermana y podrían hablar a gusto.

Un par de días más tarde, su hermana y su esposo llegaban a su casa. Damien y Adalind, saludaron a sus invitados con cariño y los hicieron entrar. Pasaron al salón azul, donde se sentaron a hablar un rato al tiempo que tomaban algo.

—Es una propiedad enorme la que tienes aquí, Gilmor—Adam bebió un poco de su brandy, mirando por la ventana todo aquel terreno.

—Sí que es lo es, amigo. Y no es fácil llevarla bien, y tener a los arrendatarios contentos. Sin embargo lo he logrado.

— ¿Y cómo va lo de los caballos? Recuerdo que te gustaba mucho ese tema—le preguntó Damien.

—Todavía me gusta mucho—miró a su esposa—Alexandra es la que se pone algo nerviosa cuando se me da por montar a los nuevos que llegan a las caballerizas. Ya sabes que cuando llegan están bastante nerviosos, sin hablar de que algunos tienen poco entrenamiento.

— ¿Y los has puesto a competir?

—Efectivamente. Nunca dejo de hacerlo.

Las dos hermanas se miraban de vez en cuando escuchándolos hablar. Pero Alexandra no pudo evitar taparse la boca para disimular un bostezo, mientras ellos hablaban de sus asuntos.

—Lady Woodbridge, puedo ver que mi esposa y usted tienen cosas de que hablar.

Alexandra se echó a reír—Por supuesto, lord Gilmor. Somos hermanas ¿Cómo podría no ser así?

Adam tomó la mano de su esposa—si quieres, ve a hablar con tu hermana, mi amor. Nosotros también tenemos muchas cosas que contarnos.

Ella le sonrió— ¿Nos vemos más tarde, aquí?

—Claro que sí—el besó el torso de su mano y la dejó ir, pero Damien no se perdió la mirada de complicidad que se dieron. Se notaba que su amigo no solo estaba muy enamorado de su esposa sino que se sentía cómodo con ella. Se preguntó ¿Cómo era posible aquello? Él jamás pensó que existieran mujeres en el mundo con las que uno de verdad pudiera sentirse feliz y enamorado. Su padre le había inculcado que solo eran piezas de adorno para tener descendencia, a las que había que darles dinero para comprar chucherías y ellas estarían felices. Sin embargo, eso no le pasaba con Addie. A ella la veía como una persona especial, pero no lograba verse teniendo una relación como la que al parecer tenía su amigo. Él no se confiaba, había pasado infinitas veces por situaciones incómodas con mujeres. Obviamente no cuando era un hombre normal, pero el verdadero rostro de ellas surgió cuando ya no tenía un cuerpo impecable que mostrar.

Mientras sus esposos se quedaban hablando, Addie llevó a su hermana a otro de los salones y allí, tomando té y galletas comenzaron su interminable conversación.

—No puedo creer que hace tan solo unos días nos vimos en casa de mi tía, y todavía queremos hablar—le dijo Adalind divertida.

—Bueno, es que allá siempre estaba mi tía Helen presente y Annie tampoco nos dejaba mucho tiempo a solas. —comentó Alexandra.

Addie sonrió—es cierto. Adoro a Annie, pero a veces puede ser muy imprudente y no quería que supiera como está realmente mi matrimonio. Sobre todo después de que me advirtió mil veces que no sería feliz con Damien si me casaba enamorada de él mientras que él no lo estaba.

— ¿Y esa es tu situación?—le preguntó su hermana preocupada.

—En verdad lo intento, Alex. Pero no logro que él salga de su coraza. Ya no sé qué más hacer. Llevamos casi un mes de casados y Damien y yo, somos dos extraños—le dijo con los ojos brillantes por las lágrimas no derramadas.

—Oh no, Addie. ¿Cómo es eso posible?

—Todo es mi culpa. Yo fui quien insistió con este matrimonio, pero me imaginé que él, en algún momento cambiaría, y se daría cuenta de que somos una pareja perfecta. Somos signos afines, Alex, lo sé.

—Puede que sí, hermana. Pero no era la única razón para casarse. Debiste pensar primero las cosas.

— ¿Tú también vas a decirme que no debí?—la miró derrotada.

Alexandra la vio tan triste, que no pudo reprocharle nada—Yo no puedo dar clases de sentido común, porque me casé con un hombre por proteger a mi hermana menor, a sabiendas de que él no me amaba. Y como tú, guardaba la esperanza de que con el tiempo se enamorara de mí.

Addie comenzó a llorar en silencio y Alexandra la abrazó—No te pongas así, ya verás cómo ideamos algo.

—Al menos cuando tú te casaste tenías su promesa de que intentaría que fueran un matrimonio normal.

— ¿Y de que me sirvió? Ese cabeza dura también me evitaba y yo tuve que lidiar con la sombra de una amante, que créeme, no es nada fácil.

—Damien y yo, a pesar de que solíamos hablar de todo, conocemos muy poco el uno del otro, ahora lo puedo ver. Por eso no tengo idea de si tiene una amante o no.

—Esa baronesa viuda... ¿cómo se llamaba?

— ¿Lady Drinzi?

—Sí, sí, ella. Tengo entendido que es amiga de él, desde hace tiempo y que cuando tuvo aquel accidente la única persona con la que quería hablar o estar era con ella.

Addie se quedó pensando sobre lo que su hermana decía—No creo. La mujer tiene edad como para ser su madre, no su amante.

—Oh querida, no tienes idea de la cantidad de viudas de cincuenta y sesenta años que

persiguen hombres jóvenes para tener sus aventuras.

—No lo sé..., ella no parece ese tipo de persona y además cada vez que está con él lo mira con cariño. Pero es como si fuera una madre, no una devoradora de hombres.

—Bueno, si tú lo dices...—se sentó a su lado—pero yo de ti, averiguaría un poco más, por si acaso—le advirtió. Creo que no debes darte por vencida con él. Como tú me dijiste una vez; ya has hecho lo más difícil, que era casarte con él, ahora debes con quistarlo. Y algo me dice que no va a ser difícil. Por más que digas que no hay nada, veo cómo te mira cuando no lo estás viendo y un hombre que no siente nada por una mujer, no la ve de esa manera.

—Sí, tal vez sea cierto, pero el tema aquí, es que por más cosas que esté sintiendo por mí, él no quiere demostrarlas, y no entiendo por qué.

—Bueno... ¿pero al menos la noche de bodas fue especial?

Adalind volteó su rostro hacia otro lado.

—¿Que sucede? —Alexandra se apresuró a tomarla por la barbilla—Addie mírame—le dijo a su hermana que estaba muy misteriosa.

—Yo...no he tenido mi noche de bodas—confesó con vergüenza.

—Oh por Dios, Addie ¿Cómo es eso posible?

—Él no fue esa noche a mi habitación y al día siguiente no se apareció en todo el día, hasta que fue la hora de la cena. Y después duró días sin verme hasta que se me ocurrió invitarlo a un picnic que haría para los dos. Ese fue el día que me dio un segundo beso.

—Al menos te ha besado dos veces—no pudo evitar decirlo con sarcasmo.

—Sí, la primera vez fue antes de casarnos, y esta vez fue en el picnic.

—Bien...eso es algo —le habló con resignación—Y.... ¿cómo estuvo?

—Estuvo bien, de hecho muy bien—sonrió y Alex se echó a reír—por el rubor en tus mejillas puedo decir que demasiado.

Cuando me besa siento mariposas en el estómago, Alex—le dijo susurrando—Y cuando me toca...pierdo la cordura.

Alexandra se echó a reír—Oh mi Dios, entonces no todo está perdido si el hombre te ha besado

y acariciado.

Adalind se puso más roja, si era posible.—sí, parece que no todo está perdido.

—Debes ser paciente. Te prometo sacarle todo la información que pueda a mi esposo. Pero te diré algo; no dejes de insistir e insistir hasta que rompas esa coraza. Solo así lograrás llegar a su corazón.

Adalind miró a su hermana—gracias, Alex. Haré lo que dices aunque me duela su rechazo. Y cuando tú averigües más, y logre saber qué es lo que sucede, podré entender que es lo que pasa por su mente.

Mientras las dos hermanas hablaban, Damien y Adam hacían lo mismo.

—Amigo mío, no te enfriques en tu dolor y es amargura por lo que te sucedió. Date una oportunidad con tu bella esposa. Adalind es una buena mujer. La conozco desde hace un tiempo y me he dado cuenta de que es una mujer sensata, para nada superficial, no le gusta el drama como a algunas mujeres y es muy leal con los que ama.

—Me hacía falta poder hablar con alguien así.

—Amigo, ya sabes que puedes hacerlo cuando quieras. Yo voy a Londres pero tampoco está tan lejos. Y mientras estoy aquí, quiero decirte que no pienses que no te mereces la felicidad. A veces somos nosotros los que dañamos todo con nuestros pensamientos erróneos.

—Adam, me conoces. Sabes que toda la vida fui un tipo temerario, Incluso en nuestro grupo siempre que hacíamos una apuesta para cometer alguna imprudencia o algún acto peligroso, siempre ganaba yo, porque no le temía a nada.

—Lo sé, siempre te veíamos con envidia por el valor que tenías para hacer todo—se echó a reír.

—Pero ahora, me he vuelto un cobarde. No me atrevo ni a tocar a mi propia esposa. Ella es perfecta, tiene un gran corazón, es hermosa, amable, inteligente y...apasionada.

Adam sonrió —Entonces ¿Cuál es el problema?

—Que tengo miedo de tocarla, de que ella se encariñe conmigo, y entonces se dé cuenta de que

no puedo ser el hombre que ella espera.

—No eres un perro para que se encariñe contigo, amigo. Te amará o no te amará y punto. Si quieres mi opinión creo que ya lo hace.

Damien se puso pálido— ¡maldita sea! Ni lo digas.

—Damien, te volverás loco tratando de que tu mujer no se enamore de ti. Yo pasé por ahí y no es el camino correcto. Es ridículo esperar a que tu esposa no sienta nada por ti. Lo mejor que puedes hacer es quitarte esas ideas de que todo el que se te acerca solo quiere sacarte algo, o de que no mereces amor. He visto hombres sin un ojo, otros sin una pierna o sin un brazo, casarse y ser felices. ¿Por qué diablos entonces crees que por una cicatriz en el rostro y una leve cojera nadie te va a querer?

—Tal vez tengas razón. No quiero hacerle daño a Addie, y tampoco quiero alejarla de mi vida para luego vivir toda mi existencia pensando en cómo habría sido mi matrimonio con ella.

Adam tomó su copa y la chocó con la de él, —Brindo por eso, eso sí es pensar con cordura. Ahora, ¿Qué te parece si buscamos a nuestras esposas y cenamos? Tengo mucha hambre.

Adam sonrió—naciste con hambre y por eso nos metimos en más de un problema en la escuela. Así que lo mejor será que vayamos a cenar.

Capítulo 6

A la mañana siguiente Adam y Alexandra partieron temprano, pero Addie le hizo prometer a su hermana que le escribiría para contarle los pormenores. Y Adam hizo lo propio con su amigo—recuerda lo que hablamos—le dio una palmada en la espalda—espero verte pronto hermano—ambos se dieron la mano.

—Tal vez me anime a ir a Londres.

—Hazlo, nos encantaría que se quedaran con nosotros en la casa.

El carruaje empezó a andar y Adalind se quedó junto a Damien viendo el carruaje hasta que se perdió de vista. Luego cuando se quedaron solos de nuevo, él quiso decirle algo, pero ni una palabra salió de su boca. Con gesto iracundo se fue de la casa y entró dejándola allí sin saber bien que había pasado.

Ella no quiso dejar pasar la oportunidad y quería seguir los consejos de su hermana de acercarse a él en cualquier forma posible a si él la rechazara. De manera que fue hasta él, que ya iba subiendo las escaleras.

— ¡Damien!—él se dio la vuelta extrañado— ¿pasa algo?

—Solo quería invitarte a cabalgar si es posible.

Él no dijo nada en ese momento y ella lo malinterpretó—Olvídalo...sé que tienes muchas cosas que hacer y lo que menos necesitas es que yo te estorbe—su rostro se veía apesadumbrado.

—No he dicho que no quiera ir—le respondió sorprendiéndola.

—Sí,...¿ si quieres?—Adalind no creyó que fuera tan fácil convencerlo de ir, y eso la animó. Tal vez su hermana tenía razón y si insistía llegaría el momento en que rompería esa coraza. — muy bien ¿te parece en una hora?

—Está bien—no dijo nada más y siguió subiendo las escaleras.

Cuando llegó el momento de ir a cabalgar, ambos se encontraron en las caballerizas. La vio en un traje de montar que le quedaba perfecto, y la hacía ver preciosa. Un vestido vino tinto de crepé, que al ser un material resistente, era perfecto para el propósito. El atuendo le quedaba a la medida y resaltaba su tono de piel y su figura; tenía charreteras y mangas trenzadas a medio camino y en los puños, volantes de encaje en las muñecas. Con cuello alto adornado con encaje. Iba acompañado de un sombrero de copa alta con un penacho de avestruz, que le daba un toque de elegancia, y guantes, y media botas de color vino tinto. El quedó sin habla y se esforzó para apenas decir— : ¿Todo listo?

—Sí, pero el mozo de cuadras me ha dicho que no me puede ensillar esa yegua—le señaló. Y yo le he dicho que ya la conozco bien, que es la que usaba cuando cabalgábamos juntos desde antes.

—El solo está siguiendo mis órdenes.

— ¿Pero entonces que montaré yo? Damien sabes que estoy acostumbrada a ella...—antes de que terminara de hablar él abrió una de las puertas y entró para luego salir con una hermosa yegua color moca y patas blancas. Era hermosa; de ojos vivaces y temperamento tranquilo, al parecer. Las dos se miraron como analizándose, y luego Adalind extendió su mano lentamente para no asustar al animal. Tocó su hocico suavemente y luego fue a su cuello, maravillándose de lo suave que era— ¡Que preciosidad!

—Me alegro que te guste porque es tuya.

Adalind estaba casi sin palabras— ¿es...mía? ¿Mía de verdad?

—Sí, la compré hace días y la traje para que se fuera adaptando. He estado saliendo en ella, para acostumbrarla a ser más dócil.

— ¿Tu hiciste eso por mí?

Damien vio como sus ojos se tornaban brillantes y el casi con horror pensó que podría ponerse a llorar. No sabía si podía con eso—por favor no se te ocurra, llorar.

Ella se rio, y se limpió los ojos—no lo haré— sonrió emocionada—Gracias, Damien—lo abrazó y él le devolvió el gesto. Estuvieron así unos segundos disfrutando del momento sin decir nada. Luego él la apartó lentamente como si no quisiera hacerlo.

—Fred, por favor ensilla a la yegua para mi esposa.

El muchacho se dispuso a hacerlo y quince minutos después ambos salían cabalgando de las caballerizas.

Adalind espoleó a su caballo para que galopara rápido, se fue a través del prado hacia los árboles que estaban en el camino de la entrada. Escuchó enseguida como Damien espoleaba su caballo para quedar a su lado.

—¿Una carrera?—lo miró traviesa.

—No podrás superarme.

—Ya lo veremos—azuzó a su yegua, que salió en carrera haciéndola reír. Era perfecta, hermosa y veloz, parecía que volara en lugar de galopar. Adalind sintió el viento en su cabello, que afortunadamente estaba usando en un moño medio suelto para poder montar a gusto sin preocuparse de su peinado. Se sentía libre y tan feliz como hacía mucho no lo hacía. Así estuvieron hasta que vieron los árboles a lo lejos y ella hizo correr más a su yegua para ganarle a Damien. Volteó un poco solo para mirar donde iba y se quedó sorprendida al verlo reír y disfrutar de la misma forma que ella. Era como antes, como cuando salían juntos a montar y hablaban por horas y reían de tonterías, cuando eran amigos.

Ella llegó primero que él y cuando su caballo se detuvo, esperó a que Damien segundos después, estuviera a su lado. Lo vio desmontar y acercarse a ella para ayudarla. Cuando ella bajaba, él la tomó por la cintura haciendo que toda su piel se erizara. Sus rostros estuvieron muy cerca y ella pudo ver sus cicatrices, en especial una que en su momento tuvo que haber dolido mucho y llegaba hasta la comisura de su boca en el lado derecho. Damien que hasta ese momento se veía tranquilo, se dio cuenta de que ella lo estaba detallando y se tensó. — ¿Quieres que me ponga más cerca para verlas mejor?

—Lo siento. —dijo ella inmediatamente. —no pretendía ser curiosa, solo las veía porque no me parecen tan terribles como tú las ves.

—Eso es porque no eres tu quien las lleva encima—dijo molesto.

—Discúlpame si lo que voy a decir te molesta, pero a mí me parece que en tu mente las ves más grandes y toscas de lo que son—su mano se movió lento y ella no pudo evitar sentir temor de que la rechazara, pero aun así tocó su rostro. Él no hizo nada para impedirselo y vio como ella con la punta de sus dedos iba tocándolo poco a poco. —a mí no me interesa tu aspecto, Damien. Me interesas tu—y sin poder creer su propia audacia, se acercó a su boca y lo besó. Ella no sabía muy bien cómo hacerlo, y sus labios se movieron tímidos sobre los de él, pero a Damien eso pareció encenderlo y tomó el mando del asunto, haciendo que ella separara sus labios para permitir que la lengua de él se deslizara dentro de su boca mientras sus grandes brazos la engullían por completo. Adalind inmediatamente sintió su excitación contra su cadera y se rozó contra él sin poder evitarlo.

Las manos de él se extendieron por su cintura y después subieron para amasar sus pechos, lo que hizo que ella notara que se estaba humedeciendo entre sus muslos.

—Tus pechos son hermosos—Damien los sacó de su encierro y comenzó a tocar los pezones con sus pulgares, logrando que estos se tornaran duros inmediatamente ante sus caricias. No pudo evitar gemir cuando su esposo profundizó el beso y lo abrazó, sintiendo que era tanto el deseo en su cuerpo, que parecía quemarse. Era un anhelo insoportable en su corazón, pero también en su sexo, donde necesitaba tenerlo dentro, para que se llevara aquel dolor.

De repente se vio en el aire, en sus fuertes brazos y se preguntó como a pesar de su cojera podía cargarla con tal pericia. La llevó hasta la sombra de un árbol y allí en el césped, la recostó.

— ¿Que estás...?

Sin darle tiempo a nada volvió a besarla y entonces Adalind sintió como las manos de él, buscaban bajo sus faldas casi con desesperación, hasta que encontró lo que tanto deseaba comenzó a acariciarla allí, sumergiendo un dedo en ella. Adalind jadeó deseando aquello que ya sabía que vendría.

Él se detuvo— ¿Te lastimé?

Ella negó con la cabeza incapaz de musitar palabra, solo quería que él volviera a sumergir su dedo en ella. Damien así lo hizo moviéndolo en círculos dentro de su vagina, llevándola poco a poco a una sensación tan intensa que ella creyó que se desmayaría. Sus dedos se sumergían una y otra vez con pericia, hasta casi hacerla perder el sentido. Y cuando creyó que ya no podría más, se tensó y sintió un escalofrío y al mismo tiempo como si su corazón se detuviera. Era algo tan placentero y tan fuerte que no pudo contenerlo y gritó el nombre de él, mientras su cuerpo temblaba de pies a cabeza y un cansancio infinito la invadía.

Después de aquel momento intenso, él la besó de nuevo y le habló suavemente diciéndole lo hermosa que era hasta que ella dejó de temblar y abrió los ojos. Se podía ver su sorpresa —Me encantan todas esas sensaciones que pasan por mi cuerpo cuando me tocas así—le dijo maravillada.

—Esto no se compara con hacer el amor. Adalind sintió su erección pulsando a través de la tela de su pantalón y supo que él necesitaba de ella.

—Podemos hacer el amor —le dijo mientras miraba su erección a través de sus pantalones.

Damien se separó de ella, y trató de acomodarle la falda— ¿Qué sabes tú de hacer el amor? ¿Quién siquiera te ha dicho sobre esas cosas?—sus ojos habían pasado del azul más claro y hermoso, al tono más frío—No voy a hacer el amor contigo ahora y en este lugar, Adalind—Otra vez usaba ese tono de rabia

—No quiero hacerlo aquí, pero podemos hacerlo después—lo miró herida—estamos casados, Damien, sería algo normal.

—No debí actuar de esa forma contigo. Quiero hacer las cosas despacio, no saltar sobre ti como un toro en celo.

Ella perdió la paciencia. Deseaba a su marido, deseaba todo de él y él insistía en actuar como un monje, y cuando por fin se permitía mostrar algo de sentimientos, parecía que hubiera cometido un pecado mortal. Por Dios, llevaban ahora varias semanas de casados y ella todavía era virgen—pensó furiosa. Una cosa era que ella no le gustara o que hubieran acordado desde antes del matrimonio que sería solo de apariencia, pero eso jamás pasó, y ella se imaginó que era porque al final, él si sentía algo más que una amistad pero no quería reconocerlo.

—Estamos casados, no hay pecado en esto—miró el piso porque no quería ver su rostro cuando se lo preguntara— ¿O es que tal vez tus razones son otras? Tal vez no soy una mujer lo suficientemente hermosa como para que me desees.

—Yo...

Adalind quiso llorar. Así que eso era todo el asunto. Ella no era muy hermosa, ni muy alegre, ni muy nada. Era la simplona de la familia, y la más normal de las tres hermanas, ¿Por qué tendría que ser especial para él? Su esposo no la veía hermosa, ni especial en ninguna forma.—ya veo.— su tono le dijo a Damien que había metido la pata al no hablar.

—No es eso...

—Por favor, no digas nada—lo detuvo—soy dolorosamente consciente de mis defectos, así que si vas a tratar de arreglar lo que sin palabras, ya me has dicho, es mejor que lo dejes así.

—No es lo que te imaginas, Adalind. Demonios! Solo déjame hablar—la tomó por el brazo para que no se fuera—Sí, eres mi esposa, pero quiero esperar.

—¿Esperar a que?—gritó—¡soy tu esposa pero no soy tu mujer! —Le reclamó— ¡tenemos semanas de casados y todavía soy virgen!—inmediatamente se tapó la boca al darse cuenta de lo que había dicho—Oh Dios, mira la forma en la que me haces comportarme, yo sería incapaz de decir esas cosas—un llanto profundo salió de ella y luego sin esperar respuesta de él, se alejó.

Capítulo 7

Llegaron a casa y cada uno se fue por su lado. El camino se le había hecho largo a Damien después de aquella discusión y ella había estado en silencio todo el tiempo. Ella subió a su dormitorio y él se fue al suyo. Allí mando a subir una botella de brandy, se quitó las botas, el chaleco y se sentó frente al fuego. No dejaba de pensar en lo que le había dicho “soy tu esposa, pero no soy tu mujer” Ella quería más de él y él ya no podía negar que también quería más de ella, pero... ¿Cómo diablos hacerla suya, sin que ella viera su pierna maltrecha y marcada? Tenía suficiente con que viera su rostro. No podría soportar ver su gesto de asco al ver bien con quien se había casado en realidad. Se levantó de la silla con rabia y tiró la copa al fuego haciendo que este se elevara hasta casi causar un accidente—¡maldita sea! Tal vez su padre tenía razón y estaba pagando el haber sido el causante de la muerte de su madre, cuando nació. Tal vez todo esto era un castigo. Él no era digno de amor. Pero a pesar de que su mente se lo decía todo el tiempo, él no podía dejar de pensar en ella y en ese beso, o en lo hermosa que se veía cuando llegaba al clímax. *¡Dios! Me volveré loco si sigo así*, se dijo tomando otra copa y volviendo a llenarla de licor. Tal vez eso haría que su mente se adormeciera y dejara de pensar.

Mientras Damien se alcoholizaba sintiendo lástima por el mismo, Adalind estaba en su habitación molesta por todo lo que había pasado, y por el rechazo continuo de su esposo. Ella quería ser amada, quería sentirse especial, ser la preferida y la única para alguien. Desde que podía recordar siempre fue la segundona que vio como su padre prefería a su hermana mayor por ser la más hermosa y la más obediente, y a su hermana menor, por ser divertida y extrovertida. Una era su orgullo y la otra la razón de su felicidad, mientras que ella se sentía como si fuera innecesaria. Por esa razón, se había sumergido de lleno en sus libros y en la astrología. Le gustaba también el estudio de las estrellas porque siempre la habían fascinado. Tal vez porque se imaginaba a menudo estar viviendo en una de ellas. Pero ahora se sentía confundida ¿tenía o no tenía el amor de Damien? ¿Sentía cosas por ella como su esposa o solo la veía como algo con que desahogar sus necesidades de hombre? Se quedó el resto de la tarde y toda la noche en su habitación. No quería hacer el esfuerzo de ver a su esposo en la cena, para que cuando bajara, le dijeran que como cosa rara, tenía que comer sola. Además no tenía ganas de comer.

Adalind escuchó que entraban a su habitación y corrían las cortinas llenando el dormitorio de una luz cegadora. Hizo mala cara y se tapó los ojos— ¿Qué hora es?—le preguntó a su doncella.

—Buenos días, milady. Son las 10 de la mañana. Vine antes pero la vi durmiendo y como sé que estaba indispuesta anoche, preferí dejarla descansar.

—Gracias, Jenny.

—Le he traído té y agua caliente para sus abluciones. También le planché su vestido para que vaya a caminar un poco como hace todos los días. ¿Quiere que se lo traiga?

—Hoy prefiero quedarme aquí.

— ¿Está segura? Hace un día muy bonito.

—No estoy de ánimo para caminar.

—Muy bien...entonces tal vez, esto le levante un poco ese ánimo—la muchacha alargó el brazo y le entregó una carta.

Al ver que era de su hermana Alexandra, sonrió—Noticias de mi hermana, espero que sean buenas.

—Seguramente, milady—dijo su doncella mientras se disponía a buscar el vestido que su señora usaría esa mañana, y los accesorios.

Jenny cambié de opinión. Creo que siempre si voy a ir a caminar—pero eso a lo sabías ¿verdad?

La muchacha se echó a reír

— Me vendría bien salir y de paso aprovecho para leer la carta de mi hermana.

—Claro que si, milady. ¿Bajará a desayunar? ¿O prefiere que he traigan el desayuno aquí?

—Comeré mi desayuno aquí, y luego iré directo al jardín. —Hoy tampoco tenía ganas de ver la cara de su esposo. La verdad era que en varios días, solo aceptaría verlo por algo muy urgente.

Y efectivamente hubo una razón para tener que verlo unos días después. El arquitecto que su esposo había contratado, llegó ese día, para hacer unas mejoras en la casa. Ella fue llamada por Damien para conocer al hombre que estaba en el salón de dibujo

—Buenas tardes—entró en la habitación haciendo que los dos hombres interrumpieran su conversación y se levantaran.

—Buenas tardes—dijo el arquitecto.

—Querida, quiero presentarte al señor Sheldon Meyrick, el arquitecto que viene a ayudarnos con los arreglos del ala oeste.

Ella miró al hombre un momento; era apuesto, y bastante alto, un poco más que su esposo. Tenía un rostro amable y grandes ojos grises, como la piel de un conejo. Le sonrió y la miró de una forma extraña—mucho gusto, lady Gilmor. Es un placer conocerla.-

—Es un gusto también conocerlo, señor Meyrick. Pensé ver a una persona mayor, es usted bastante joven para ser un arquitecto con tanta reputación.

—Gracias, lady Gilmor. Sí, de hecho comencé muy temprano como ayudante de John Soane un famoso arquitecto, me imagino que ha escuchado de él, y con el tiempo fui a la escuela de arquitectura en la Real Academia.

—Ya veo. Pues lo felicito señor Meyrick, he visto su trabajo y me parece hermoso e impecable —tome asiento, por favor.

El hombre se sentó al tiempo que Damien y siguió hablando con ella. Damien los miraba y podía ver que el señor Meyrick estaba completamente deslumbrado con su esposa.

—Me honra que conozca mi trabajo.

—Oh bueno, es que mi hermana le encargó a usted la construcción de la fachada de su casa y de un ala nueva para su hogar.

— ¿Su hermana?

—La condesa de Woodbridge.

— ¡Por supuesto! Ya decía yo que su rostro se me parecía al de alguien que conocía—sonrió.

—Bueno, ya hechas las presentaciones, quisiera continuar con el tema que nos atañe—le dijo Damien al arquitecto, que ya empezaba a fastidiarle con su actitud.

—Creo que ya puedes irte, querida. Vamos a hablar temas de construcción y me imagino que eso no te gustará mucho.

Ella entendió la indirecta pero le molestó—Si, seguramente mi pequeña cabecita no entiende de esas cosas—le sonrió irónica y se levantó para irse.

Damien quiso decir algo, pero prefirió quedarse callado y que ella se fuera. No le gustaba como ese hombre la miraba.

Pero ya para las horas de la tarde, Adalind quiso saber si estaban bien atendidos y de paso le preguntaría al arquitecto si se quedaría a cenar. Decidió ir ella personalmente y no enviar al ama de llaves o al mayordomo. Cuando estuvo allí tocó la puerta y entró. Vio a los dos hombres observando detenidamente unos planos y conversando.

—Disculpen que los moleste, pero solo quería saber si estaban bien atendidos—sonrió.

—Oh si lady Gilmor, muchas gracias. Ya hemos tomado té, y sándwiches y hace poco nos han traído un delicioso chocolate caliente.

Damien no decía nada pero la miraba como si quisiera asesinarla.

—Me alegro. También quería saber si el señor Meyrick, va a quedarse a cenar con nosotros.

—¿Y eso no podía venir a preguntarlo el mayordomo?

—Huxley, está ocupado y quise venir yo.

—Le habrías podido pedir el favor a la señora Wilson.

—Bueno...no vi ningún inconveniente en que fuera yo la que lo hiciera...querido—dijo lo último con una sonrisa falsa y tratando de aguantarse las ganas que tenía de responderle como debía.

—Sí, el señor Mayrick se quedará a cenar, ya le he preguntado.

—Muy bien, entonces mandaré a poner un puesto más.

Cuando ella se daba la vuelta para irse, él la detuvo—Adalind, por favor no estés interrumpiéndonos. Necesitamos poner toda nuestra atención en esto.

—Pensé que al ser también mi casa la que el arquitecto va a reconstruir, tenía derecho a opinar, pero ya que me lo pides tan amablemente, no volveré a molestar—salió de allí y cerró la puerta más fuerte de lo que pretendía.

Sheldon que había visto todo aquel intercambio, se sintió bastante incómodo por no decir indignado por Adalind. Ese monstruo debería dar gracias por la mujer que tenía a su lado. Una belleza como aquella no merecía aquel trato déspota, pero él hombre parecía pensar que podía maltratarla con sus palabras y ella tenía que soportarlo. Miró a Damien que parecía concentrado en los planos, y aprovechó para detallarlo. Era un hombre con aspecto agrio, amargado, con una horrorosa cicatriz en un lado de su cara que lo hacía parecer un peligroso recluso de alguna cárcel, y ni siquiera se ayudaba tratando de ser amable con las personas que lo rodeaban para compensar un poco su terrible aspecto.

—Creo que por el momento eso será todo, señor Meyrick. Luego podemos hablar sobre las otras remodelaciones—se levantó de la silla y se dirigió a la puerta—creo que ya he perdido las ganas de seguir hablando de remodelaciones. Las mujeres con sus explosiones temperamentales suelen aguarnos la fiesta—miró al arquitecto— ¿Qué le parece si le muestro la casa y luego vamos a la biblioteca para tomarnos una copa mientras nos sirven la cena?

—Como usted diga, Lord Gilmor—respondió el hombre secamente—lo que menos quería era pasar más tiempo con aquel hombre pedante. Pero si quería ver a la hermosa marquesa, de manera que aceptó.

Adalind estaba en su habitación con su doncella que la ayudaba a vestirse para la cena de esa noche.

—Nada muy elegante, Jenny.

—Milady, pero aunque sea una cena informal, debe usted ir perfecta—le dijo la muchacha que era muy perfeccionista e insistía en que su señora jamás debía tener ni una hebra de cabello fuera de lugar.

—Bien, haz lo que mejor te parezca. No estoy de ánimo para discutir.

— ¿Pasa algo milady? Se siente indispuesta?

—Solo cansada, Jenny—suspiró tristemente—solo cansada.

Pero su doncella no tenía idea de que el cansancio de Adalind, era de su vida, de ya no saber que más hacer con su esposo. Estaba cansada de sus cambios de humor y de tantas otras cosas que

no sabía si resistiría. Lo único que le daba un poco de ánimos, era la carta que le había enviado su hermana. Allí le hablaba de que después de mucho insistirle a su esposo, este le había dicho que Damien era un hombre que había sufrido mucho, y desafortunadamente había sido criado por un hombre cruel, sin escrúpulos que con tal de lograr lo que quería, era capaz de venderle su alma al diablo y de llegar a límites insospechados. Damien solo había podido encontrar algo de paz cuando estuvo en la escuela, porque sus amigos eran como su familia. Pero cuando tuvo aquel accidente, sus planes de unir a su hijo la hija del duque de Stranton, un hombre extremadamente rico y familiar del príncipe regente, se fueron al caño, y ella lo rechazó por su apariencia, así como lo hizo otra mujer de la cual se enamoró perdidamente para después enterarse que ella solo deseaba su dinero. Al parecer ella estuvo a dos días de casarse, cuando no pudo más con aquella mentira, le dijo que no soportaría vivir el resto de sus días encerrada en una casa sin hacer amigos, ni vida social porque él era un hombre desfigurado al que no le gustaba que nadie lo viera. Que tampoco lo amaba, pero que su familia que estaba muy mal de dinero, le había pedido que se sacrificara casándose con él.

Adalind lloró leyendo aquella carta, enterándose de lo cruel que el ser humano podía llegar a ser. Damien no era un mal hombre, pero era el resultado de tanto sufrimiento y burlas de los demás. Por eso trató de entenderlo y ser más paciente con él, pero cada vez que se le acercaba, era como si su sola presencia lo ofendiera, y eso dolía.

—Milady, ¿va a ponerse el collar de perlas?

—Lo que quieras, Jenny—contestó desanimada.

—Entonces le pondré el de perlas.

Adalind se apartó el cabello para que ella se lo colocará mientras se veía al espejo notando que tenía ojeras. No podía dormir bien últimamente y a pesar de los trucos y cremas de su doncella, se empezaba a notar.

Creo que ya está, milady. Puede mirarse de cuerpo entero, si quiere—le señaló el enorme espejo junto a su cama. Luego de ver su imagen en el espejo, asintió—gracias Jenny, lo has hecho muy bien como siempre.

La muchacha sonrió orgullosa— ¿se le ofrece algo más?

—Nada más. Bajaré ahora—fue hacia las escaleras rezando porque fuera una cena tranquila, y sin problemas.

Cuando llegó al comedor, ya el señor Meyrick y su esposo estaban allí.

—Buenas noches—dijo ella, y vio como los dos hombres se pusieron de pie.

—Buenas noches, querida—saludó Damien.

—Buenas noches, lady Gilmor—la observó de pies a cabeza e hizo una reverencia—la mujer se veía hermosa con ese vestido color crema que dejaba ver su hermosa figura y generosos pechos. Sheldon tuvo que cerrar la boca y mirar hacia abajo, sino él ogro de su marido se habría dado cuenta.

—Lamento llegar tarde.

—Apenas hemos llegado al comedor—dijo Damien sin mirarla siquiera.

Ella tomó asiento y los lacayos comenzaron a servir el primer plato; una crema de espárragos.

—Y dígame señor Meyrick, ¿Qué tipo de reformas va a hacer en la casa?

—Bueno...lord Gilmor me ha dicho que necesita derrumbar el ala oeste y volver hacerla, aunque esta vez con columnas griegas estriadas pero todavía conservando el estilo gótico de la casa.

— ¿Habrá algún balcón?

—Sí—dijo Damien—le he pedido al señor Meyrick que haga un enorme balcón y que el área de invernadero tenga grandes ventanales y el techo en vidrio para que se puedan ver las estrellas—sus ojos la observaban detenidamente con un brillo singular.

Ella arqueó sus cejas hacia él con incredulidad. La sorprendió que él hubiera escuchado cuando ella le dijo una vez, que si tuviera una casa, le haría un balcón enorme desde donde pudiera verlo todo a su alrededor y haría también un sitio donde ella pudiera ver las estrellas cada vez que quisiera sin tener que salir de la casa. Ese detalle la conmovió.

— ¿Sucede algo?—preguntó Sheldon.

—No pasa nada, señor Meyrick. Es solo que me parecen interesantes las reformas que hará—contestó ella disimulando su emoción.

Nuevamente vieron a los sirvientes acercarse, esta vez para colocar en la mesa el segundo plato; codorniz asada en salsa de manzana con guarnición de verduras calientes y papas con nata.

Sheldon le dio un mordisco a su codorniz, y sonrió—esto sabe delicioso.

—Le diré al cocinero que le ha gustado—comentó ella comiendo un poco del plato. —Me emociona saber que dentro de muy poco veremos todas esas maravillas ya construidas. No veo la hora de poder ver las estrellas.

— ¿La idea del techo en solo vidrio, es suya?

—Siempre he querido algo así, para ver las estrellas, pero mi esposo es quien ha querido hacerlo realidad para mí—lo miró agradecida, mientras que él solo fruncía el ceño.

—Bueno, tenga por seguro, que haré mi mejor esfuerzo, ahora que sé que es para usted.

Damien se levantó molesto—debería hacer su mejor esfuerzo para mí, señor Meyrick. Recuerde que soy yo, quien le paga.

Adalind y el arquitecto se miraron sorprendidos por ese ataque de rabia de Damien.

—Lo siento, lord Gilmor. No quise ofenderlo. Por supuesto que es usted quien paga por todo, solo quise decir que ya que es un regalo para su esposa, haré mi mejor esfuerzo para que quede bien.

—Puedo mostrarle mañana el sitio donde quiero ese invernadero—comentó Adalind.

— ¡Claro que no!—yo sé en donde lo quieres y seré yo quien lo haga.

Adalind lo miró extrañada un momento— ¿sería posible que su esposo estuviera celoso? Él jamás se había portado así.

—No se preocupe, lady Gilmor. Puedo ir con su esposo, pero no le quede la menor duda de que todo será exactamente como lo desea—dijo de una forma que no le gustó a Damien—después de todo, no se le puede negar nada a una mujer tan hermosa—vio que Damien iba a decir algo y añadió—con todo respeto, no deseo ofender. Eso apareció apaciguarlo.

El resto de la cena transcurrió en silencio y cuando todos terminaron el postre, ella se excusó diciendo que estaba algo cansada.

Ambos caballeros se pusieron de pie y cuando ella se levantó, Sheldon no vio motivos para seguir allí, así que también se despidió y partió a la posada donde se estaba alojando.

Capítulo 8

Adalind se levantó temprano y fue corriendo a ponerse su traje de montar. Quería ver a su yegua y cabalgar sobre ella por el campo. Se había convertido en una costumbre para ella salir a montar temprano y de esa manera pensar y quitarse un poco la tristeza. Pero esa mañana no se imaginó que su esposo, que por lo general a esa hora ya se había marchado, estaría allí en el establo, acicalando a su caballo, él mismo.

— ¡Oh!—se sorprendió al verlo—no sabía que estabas aquí.

—Buenos días a ti también, Addie.

Le gustaba cuando la llamaba así, sonaba extrañamente cariñoso. —Disculpa, buenos días.

El siguió acicalando a su caballo— ¿vas a cabalgar?

—Sí, pensaba salir a pasear con Beauty.

—¿Beauty? —volteo a mirarla.

—Sí, ese es el nombre que le he puesto porque es una belleza—sonrió.

—Me agrada verte tan feliz con ella.

—Es lo único que me hace sonreír por estos días—no pudo evitar decirle.

Damien cerró los ojos con fuerza “*aquí va de nuevo*”, se dijo. Quiero tener un día tranquilo Adalind—le advirtió.

— ¿Y qué te lo impide? Yo también deseo lo mismo, por eso quiero ir a cabalgar.

—Bien.—dejó de acicalar a su caballo y empezó a ponerle su silla, al tiempo que ella buscaba al mozo de cuadras para que hiciera lo mismo con su yegua. Después de unos minutos lo sintió acercarse a ella que ahora estaba hablándole a Beauty—quisiera pedirte el favor de que estés hoy temprano en casa, para poder hablar con el arquitecto sobre algunos cambios.

— ¿Y eso?—lo miró extrañada—hasta donde creí este no era asunto de mujeres y yo solo estorbaba.

—Yo jamás he dicho eso.

Ella rodó los ojos—seguro, que no.

Damien perdió la paciencia— ¡ya basta, Adalind! Veo que hoy estás más irritable que de costumbre y pareces dispuesta a arruinar mi día.

—Bueno, eso sería un buen cambio ¿no te parece? Ya que tú estás dispuesto a arruinar todos y cada uno de mis días—su tono era beligerante y sus mirada retadora.

Damien tampoco estaba feliz, pero le encantaba ver que ella no se amilanaba ante él, y lo enfrentaba si podía. Eso lo volvía loco de rabia y lo excitaba al mismo tiempo. Se veía hermosa cuando estaba molesta; un rubor cubría sus mejillas, y su pecho se agitaba de tal forma que era imposible no pensar en ella haciendo el amor y agitándose de la misma forma. —yo no arruino nada, y lo único que te estoy pidiendo es que cumplas con tu deber de esposa y acompañes al arquitecto y a mí, en una reunión.

— ¿Tu esposa?—lo miró incrédula—ahora si soy tú esposa.

Una sombra apareció en el rostro de él—No voy a discutir más este tema, eres mi mujer y harás lo que te digo—luego le dio la espalda y se alejó.

Pero para Adalind, esa conversación no había terminado — ¡No soy tu mujer!—le gritó sin importarle que hubiera gente a su alrededor.

Damien se dio la vuelta inmediatamente y alcanzó a ver la mirada de dolor en sus ojos, pero lleno de furia estuvo frente a ella en pocos pasos— ¡Esto termina aquí, maldita sea!—la tomó como si fuera un saco y se la puso al hombro frente al mozo de cuerdas y otros dos hombres que estaban allí.

— ¿Que estás haciendo?—preguntó asustada.

—Lo que he debido hacer hace mucho tiempo.

Ella temió lo peor ¿Qué tal si lo había presionado tanto que Damien había terminado por creer que necesitaba un castigo? ¿Qué tal si era de esos hombres que le pegaban a su mujer?—comenzó a dar patadas y tratar de soltarse— ¡déjame, déjame en paz!—gritaba a todo pulmón— ¡ayuda!— le pidió a todo el que pasaba por enfrente, pero la gente al ver la cara de su señor, no hacía nada.

Damien entró a la casa y fue subiendo las escaleras ante la mirada horrorizada de su ama de llaves—milord, por favor...

—No se entrometa, señora Wilson. Esto es un asunto entre mi esposa y yo. Y hágame el favor de decirle a la servidumbre que no nos molesten el resto del día. Con esas palabras se alejó caminado más rápido, directo a su habitación, mientras dejaba a la mujer con la boca abierta. Abrió la puerta de su dormitorio de una patada y se dirigió a la cama donde la tiró.

—¿Qué crees que haces?—sus ojos lo miraban asustados.

—Ya te lo dije algo que debí hacer desde hace mucho—se dirigió a la puerta y puso una silla contra ella para asegurarla, pues había arruinado el cerrojo al patearla.

—Eres un salvaje—le dijo furiosa—si crees que golpeándome harás que mi actitud hacia ti cambie, estás muy equivocado.

—Eso no es lo que pretendo—sus ojos la escanearon de pies a cabeza y empezó a quitarse la ropa.

—¿Que...que estás haciendo?

—Solo me pongo un poco más cómodo—se quitó el chaleco, la camisa y fue siguiendo con lo demás hasta que llegó el turno de las botas y el pantalón. —Ahora vas a ser mi mujer.

—Damien, no es correcto...

—¿Qué? ¿No es correcto que me quite la ropa delante de mi esposa? Por supuesto que lo es. Y ahora verás algo que tal vez afecte tus sensibles ojos.—Cuando se quitó el pantalón, ella pudo ver una enorme cicatriz, que cruzaba toda su pierna.

—¡Oh Dios!—exclamó sin querer.

—Horrible ¿verdad? —su sonrisa sarcástica no la engañaba. Él quería que ella actuara como la mayoría de las personas lo hacían cuando veían su rostro.

—Solo veo una cicatriz—le dijo lo más tranquila que pudo.

—No me digas que no te escandaliza

—Lo hace, pero no por las razones que tú crees, sino porque me imagino lo mucho que tuviste que sufrir.

—Fue duro, sí. No es fácil para nadie, ver que no puede caminar bien y tener que aguantar más de cinco operaciones para supuestamente mejorar tu condición.—se miró la pierna—al final, no lo hicieron. Todo fue en vano, y si me dejaron esta horrible cicatriz que de tanto abrir y cerrar, al final quedó peor.

—Lo siento mucho—sus ojos la miraron con compasión, y eso era lo que menos quería de ella. Se llenó de rabia y la agarró del brazo muy fuerte —Quítate la ropa—le ordenó

Ella se sobresaltó por la forma agresiva en la que se comportaba—No quiero que sea así...—dijo casi en susurros.

— ¿Lo harás o debo hacerlo yo por ti?—su mirada decía que no se echaría para atrás, así que ella no tuvo más remedio que obedecer. Adalind pensaba que ella era quien lo había presionado a hacerlo y estas eran las consecuencias.

—Es...está bien—sus manos temblaban—se puso de pie—No quería que le hiciera daño y trató de quitarse la ropa lo más lento posible.

Damien pareció percibir su miedo y apartó las manos de ella, sobre el vestido, para reemplazarlas por las suyas. Comenzó a desabotonarle el vestido y así lo hizo con las capas y capas de ropa, muy delicadamente, hasta dejarla en camisón. Tomó su barbilla y la hizo subir la cabeza para mirarlo.

— ¿Es esto lo que querías?—tomó sus labios suavemente, y ella sintió la furiosa evidencia de su erección. Bajó la vista y notó el tamaño de su miembro—Oh por todos los cielos, eso es...—no podía hablar bien— ¿eso va dentro de mí? Es...muy grande—quería tocar aquella cabeza ancha en ese apéndice largo.

Él agarró su muñeca—tócame.

—No, no—ella se arrancó de su abrazo. —Ni siquiera sabría cómo hacerlo—le dijo temerosa.

—Lo harás bien, no es nada extraño o peligroso—le dijo con una media sonrisa— Tócame—tomó sus dedos y los envolvió alrededor de su pene que dolía por lo duro que estaba.

—Es demasiado...

Él resopló, mirándola divertido— querida, es así como estoy hecho, es así como somos la mayoría de los hombres, tal vez unos más grandes, y otros no tanto, pero te prometo que cabré dentro de ti.

—¿cómo?

—Empecemos de esta forma—tomo la mano de ella y la instó a moverla hacia adelante y hacia atrás a lo largo de su longitud.

—¿Así...?—preguntó viendo como el rostro de él mostraba una expresión de placer y su voz cambiaba para convertirse en una mucho más grave—Esto que ves , es lo que pasará cuando mi pene entre en ti, y tú lo disfrutarás y te abrirás hermosamente dándome la bienvenida.

—Pero soy más pequeña y tú eres...muy grande. No entiendo como pasará.

—Ven aquí—la tomó de la mano y la llevó a la cama de nuevo—recuéstate—.después de eso, besó su mejilla, sus labios, su mano llegó a sus pechos—Tus hermosos senos son un bocadillo delicioso para mí— Damien sacó un seno del camisón y le acarició un pezón dolorido solo para llevárselo a la boca y acariciarlo con su lengua talentosa. El cuerpo de ella hormigueaba sintiéndose vivo ante su mirada.

—Déjame mostrarte como se hace el amor. — Deslizó la mano entre sus piernas hasta encontrar el centro húmedo de su placer—la acarició con suma delicadeza hasta que las mejillas de ella se tiñeron de rojo por el sofoco y entonces aprovechó para amasar sus pechos y acariciarlos—tan seductores y generosos—no pudo evitar acercar su boca y lamerlos. Ella echó su cabeza hacia atrás como ofreciendo sus senos a él y se dejó arrastrar por la sensación de su boca, agarrando su cabeza, queriendo sentir más de ese placer. Mientras ella estaba absorta en aquellas sensaciones, él subió su camisón por la parte de las piernas hasta sus caderas. Quería quitarle la maldita cosa por completo, pero lo haría después, porque ahora no se iba de él mismo, y tenía demasiadas ganas de ella —Eres la mujer más bella que han visto mis ojos —Cuando ella se quedó muda, Damien añadió— Es cierto. —Rozó la boca de Adalind con sus labios y con un dedo la acarició, sintiendo su humedad y cerciorándose de que estuviera lista para él. La escuchó gemir y reemplazó sus dedos con su miembro lentamente, y empezó a penetrarla, procurando no perder el control, luchando para no lastimarla cuando lo único que quería era estar muy profundo en ella, reclamándola. Adalind estaba tan cálida, apretada y suave, que era casi imposible contenerse.

—Sabes que esto va a doler ¿verdad? —tuvo que prevenirla para que supiera lo que venía.

Ella se echó hacia atrás y lo miró —¿mucho?

—Un poco, no voy a mentirte. Él se hundió un poco más dentro de ella.

Adalind se mordió el labio inferior—está bien, puedo soportarlo.

Damien, con una embestida rápida y feroz, acabó de hundirse dentro de ella. La besó y acarició con ternura a pesar de que estaba al límite por el hecho de sentirse dentro de ella al fin. La escuchó gritar y moverse debajo de él pero la estrechó con fuerza, y luego de un rato, ella empezó a relajarse.

—¿Estás bien? —susurró él.

—Creo... creo que sí.

—Te prometo que a partir de ahora, no te va a doler— empezó a darle placer para que ella no temiera, la acarició todo el tiempo en su parte más sensible y la besó de manera suave, para luego ir desplazándose por su mejilla, su oreja, y besar su lóbulo mientras se movía lentamente dentro de ella, y Adalind se maravillaba al ver lo profundo que podía sentirlo. Damien se deslizó fuera de ella y volvió a entrar y ella instintivamente alzó las caderas para encontrarse con sus empujes. Él agarró sus caderas y la penetró de manera tan fuerte que ella podía sentirlo en su núcleo, mientras escuchaba el ruido de sus cuerpos rozándose y notaba cómo crecía la presión de su miembro dentro de ella, llevándola al orgasmo. Adalind comenzó a gemir y clavó sus uñas con fuerza en la espalda de Damien mientras todo su cuerpo convulsionaba y apretaba el miembro de él. Ella sintió un estallido en todo su cuerpo, era como si fuera un volcán y acabara de hacer erupción. Una cosa maravillosa que ella jamás pensó que podía ser posible y que causó que Damien no pudiera contenerse y se derramara dentro de ella lanzando un grito gutural de placer.

Minutos después, la acurrucó contra su cuerpo, su respiración era irregular y áspera. Ella se recostó contra su pecho húmedo sonriendo. Él se apartó y la miró—Estás sonriendo. Eso es señal de que lo hice bien ¿o no?

Ella volvió a sonreír con el mas adorable sonrojo en sus mejillas—creo que este será uno de mis pasatiempos preferidos.

—Creo que uno de los míos también—suspiró satisfecho—ahora eres mi mujer. Eres solo mía—y después de un rato volvió a hacerle el amor.

Capítulo 9

Damien la había estado mirando por largo rato, mientras ella dormía. Pensaba en la mañana y la tarde grandiosa que había tenido con Adalind y lo receptiva que ella había sido a sus caricias, como si de verdad no le importara para nada su aspecto. La escuchó suspirar y gemir ante su toque y disfrutó hacerla enloquecer de placer. Pero ella había hecho lo mismo por él y también le dio un placer tan intenso que él jamás pensó sentir. Ni en otros tiempos, cuando estaba bien y era un hombre normal, jamás sintió lo que ella le había hecho sentir esa noche.

Adalind abrió los ojos y se dio cuenta de que alguien la abrazaba. Miró para todos lados y vio que el sol de la tarde estaba ya cayendo y recordó entonces que había estado con Damien y habían hecho el amor varias veces durante casi todo el día. Eso la hizo sonreír avergonzada.

— ¿Qué es lo te causa risa?—escuchó su voz detrás de ella y se dio la vuelta lentamente. Él tenía un gesto apacible en su rostro, no llevaba ese ceño fruncido que lo acompañaba a todo lado. —me da algo de vergüenza contarlo.

Él sonrió—será nuestro secreto.

—Jamás imaginé, que podía portarme de esa manera tan...

— ¿Desinhibida?

—Iba a decir...descarada—se echó a reír haciendo que Damien también lo hiciera.

Eres una mujer apasionada, no sé porque me sorprende. Lo eres en todos los aspectos de tu vida, ¿porque no ibas a serlo en la intimidad? —metió una mano por debajo de las sábanas, y tocó su pierna en una suave caricia de arriba hacia abajo. —lo que pasó anoche me encantó.

—A mí también—ella se mordió el labio inferior sin saber que más decir.

—Sé que no he sido la mejor compañía desde que nos casamos.

—Eso es muy cierto.

Damien sonrió—no te lo ibas a guardar ¿verdad?

—No—le dio una mirada traviesa.

—Quiero que todo cambie. Ahora eres mía y quiero hacerte el amor todas las veces que pueda —sus ojos destellaban pasión—pero también quiero intentar llevar un matrimonio contigo, Adalind. Ahora me doy cuenta de que mis pensamientos sobre ti, eran equivocados. Me disculpo por eso.

Ella se acercó más a él y lo besó. Él no pudo resistir las ganas de volver a tomarla allí mismo, y abrió las piernas de ella lentamente con una de sus manos, para luego acariciar su sexo, que estaba húmedo y listo para él. —Me gusta como esta pequeña perla de carne se endurece cada vez que la toco—le dijo acariciando su clítoris

Adalind suspiró

— ¿Te gusta cómo te toco aquí?—ella asintió.

—Dímelo.

—Sí...me gusta, me gusta mucho—casi gimió.

—Esta vez quiero hacer algo que estoy seguro de que te va a gustar—levantó las sábanas y comenzó a bajar por su cuerpo, haciendo que ella la mirara extrañada.

— ¿Qué haces?—sonrió.

—Solo espera y verás—lo vio bajar más, hasta quedar frente a su abdomen y empezar a besar desde su ombligo hasta sus caderas. Luego bajó más todavía hasta situar su cabeza entre los muslos de ella. La mente de Adalind quedó en blanco cuando sintió su lengua buscando, acariciando, lamiendo dentro de ella.—abre más esas hermosas piernas le dijo mientras ella se agarraba fuerte de sus almohadas. Obedeció y extendió una de sus piernas un poco y vio su cabeza acomodarse mejor entre ellas al tiempo que con su lengua exigente acariciaba la carne interna y luego iba hacia su núcleo. Con sus dedos fue abriendo sus labios internos—abre un poco más, cariño—le dijo, y cuando ella así lo hizo, su lengua fue más adentro y chupó con fuerza. La mente de ella sencillamente se desconectó y todo su cuerpo comenzó a temblar—Oh Dios, yo no sabía... no sabía... que esto fuera posible.

Él hizo una pausa y la miró—Quería hacer esto desde aquella vez cuando paseamos a caballo. Deseé probarte y te imaginaba así de dulce como sabes—volvió a probarla, como si fuera un delicioso manjar y disfrutara cada bocado, mientras ella empezó a temblar de pies a cabeza y experimentó un violento orgasmo, no una sino dos veces mientras él no dejaba de atormentarla. Adalind tuvo que suplicarle—Por favor, Damien...—gimió—no puedo más...

Él sonrió y se colocó sobre ella para penetrarla de una sola embestida. La escuchó jadear y luego vio como apretaba sus piernas alrededor de su cintura aferrándose a él, mientras la embestía fuerte y certero hasta obtener su placer. Cuando terminó, su rostro iluminado estaba sonriente como pocas veces lo había visto ella—Te haré el amor cada hora del día.

Adalind se sorprendió pensando con cierta emoción ante esa posibilidad. Pero llegó a la conclusión que tal vez terminaría desmayándose.

Cuando terminó todo, ella sentía que no había un gramo de fuerza en todo su cuerpo. Damien haló el cordón a un lado de su cama y al poco tiempo el mayordomo estaba tocando la puerta. Vio a su esposo levantarse desnudo y acercarse a la puerta para abrirla un poco y tener una rápida conversación. Luego se devolvió y se metió entre las sábanas con ella.

—¿Que le has dicho?

—Solo le pedí la cena de ambos aquí en la habitación y agua caliente para bañarte.

—Ya estoy bastante grandecita como para hacerlo por mi cuenta—su tono era burlón.

—Pero a mí me dará gusto hacerlo por ti. Además me imagino que debes estar adolorida.

Ella se sonrojó—un poco.

—Bien, entonces eso haremos, cenaremos y luego te ayudaré con tu baño. —Le dio un beso— quedarás como nueva.

Adalind estaba feliz de ver como su esposo quería agradecerla y ese día parecía una persona completamente diferente. Solo deseó que ese cambio no fuera fugaz, sino que por el contrario, así fuera todo el tiempo de ahora en adelante.

Cuando el momento del baño llegó, escuchó como en el cuarto de al lado dispuesto para el aseo, los sirvientes iban llevando los baldes de agua, hasta que llenaron la bañera. Escuchó que alguien agitaba el agua y hasta allí llegó el olor a lavanda, seguramente de las sales de baño. Damien apareció y tomó su mano—ven, querida. Vamos al agua caliente, debes estar dolorida.

Ella pensó que hablaba de su cuerpo pero cuando se sentó en la bañera, él tomó un paño caliente y lo colocó sobre su núcleo. — ¿cómo se siente eso?

Ella se moría de la vergüenza pero sintió alivio—mejor, mucho mejor—confesó mientras el lavaba su cuerpo. —tienes hermosos pechos ¿ya te lo había dicho?

—Sí—sonrió—yo siempre he pensado que son demasiado grandes.

—Créeme, grandes es algo de lo que no pienso quejarme. —La miró con deseo—quiero tenerte de nuevo—tocó sus pechos y los amasó suavemente—sé que sueño como un enfermo pero no puedo dejar de probarte—una de sus manos bajó a su sexo, pero no se perdió el gesto de incomodidad de ella—perdóname—le dijo molesto consigo mismo por ser tan insensible.

—No te disculpes, yo también lo deseo, pero creo que tendremos que esperar un poco—acarició su rostro y él buscó su boca para darle un beso que prometía muchas cosas. Luego siguió ayudándola con su baño masajeando su cuello y aliviando los músculos. En algún momento llegó a una parte de sus piernas, que había notado ella trataba de cubrir con su mano. Damien tomó su mano y la retiró.

—No lo hagas—suplicó en un susurro.

—¿Por qué no? Es una parte de ti, como cualquier otra. Esa cicatriz que tanto te preocupa no te hace ver fea a mis ojos—bajó su rostro y besó la cicatriz. Luego la miró a los ojos—yo soy el culpable de esto. La vergüenza debe ser mía, no tuya.

—Se ve horrible.

—No, es pequeña. Eres tú, quien la ve más grande de lo que es. Además es parte de tu hermoso cuerpo—siguió besando esa parte durante un buen rato, hasta que ella cerró los ojos ante la sensación. Él se portaba de forma tan gentil, y la tocaba tan delicadamente, que Adalind se sentía en el paraíso. Siguió lavando el resto de su cuerpo, y al terminar la secó, y la llevó en brazos a la cama. Allí, ya estaba servida en la mesa cerca a al fuego, una gran variedad de comida, y Damien la llevó a la cama para que pudieran comer juntos allí.

Mucho más tarde, ella se despertó. No sabía en qué momento se había dormido, pero ahora no veía a Damien. Vio entonces con tristeza que estaba en su dormitorio; en algún momento él la había llevado allí y se había ido. No pudo evitar sentirse decepcionada, y con temor pensó que tal al día siguiente las cosas volverían a ser como siempre. Se quedó allí pensando, hasta que el sueño volvió a apoderarse de ella y entonces se quedó dormida. Pero en la mañana la sorprendió un ruido en la puerta.

—Milady, soy yo, Jenny. ¿Puedo entrar?

—Oh sí, Jenny, pasa por favor.

La muchacha entró con una sonrisa enorme—buenos días, milady. Le he traído su té y unas tostadas mientras baja a desayunar.

—Oh Jenny, ya sabes que con solo la taza de té, estoy bien.

—Creí que tal vez hoy, quería comer algo mas—le dio una mirada traviesa—supuse que tendría hambre.

Adalind no pudo evitar sonreír ante la cara de su doncella—obviamente toda la casa se había enterado de que habían dormido juntos, pues Damien no fue nada discreto. Mando a traer agua caliente a la habitación de baño y aunque ella no estaba allí, ellos habían visto el espectáculo de antes cuando la llevaba en hombros. Y como si fuera poco subieron después la cena de ambos. Estaba segura de que ese día eran la comidilla de toda la casa.

—Está bien, comeré una tostada.

La chica le llevó la bandeja hasta la cama y Adalind vio una enorme rosa roja— ¿y esto?

—Oh si, lo olvidaba. Milord se la ha enviado y le manda a decir que por favor baje más tarde a encontrarse con él para desayunar y luego ir a dar un paseo.

El rostro de Adalind floreció de inmediato. Todos sus temores se desvanecieron y se llenó de esperanza—Dile que bajaré pronto—le dio un mordisco a su tostada que ahora le pareció más apetitosa—tráeme agua para limpiarme y búscame un vestido hermoso para ir a dar ese paseo. ¡Quiero deslumbrarlo!

Jenny sonrió—como ordene, milady.

Damien la estaba esperando cuando ella bajó, y su sonrisa hizo que sus piernas temblaran. Se veía tan apuesto y feliz, que era como si lo hubieran cambiado y este fuera otra persona. Le ofreció su brazo—estas hermosa.

—Muchas gracias, milord—dijo tímidamente.

Ambos fueron a dar un paseo cerca de la casa, que muy pronto se convirtió en una sesión de besos y caricias escondidas. Al regresar estuvieron hablando en el estudio y después cenaron juntos mientras conversaban sobre las ideas que él tenía para la casa. Adalind le comentó sobre ciertos lugares de la casa que deseaba limpiar y airear. Le hizo ver que era una pena tener todo ese espacio en la casa y ocultarlo todo el tiempo haciendo ver el lugar muy triste.

Damien estuvo de acuerdo y le dio plena autoridad para disponer de todo lo que quisiera. Y fue así como al día siguiente Adalind se levantó muy temprano a darle un cambio completo al que sería su hogar para siempre.

Los días que siguieron fueron de total calma. Damien la trataba con consideración y estaba decidido a conocer a su esposa, como había conversado con su amigo Adam. Pero luego de varios días de calma, sucedió algo que Adalind jamás se habría esperado.

—Lady Gilmor, que bueno verla de nuevo.

—Oh, señor Meyrick, por fin ha llegado de su viaje. Cuénteme, ¿ha podido encontrarlo todo?

—Sí, milady. Efectivamente, todas las cosas que el marqués pidió, el mármol italiano, y la cerámica, han llegado en perfectas condiciones al puerto. Las he mandado a traer y creo que si todo va bien, llegaran en menos de una semana.

— ¡Magnifico! No veo la hora de ver todo esto terminado. Miró hacia el sitio donde sería construida el ala contigua a la casa y se la imaginó ya hecha.

Sheldon no pudo dejar de mirarla. Se veía preciosa con aquel vestido amarillo de flores, y su hermoso cabello recogido en un moño que dejaba ver unas cuantas hebras de cabellos sueltas. Era una mujer que hasta con un vestido mañanero sencillo, se veía elegante. No cabía duda de que la marquesa era una mujer con clase. Era él quien se merecía una mujer como aquella porque era bueno en lo que hacía y en poco tiempo él tendría la suficiente fama y reputación para tener a una mujer como ella a su lado. Se había dado cuenta de que ella también sentía algo por él, pero como era una mujer tímida y decente no se lo hacía ver. Sin embargo su sonrisa cada vez que se encontraban, su afán por hacerlo sentir bienvenido y cómodo en su casa y su mirada, le decían todo lo que él necesitaba saber. No había querido hacérselo saber porque no quería avergonzarla y en secreto había estado ahorrando lo suficiente para proponerle que se fueran del país para comenzar una vida en un lugar donde nadie los conociera y él con su trabajo podría mantenerla además de darle los gustos que ella quisiera, pero no quería decir nada hasta el momento correcto.

—Creo que esta noche, mi esposo y yo estaríamos encantados de que nos acompañara, y así nos contara un poco sobre su travesía en Londres para conseguir los materiales.

—Será un placer, milady.

—Muy bien, ¿entonces a las siete le parece buena hora?

—Perfecto.

—Lo veremos esta noche, señor Meyrick—ella se alejó mientras él se quitaba el sombrero en una reverencia.

Capítulo 10

La cena de esa noche, había sido planeada por Adalind, que quiso asegurarse de que su esposo se sintiera complacido. No quiso poner una entrada porque sería demasiada comida, así que la cena solo consistió en tres cursos, aunque con varios platos. El primer curso fue sopa de tortuga y anguilas estofadas. El segundo curso consistió en Pavo asado, Pollo hervido y salsa de apio y por último un tercer curso con Champiñones a la parrilla, Patatas en mantequilla y perejil. Comieron hablando un poco de todo hasta que Sheldon dijo algo que irritó a Damien.

—Lady Gilmor, he estado construyendo una fuente con querubines, y teniendo en cuenta que son ustedes tres hermanas, he mandado a colocar tres, en la fuente.

—Oh! Eso es maravilloso. Me encantaría verlo.

—Todavía no está listo, pero me he esmerado mucho porque es mi regalo para usted.

—¿No le parece que aquí el único que debe darle regalos a mi esposa, soy yo?—la mirada de Damien lo decía todo.

—Cariño—ella le sonrió—el señor Meyrick solo está siendo cortés. Por supuesto que eres tu quien me hace regalos y son los más fantásticos—se tocó el collar de diamantes que le había dado hacía tan solo unos pocos días.

Damien pareció olvidar su coraje y también le sonrió—y debo decir que luce maravilloso en tu hermoso cuello.

Ambos se miraron de una forma muy íntima y fue Sheldon quien tuvo que contenerse para no echar todos sus planes por la borda. Debía apresurarse o la perdería. Ella ahora se veía más cómoda en compañía de aquel ogro. Ya no había esa tensión entre ellos y eso no le gustó.

Un rato después llegó el postre, un delicioso dulce de naranja con un poco de crema batida, y soufflé de manzana.

—¿Le ha gustado el postre, señor Meyrick?

—Me ha encantado toda la comida, milord.

—A mí también me pareció que estaba deliciosa—Damien miró a su esposa que se veía complacida y tenía ese pequeño sonrojo en sus mejillas que a él lo volvía loco—Va a disculparnos ahora, Sheldon. Mi esposa y yo tenemos algunos asuntos que resolver—le guiñó un ojo descaradamente y Adalind que tomaba un sorbo de su copa de vino casi lo derrama sobre ella. Lo miró con desaprobación— ¡Damien! el señor Meyrick es nuestro invitado.

—Lo sé, querida. Pero estoy seguro de que el Sheldon entenderá que quiero quedarme a solas con mi esposa—le dio una sonrisa triunfante al hombre. El jamás había asido del tipo que alardeaba, pero veía como el desgraciado arquitecto veía a su mujer y no le gustaba. Damien sabía que se preguntaba como una mujer como ella pudo haberse fijado en un deforme como él, todo el mundo se lo preguntaba, pero Adalind era suya y ahora más que nunca enfrentaría a quien fuera o lo que sea, por ella. Así que es pocas palabras, estaba marcando su territorio.

—Querido...no creo que...

—No se preocupe, lady Gilmor. Entiendo perfectamente. Yo también debo arreglar algunas cosas y mañana debo madrugar para venir a continuar con mi trabajo—se puso de pie. Hizo una pequeña reverencia a Adalind —gracias por todo, lady Gilmor, fue una encantadora velada.

—Con mucho gusto.

Luego miró a Damien—lord Gilmor, muchas gracias por todo—los dos hombres se midieron con la mirada.

—No hay nada que agradecer, mi esposa fue la de la idea—le dijo desestimando todo el asunto y haciéndole saber que si hubiera sido por él no habría estado allí esa noche.

Sheldon se dirigió a la puerta acompañado por el mayordomo y en la puerta de la entrada tomó su abrigo—el carruaje lo espera para llevarlo, señor Meyrick

—No hay necesidad, me hará bien caminar—si se subía al carruaje del maldito marques, sería capaz de incendiarlo. En ese momento necesitaba despejar su rabia.

Adalind se levantó de la mesa y miró a su esposo que actuaba como si nada hubiera pasado.

— ¿Por qué fuiste tan descortés con el señor Meyrick?—le preguntó Adalind cuando se quedaron solos.

—Porque no me gusta su actitud zalamera y solapada. Pero sobre todo no me gusta cómo te mira.

—Muy bien—cruzó los brazos—ahora sí creo que te has vuelto loco.

— ¿Te parece?—sonrió con malicia mientras se iba acercando a ella. Adalind no pudo evitar reírse— ¿qué vas a hacer?

—Me encanta esa pregunta.

— ¿Oh si?—soltó una risita nerviosa y comenzó a dar pasos hacia atrás hasta chocar con la pared.

—Te ves muy...muy hermosa con ese vestido, Addie—tomó sus labios en un suave beso que tenía toda la intención de seducir. Y cuando separó su boca de la de ella posó su mirada en sus pechos—solo de imaginarme lo hermosa que te verás sin él, me tiene completamente excitado—tomó una mano de ella, para colocarla sobre su miembro erecto que pulsaba a través de la tela del pantalón. En ese momento, el mayordomo apareció por la puerta interrumpiéndolos—milord, desea que...

— ¡Largo!—dijo con voz de trueno y el pobre hombre salió casi despavorido de allí.

Adalind se tapó la boca para no soltar una carcajada.

—Te necesito, ahora Addie—su voz sonaba grave—sino subes ahora y me esperas en tu habitación, te haré el amor aquí mismo, en el comedor.

Ella entendió que hablaba muy en serio y aunque todavía reía—fue corriendo a subir las escaleras. Esa noche su esposo le hizo el amor varias veces hasta dejarla completa y deliciosamente exhausta.

Jenny entró a la habitación con una tarjeta de visita—Milady, el señor Meyrick la necesita.

Adalind estaba preparándose para ir a visitar a su tía y a su hermana Annie, —Pero hoy no es día de trabajo en la obra. Creí escucharle que les daría un día de descanso a sus trabajadores. — le dijo cuándo recordó que el arquitecto había quedado de mostrarle los avances de la obra.

—Dile que bajo enseguida, Jenny.

Terminó de vestirse y se miró al espejo. Veía el mismo reflejo de siempre, pero la mirada que le devolvía esa mujer del espejo, era la de alguien feliz. Había un brillo que antes no tenía y...—

se miró más de cerca algo que había en su cuello. Eso era...—se acercó más—¡Oh Dios! ¿Era un morado? Y en una parte bastante visible de su cuello. Comenzó a buscar algo que pudiera ponerse para tapar aquella marca y vio un chal que no había pensado usar esa tarde pero se lo colocó inmediatamente cuidándose de taparse un poco el cuello. Afortunadamente hacía juego con el vestido.

Bajó rápidamente para ver lo que quería y luego irse a casa de su tía—Buenas tardes, señor Meyrick—Adalind llegó a la parte trasera de la casa y vio que habían bastantes avances.

—Milady—la cara del hombre se iluminó—si me permite decírselo. Se ve usted, hermosa.

Ella se sintió algo incómoda ante ese elogio inesperado—gracias, señor Meyrick—miró hacia la obra.

—Permítame llevarla a ver más de cerca una parte en especial de la que me gustaría tener su opinión. Ella lo acompañó pero notó que no había nada allí. Solo se veían plantas césped, y vigas que hacían parte de la construcción y que todavía no habían sido puestas.

Él sonrió y se acercó más de lo que a ella le hubiese gustado—mí querida, lady Gilmor. Yo... no sé cómo decirle esto. La verdad es que necesito pedirle excusas primero que todo por sincerarme de esta forma pero necesito sacarme esto del pecho.

Adalind sintió que algo no muy bueno estaba por ocurrir, y miró para todos lados, tratando de encontrar a alguien del servicio.

—Tal vez sería mejor si hablamos más cerca de la casa.

—Oh no, aquí es perfecto. De otra manera no nos dejarían—sonrió nervioso—trataré de ser lo más breve posible. Mire lady Gilmor, la verdad es que no he podido dejar de notar que usted y su esposo no se llevan muy bien. Y en honor a la verdad, una mujer como usted tan especial y hermosa, no merece ese trato.

—Señor Meyrick, creo que se está sobrepasando. Ese es un asunto privado entre mi esposo y yo.

—Lo sé, lo sé, pero ahora también me incumbe a mí, porque yo me he enamorado de ti, Adalind.

Ella lo miró como si se hubiera vuelto loco—creo que usted se ha equivocado, señor. No le he dado confianza para que me hable de esa manera.

—Por favor, Adalind, solo con una palabra tuya, puedo llevarte de aquí y darte todo lo que te

mereces. Yo...no sé cómo pasó esto pero en el tiempo que tengo de conocerte, he ido desarrollando fuertes sentimientos por ti—tomó su mano y Adalind la haló para apartarla—sé que yo tampoco te soy indiferente porque aceptas mis atenciones y siempre eres muy especial conmigo.

—Yo jamás le he dado pie para que piense que siento algo más por usted que una relación meramente de empleado y empleador. Usted ha confundido mi amabilidad con otra cosa y eso no se lo voy a permitir. Yo soy una mujer respetable que ama a su esposo. —le dijo molesta.

— ¡Eso no es cierto!—gritó asustándola, y luego respiró profundo tratando de calmarse— Adalind, ¿es que no te das cuenta que si sigues negando tus sentimientos hacia mí, jamás podremos irnos y ser felices? Nosotros somos el uno para el otro—la tomó sorpresivamente y la besó a la fuerza. Adalind empezó a forcejear con él, pero tuvo la mala suerte de que Damien los viera en ese preciso instante.

—Vaya, vaya, aquí estaban los enamorados. Sheldon soltó a Adalind inmediatamente pero por nada del mundo iba a abandonarla. —No ha sido culpa de ninguno de los dos. Las cosas solo se dieron y ella no te ama.

Maldito infeliz, ¿creíste que vendrías a mi casa y así de fácil te llevarías a mi mujer?—se abalanzó sobre él y empezaron una pelea donde ambos contrincantes estaban a la par. Mientras uno daba un golpe, el otro se lo devolvía, hasta que Sheldon se aprovechó y le dio un golpe en la pierna afectada, a Damien. Este cayó al piso con un gesto de dolor en su rostro, y cuando Adalind intentó meterse, él lanzó una patada a Sheldon entre las piernas lanzándolo al piso, muerto de dolor. —maldito desgraciado, si quieres pelear sucio, yo también puedo hacerlo. Y al tenerlo en el piso de igual a igual, comenzó a darle golpes en el rostro una y otra vez— ¿Todavía quieres llevarte a mí esposa? —le dio otro golpe más. La nariz de Sheldon sangraba a borbotones, y también lo hacía por su boca, pero Damien seguía golpeándolo.

—Ya basta, Damien. ¡Lo vas a matar!—exclamó asustada.

—¿Y eso te importaría mucho?—la miró furioso y dolido.

—Me importa porque te ahorcarían por asesinato.

Él se detuvo y llegaron varias personas del servicio y Damien viendo que el hombre no podía ni levantarse del piso, mandó a que se lo llevaran a la posada donde se alojaba.

—Díganle al doctor Stokes que vaya a verlo en cuanto pueda para que lo examine y que me envíe la cuenta. No quiero que este infeliz se muera y me echen la culpa cuando fue él quien se lo buscó. Miró a su mayordomo—Huxley, encárgate tú de pagarle al doctor. No quiero saber nada más de ese hombre—dijo mientras dos lacayos bastante musculosos se lo llevaban de ahí. Damien enseguida se dirigió a su habitación, pero Adalind no iba a dejar las cosas así, de manera que lo

siguió.

—Damien, por favor. Debemos hablar de lo que pasó.

Él se dio la vuelta para darle una sonrisa sarcástica— ¿De qué tendríamos que hablar? ¿No fue obvio lo que estaba pasando cuando llegué a interrumpirlos?

Adalind abrió la boca sin poder creer que él siquiera estuviera creyendo que ese beso forzado había tenido algún significado.

—Ese hombre me engañó diciendo que quería hablar conmigo de su trabajo y luego de un momento a otro comenzó a decir incoherencias, hasta que sorpresivamente me besó a la fuerza. — sentía su voz temblorosa pero no sabía si era por la rabia que tenía o por los nervios.

—Solo sé que te quiero tan lejos como sea posible de mí—sus ojos casi echaban fuego— ¡Fuera de mi casa!—gritó tan fuerte que se escuchó en toda la casa.

Ella saltó del susto y temblaba de miedo, pero se quedó allí—No voy a irme hasta que me escuches. Por Dios, Damien, ¿Vas a dudar de mí? ¿No te he dado suficientes muestras de que te quiero?

— ¿Que muestras exactamente?

— ¿Quedarme aquí desde que nos casamos viendo como me tratabas y me apartabas como si fuera una leprosa? ¿Crees que eso es fácil? ¿O ver como un día amanecías de buenas y eras al menos un poco amable y otro día me mirabas como si fuera un bicho indeseable en tu casa? Y aun así aquí estuve—sus ojos se humedecieron—aquí estoy.

—Te quedaste porque querías una vida de comodidades.

— ¡Me quede por amor a ti!—le gritó—me importa un bledo la comodidad. Tú no me sacaste de un sitio de mala muerte, me sacaste de la casa de mi tía, una mujer adinerada y respetable.

—Eres una mentirosa. Caí como un idiota ante tu carita de inocencia y tus palabras melosas. Juro que pensé que eras diferente a todas las que antes habían querido algo de mí, solo porque deseaban dinero y un título, así fuera al lado de un hombre desfigurado—se echó a reír como un loco—pero resulta que eres peor.

Ella trató de defenderse pero él no le daba oportunidad.

—Basta, Adalind. No hay nada que puedas hacer para que te crea después de verte besándote con aquel malnacido.

Ella negaba una y otra vez con la cabeza—No fue así, mi amor. ¿Es que crees que uno puede fingir todas las cosas que pasamos juntos en este poco tiempo?

Pero él no escuchaba, solo oía su propia voz— ¿hace cuánto me engañabas revolcándote a mis espaldas? —Llegó hasta ella en dos pasos y se cernió amenazante sobre ella— ¿Hace cuánto me convertiste en un cornudo?

Ella lo abofeteó y él agarró su cabello halándolo hasta el dolor—maldita mujer, me has arruinado. Sí quedaba algo en mí después de todo lo que había sufrido en la vida, tú me lo has arrebatado hoy—la tiró al piso tan fuerte que ella creyó que se había partido algo con el golpe.

—Vete antes de que te mate. —sus ojos estaban tan llenos de ira que ella creyó que estaba loco, pensó que en ese momento sería muy capaz de matarla como decía. Salió corriendo de allí y sin recoger ninguna de sus pertenencias, le dijo a su doncella, que mandara a preparar el coche rápidamente. Luego de eso, ambas se fueron sin mirar atrás.

Capítulo 11

La tía Helen bordaba un pañuelo, mientras ella solo miraba por la ventana en medio de aquel silencio mínimamente interrumpido por el tic tac del reloj.

—Mirando por la ventana no vas a hacer que vuelva—dijo su tía.

—Seguro que no lo haré, ni de esa forma ni de ninguna—dijo con palpable tristeza.

—Sí me dejas hablar con él, le diré unas cuantas cosas.

Ella lo miró con horror—Oh no tía, por favor ni lo hagas. En estos momentos él no ve, no oye, ni entiende.

—A mí, me escuchará—dijo la mujer indignada.

—Tía, ¿tú crees que yo no traté de hacerlo entender, y explicarle como fueron las cosas? Pero Damien está como poseído y no quiero que en su ira pueda decirte algo malo.

—Muy bien—siguió bordando—por ahora te daré gusto—pero quiero que sepas que iré. Así sea en una semana o en un mes, pero iré allí a ponerle los puntos claros. No es justo que tú estés pasando por todo esto cuando no has hecho nada malo.

—Tal vez en unos días recapacite, tía—dijo ella sin creérselo.

—Tal vez querida...tal vez.

Pero el tiempo fue pasando y Damien no la mandó a buscar, no fue a hablar con ella y Adalind comenzó a perder la esperanza. Pensaba cada día en lo injusto que había sido al no querer darle la más mínima oportunidad de explicarle. No le dio ni el beneficio de la duda y en cambio la juzgó duramente. Sin embargo él no se imaginaba que toda esa injusticia se le devolvería. Pues la gente del pueblo se enteró de lo que sucedió con el arquitecto y él mismo se encargó de decir que sin motivo alguno, Damien lo había atacado hasta casi matarlo. Dijo que él hombre era una bestia y que tenía su casa en un estado deplorable, llena de calabozos escondidos donde desaparecía a la

gente. Que ni siquiera sabía comer y que una noche mientras cenaban se había derramado la comida encima como si fuera un animal. Para la gente del pueblo, aquello podía ser verdad, pues nadie de allí lo conocía, ni había visitado su casa. Sheldon, incluso alcanzó a decir que había visto a Damien golpear a su esposa un día, y que esto lo horrorizó.

Después de aquellas mentiras, dichas obviamente con la clara intención de perjudicar a su esposo como venganza de aquellos golpes, la gente empezó a hablar pestes de Damien y lo llamaban abiertamente la bestia de Gilmor, apodo que le tenían algunos pero que siempre habían dicho a sus espaldas.

Adalind se sintió indignada por él. ¿Cómo era posible que después de todo lo que Damien había hecho por el pueblo, ellos hablaran así? Ella era testigo de lo bueno que era con esa gente a pesar de que muchos ni lo conocían personalmente. La nueva escuela para niños pobres, era una iniciativa suya, la esquiladora donde generaba empleo a varias familias de la localidad era una empresa que llevaba años en su familia y que su padre manejó de manera déspota, pero que su esposo se encargó de cambiarla y mejorar las condiciones en un 100%, y hasta la forma en la que se preocupaba por sus arrendatarios, eran muestras de lo bueno que era. Adalind lo sabía bien, pues eran las cosas por las que ella se había terminado enamorando de él.

Su tía comenzó a recibir cartas y notas de conocidos preguntando si Adalind estaba bien y dejándole saber su pena ante lo sucedido.

Un par de días más tarde se enteró de que Damien había sido acusado por los daños que había causado en la persona del señor Sheldon Meyrick, pero lo que casi la hace volverse loca de la preocupación, fue que vinieron a avisarle corriendo sobre el atentado que había sufrido su esposo cuando estaba cabalgando por los terrenos de su propiedad, esa tarde. Ella salió enseguida hacia la mansión y allí se enteró de que estaba mal herido. Le habían disparado en el pecho y por unos milímetros no dio el disparo en el corazón. El médico curó la herida y lo vendó pero le dijo a ella que tenían que cuidarlo día y noche porque la herida no podía infectarse, así que necesitaba cuidados y limpieza frecuentemente. Adalind se comprometió a hacerlo y durante cada día lo cuidó amorosamente, esperando verlo abrir sus ojos, pero él solo temblaba, sudaba y decía cosas incoherentes. Durante todos esos días, ella no hizo más que rezar por él y dormía muy poco. El ama de llaves le pedía que la dejara pendiente de su señor mientras que Adalind iba a descansar un poco, pero ella no podía, no era capaz, así que se dormía frente a la cama y solo se apartaba para ir a asearse.

Así paso casi una semana entre que perdía la conciencia y la recuperaba, hasta que por fin una mañana abrió los ojos y la miró.

—Mi amor—dijo alegre al verlo mejor—no sabes lo angustiados que hemos estado todos en la casa, por ti.

Damien la miraba pero no decía nada. Adalind le sonrió y brotaron lágrimas de sus ojos—estás

débil, pero ya te sentirás mejor. Fue una herida grave la que te hicieron. Él cerró los ojos—debiste dejar a la señora Wilson para que me cuidara. No tenías que molestarte viniendo hasta aquí.

Eso fue como un baldado de agua fría para ella— ¿Cómo dices eso, mi amor? Yo lo hago con gusto. Damien solo volteó la cabeza para otro lado, como si le fastidiara verla. Ella se dio cuenta y bajó la cabeza.

— ¿Por qué estás aquí?—casi tenía que arrastrar las palabras por él estado tan débil en el que se encontraba.

—Porque aunque te has portado como alguien sin corazón, eres mi esposo y no iba a dejarte solo en un momento como este. Él no dijo nada más y volvió a cerrar sus ojos, haciendo que ella se preguntara él porque estaba allí aguantando sus desplantes cuando podría estar en casa de su tía donde al menos la trataban mejor.

Los siguientes días, lo cuidó, le llevó el desayuno a la cama, lo ayudó a tomar un poco de caldo, le limpió la herida y estuvo todo el tiempo pendiente. Él todavía estaba muy débil, y se la pasaba casi todo el tiempo dormido, pero con el pasar del tiempo se fue fortaleciendo y su ánimo pareció mejorar aunque era muy mal paciente. Ese día había podido levantarse por sí solo pero no duro mucho de pie porque se sintió cansado.

— ¿Quieres que te ayude a darte un baño?—creo que ya es hora, solo te hemos pedido limpiar un poco.

Él la miró como si lo hubiera insultado, pero después hizo un gesto de resignación y aceptó— está bien. Ella se esmeró y con una esponja lo lavó bien pasando por cada parte de manera suave pero firmemente para limpiarlo bien. Adalind trató de no mirar, pero era algo inevitable no ver su excitación cuando el agua jabonosa comenzó a transparentarse- Su erección mostraba que ella no le era tan indiferente como él quería hacerle ver. Sin embargo su actitud hacia ella, era distante y hasta ruda. Hubo un momento extraño, en el que ella pasó la esponja por su estómago, y él se la quedó mirando de una forma indescifrable, pero ella podría jurar que era anhelo lo que vio en sus ojos.

Estuvieron en silencio el resto del tiempo, hasta que fue hora de salir de la bañera y entonces ella lo ayudó a levantarse y a recostarse en la cama mientras lo secaba, pues el todavía no podía mantenerse de pie tanto tiempo. Cuando ya estaba terminando de ayudarlo a vestirse, alguien tocó la puerta.

—Milord, han venido a verlo.

— ¿Quién Huxley?

—Es el señor Swift

—Dígale que suba, lo atenderé aquí en mi habitación.

— ¿Quién es ese hombre?

—Es la persona que contrató mi abogado para que investigue quien me hizo esto.

—Oh ya veo... ¿Es un abogado?

—Es un...caza recompensas.

—Oh Dios, Damien, ¿no son esos hombres los que asesinan gente por dinero?

—Algunos...sí.

—¿No sería mejor esperar a que estés totalmente recuperado?—dijo Adalind preocupada.

—No será necesario. Sí espero eso, pueden pasar semanas.—se trató de levantar e hizo una mueca de dolor.

— ¿Ves? Es más prudente esperar.

—Ya dije que no, Adalind.

—Eres terco como una mula—dijo molesta y fue a ayudarlo a ponerse la camisa. Luego lo acomodó bien en la cama y lo tapó con las sábanas.—No necesitas pantalón para hablar con él. Nadie verá debajo de las sábanas—comentó retándolo con la mirada a que discutiera.

Damien supo que aquella pelea estaba perdida—muy bien, entonces dile a Huxley que lo haga pasar, por favor.

Unos minutos después un caballero alto de mirada intimidante, entraba en la habitación. Era alguien que emanaba autoridad y podía decir que no cualquiera se metería con aquel hombre. Tal vez era la razón por la que se dedicaba a ser caza recompensas.

—Buenas tardes—el hombre hizo una inclinación educada de cabeza al ver a Adalind—

marquesa.

—Señor Swift, un gusto conocerlo.

—Lo mismo digo, lady Gilmor—luego miró a Damien—lord Gilmor, me alegra verlo más recuperado.

—Gracias, señor Swift Me han informado que necesitaba hablar conmigo urgentemente.

—Sí, lord Gilmor. He estado indagando sobre la persona que presumiblemente le habría podido disparar y todo indica que ha sido el señor Sheldon Meyrick, el arquitecto que trabajaba para usted.

— ¡Oh por Dios!—Adalind se tapó la boca sintiéndose horrorizada.

—Al parecer y según el testimonio de algunos conocidos en la posada donde se hospedaba, el hombre estaba molesto por algo y pasaba despotricando de usted después de que lo despidiera. Y en alguna ocasión se le escuchó decir que lo haría arrepentirse por lo que le había hecho.

— ¿Y pudo encontrarlo?—preguntó Damien

—Después de varios días de preguntar, di con un hombre que por dinero, me dijo que estaba escondiéndose en casa de un amigo y que en unos días saldría rumbo a Escocia donde tomaría un barco para salir del país. Obviamente el hombre sabe lo que hizo y está escapando.

Damien golpeó la cama con un puño—Ese maldito. Sabía que algo tramaba, pero no me imaginé que tuviera las agallas de intentar siquiera dispararme.

—Yo en todo caso he venido a avisarle que esta noche lo atraparé y...—el hombre miró a Adalind—Señora, con todo respeto le pido el favor que me deje hablar unos minutos con su esposo.

—No veo la razón—miró de uno a otro confundida por aquel secretismo.

—Adalind, por favor—le pidió Damien.

Ella lo miró molesta—como quieras—salió de la habitación preguntándose que había sido todo aquello. Trató de pegar la oreja a la puerta, pero en ese momento venía la señora Wilson, que no se perdía nada.

—Oh, mi lady, precisamente venía a verla. La baronesa Drinzi está aquí. Dice que viene a ver a milord.

—A ella se le hizo extraño que aquella mujer lo buscara tanto y estuviera siempre tan pendiente de él. Pero no vio razón para no dejar que lo viera, a menos que el mismo Damien no lo deseara— Dígale que lord Gilmor está ocupado en este momento, pero por favor, hágala pasar al salón verde. Yo bajaré a hablar con ella.

—Como diga, milady.

Adalind se disponía a ver que tanto podía escuchar después de que el ama de llaves se fuera, pero en ese preciso instante, salió el señor Swift de la habitación.

—Marquesa, un placer—hizo una reverencia.

—Gracias por su visita, señor Swift. Espero que todo esto se arregle de la mejor manera posible. Y...cuando digo esto, me refiero a sin tener que tomar la vida de nadie—soltó sin tapujos.

El hombre sonrió divertido—bueno, milady, yo también lo espero así—inclinó su cabeza y se marchó.

Adalind entró a avisarle a su esposo que tenía otra visita—la baronesa Drinzi, ha venido a verte—Oh si, por supuesto, hazla pasar.

— ¿Aquí?—ella se sorprendió.

—Bueno, ¿no creerás que voy a bajar las escaleras para verla o sí?—le habló molesto.

—Por supuesto que no, pero bien podrías decirle entonces que estás indispuerto y que la verás otro día. No me parece que el dormitorio de un caballero, será el lugar para reunirse con otra mujer que no sea tu esposa.

Damien alzó una ceja— ¿estás celosa?—la miró incrédulo.

—Claro que no. ¡Que ridiculez!—miró hacia otro lado—solo me preocupo por ti, pero si tu no lo haces, haya tú—Y...hablando de otra cosa ¿Qué es exactamente lo que quería decirte ese hombre que yo no podía escuchar?

Damien le dio la mirada más gélida que tenía—no te equivoques Adalind. Estás aquí para ayudarme, pero no porque seamos una pareja. Tú te encargaste de acabar con eso.

Ella sintió como si le hubiera dado una bofetada—Entiendo...

—No tengo porque contarte nada, porque el derecho a saber mis cosas o a compartirlas como

mi esposa, ya no lo tienes—dijo sin inmutarse—pero ya que estás tan interesada en saberlo, te diré que lo que ese hombre quería, era preguntarme si al encontrar a tu amante, debía traerlo a mí, tal vez para que nos batiéramos a duelo, o si quería mejor que él lo asesinara, y así yo no tenía que ensuciar mis manos.

Ella que estaba a punto de llorar por sus palabras, quedó impactada ante la frialdad con la que había dicho lo que ese caza recompensas quería. — ¿Y qué le has respondido?

—Me imagino que crees que lo mandé a asesinar, pero para tu información, le dije que lo trajera. Tengo suficientes pruebas para llevarlo ante la justicia y que lo juzguen por intento de asesinato. El mismo será el culpable de su terrible destino porque irá a la cárcel del condado, o ira a un largo viaje a las colonias donde seguramente le darán no menos de doce años de trabajo forzado. —la miró con sarcasmo— ¿eso te molesta?

—No, Damien. No me molesta para nada. No has querido entender que yo no tenía nada con aquel hombre, yo jamás te falté el respeto de esa forma.

— ¿Podrías decirle a la baronesa que siga?—su indiferencia era cruel, pero asintió y fue a buscarla. Luego de un rato subió con ella. La baronesa entró y ella vio con envidia como su esposo después de tener un gesto frío en su rostro, cambiaba por completo y sonreía de oreja a oreja al verla—mi querida lady Drinzi.

—Oh Damien, mi querido muchacho, no sabes lo preocupada que estaba—se fundieron en un abrazo. La mujer lo miró largo rato—no sé qué habría hecho si algo malo te hubiera pasado—acarició su rostro con dulzura. Adalind sintió que era una intrusa en aquella escena, aunque fuera su esposo al que la mujer acariciaba descaradamente.

Sin poder evitarlo empezó a toser para que se dieran cuenta de que todavía estaba allí presente. —Baronesa, ¿desea tomar té?

—Oh si, por supuesto querida—le dijo como si apenas se acabara de dar cuenta de su presencia.

—Que nos traigan el té y que nos dejen solos, por favor—dijo Damien de una forma tan ruda que hasta lady Drinzi lo miró ceñuda.

—Por supuesto—dijo Adalind y cerró la puerta tras ella.

— ¿Por qué te portas así con ella?—le preguntó enseguida la baronesa.

—Han pasado muchas cosas que no le he podido contar.

—Supe que ella no estaba viviendo aquí contigo. Ya sabes que los chismorreos son rápidos.

—Sí que lo son, pero lo que no sabes, es la razón por la que se fue de aquí.—respiró hondo— ella tenía un amante.

— ¿Perdón? — creyó haber escuchado mal. ¿Me dices que esa linda joven, que se nota a leguas que está enamorada de ti, tenía un amante?

—Así es. No creas en esa carita de yo no fui. Ella sabe muy bien como valerse de eso.

Elinor, se sorprendió por sus duras palabras— ¿No estás siendo injusto con ella?

—Me gustaría que fuera así, pero desafortunadamente, los vi besándose, a ella y a ese desgraciado de Sheldon Meyrick.

— ¿El arquitecto?—estaba asombrada—eso no puede ser.

—Pues lo es. Al parecer el hombre estaba detrás de ella desde que la conoció y a pesar de que estaba en mi casa no le importó enamorarla. Yo lo vi todo, ese hombre no me gustaba porque la miraba de una forma extraña, siempre pendiente de ella, siempre con su actitud lisonjera y demasiado amable para mi gusto. Pero quise darle el beneficio de la duda y a ella también.

La baronesa tocó su mano—mi cielo, yo no creo que ella pueda mirarte de esa forma si está enamorada de otro. ¿No podría ser que interpretaste todo mal?

—No lo creo—echo su cabeza hacia atrás y se recostó contra la almohada, tapándose los ojos, para que ella no viera su dolor.

— ¿Has escuchado su versión de lo que sucedió?

— ¿Para qué? Ya he visto como fueron las cosas. Lo único que ella trataría de hacer es decirme mentiras.

—Damien, no dejes que tus heridas del pasado, y tus propias ideas sobre ti, hagan que pierdas a la mujer de tu vida. Sí ella no es quien dice ser, estaría bien que te apartaras, pero... ¿y si ese no es el caso? ¿Qué harías si la juzgas mal y luego te das cuenta de que la has perdido?

—Entonces ¿Qué debo hacer?—su rostro la miró preocupado.

—Escucharla, tan simple como eso. Y deja que tu corazón te diga que hacer, no tu mente, cariño. ¡Piensas demasiado!—sonrió. Afortunadamente pienso quedarme unos días hasta que te recuperes un poco más, al menos.

—Y yo estoy encantado de tenerla aquí, por el tiempo que quiera

—Eso me alegra mucho. Además, también he venido porque tengo algo que decirte. Algo que tal vez, he debido decirte desde hace mucho, pero no encontraba el valor ni las palabras.

—¿Es algo malo?

—Oh no, querido. Al menos yo no creo que lo sea. Pero no quiero hablarlo ahora, porque todavía estás recuperándote. Ya tendremos tiempo suficiente.

Los dos se quedaron largo rato hablando y tomando el té, mientras ella le contaba todo tipo de anécdotas de su último viaje. Luego de eso, Damien se veía tan cansado que la baronesa lo dejó para que durmiera, y al día siguiente pudieran hablar con más calma.

Esos días fueron maravillosos para Elinor. Su relación con Damien se había afianzado cada vez más y ahora no tenía el obstáculo de su padre que jamás dejó que se acercara a él. Sin embargo veía con preocupación que las cosas entre él y su esposa no mejoraban. Se trataban mejor ahora, después de la conversación que había tenido con Damien, pero no se veían como un matrimonio feliz. Ella podía ver que Adalind se esforzaba en darle gusto en todo, lo cuidaba, le leía, lo ayudaba a bañarse y a cambiarse de ropa. Para Elinor, esa chica era perfecta, sin embargo Damien, parecía no apreciarla y eso le dolía porque podía ver que tenía muchas cosas de su padre, producto de toda una vida viéndolo comportarse como un canalla.

Algo que tampoco ayudaba, era el hecho de que Adalind parecía pensar que ella tenía una intención diferente, a la de ser una amiga para Damien. La veía con sospecha y a veces hasta podía sentir palpable, los celos de ella cuando la veía junto a su esposo, riendo y divirtiéndose de alguna forma. Elinor intentó varias veces acercarse, pero la joven la eludía y se mostraba incómoda hablando con ella. Fue por eso que un día se dijo que si no interfería las cosas terminarían mal para esos dos y por eso esa noche intentó acercarse a Adalind nuevamente. Si ella la rechazaba, la confrontaría y hasta le animaría a decirle que era exactamente lo que pensaba que pasaba entre su esposo y ella. Ya era hora de que ambas se unieran, si las dos querían lo mismo para Damien, que fuera feliz.

Capítulo 12

Esa noche ambas cenaron juntas porque la baronesa se lo pidió a Adalind, que por lo general lo hacía sola, mientras ella y Damien lo hacían en el dormitorio de él. Llevaban un rato comiendo en silencio, y podía notar la tensión de Adalind por lo rígido que se veía su cuerpo.

—La cena esta deliciosa—dijo tratando de hacer conversación.

—Así es. El cocinero siempre se esmera y eso se agradece.

—Adalind, yo sé que no nos conocemos mucho, pero me gustaría que fuéramos más cercanas, si es posible.

Adalind la miró un momento y luego bajó la cabeza para seguir comiendo.

—Este lugar es tan grande...me imagino que a veces te sientes sola.

—Un poco, tal vez—solo respondió eso y no dijo nada más.

— ¿Ves a tus hermanas con frecuencia? Las conoció el día de la boda y me parecieron jóvenes muy agradables.

—Lo son, pero no las veo tanto como quisiera—siguió comiendo y cuando pasó un rato y no decía nada, Elinor pensó que no hablaría más continuó—Mi hermana mayor vive con su esposo bastante cerca a Londres, en su casa de campo, y mi aunque mi hermana menor vive muy cerca de aquí donde mi tía, tampoco solemos vernos tanto.

Los sirvientes trajeron dos cursos más y terminaron con un rico postre de natas.

—Este es mi postre preferido. Sé que es sencillo, pero creo que es precisamente por eso que me gusta.

Adalind medio sonrió—Pensé que tal vez era usted de cosas más sofisticadas.

—Oh no querida. Sí tú supieras cuantas cosas normales y sencillas son de mi gusto, te sorprenderías.

Damien siempre se burla de eso. En el pasado, antes del accidente, coincidimos en algunas reuniones, y él se burlaba viéndome pasar trabajo con algunas comidas demasiado elaboradas o exóticas, para mi gusto—se echó a reír recordando esos tiempos.

—Damien y usted parecen conocerse mucho—su tono no dejaba duda sobre lo que se imaginaba—se levantó de su silla y la baronesa también lo hizo. —si gusta podemos pasar al salón de dibujo. Allí estaremos tranquilas y podemos tomar un jerez.

—Me encantaría, muchas gracias.—ambas se dirigieron allí y Adalind cerró la puerta para poder escuchar lo que la baronesa quería hablar con ella. Se sentaron cómodamente en los grandes sillones de cuero, mientras Adalind sirvió dos copas de jerez de la licorera que tenía a un lado, y luego le ofreció una de estas a la baronesa.

—Con respecto a lo que dijiste anteriormente, sobre que Damien y yo parecíamos conocernos bien, la respuesta es sí. Nos conocemos desde hace mucho, de hecho desde que él era un jovencito de unos doce años. Vio que Adalind se sorprendía ante aquella información.

— ¿Tu esposo jamás te lo dijo?

—No, la verdad es que Damien poco me habla de su vida personal.

—Eso no debería ser así. Las parejas deben contarse todo, y apoyarse. De eso se trata el matrimonio.

El rostro de Adalind, se tornó triste—creo que usted se habrá podido dar cuenta de cómo son las cosas entre mi esposo y yo. Sí son tan amigos, también estoy segura de que le habló de la razón de su distanciamiento, aunque antes de eso, tuvimos un momento de unión muy breve.

—Sé que no hablamos mucho, y que tú tienes una idea equivocada de mí. Pero te aseguro que pronto sabrás quien soy en la vida de tu esposo y te darás cuenta de que no era lo que creías. Solo puedo decirte en este momento que puedes contar conmigo para lo que quieras y que tengas la plena seguridad de que te veo como una hija desde que te casaste con Damien.

Adalind sintió que sus ojos se humedecían. Se sentía demasiado sola en aquella casa, y tener una persona que le extendiera su amistad y la tratara bien cuando tenía demasiado tiempo de no ser tratada con consideración, provocaba en ella unas ganas inmensas de echarse a llorar.

—Oh querida—se acercó a ella para tomar su mano—puedo ver que has sufrido por causa de Damien. Y aunque sé que no se ha comportado de la mejor manera contigo, estoy segura de que no lo ha hecho con la intención de lastimarte.

— ¿Eso cree?—dijo con sarcasmo —no tiene idea de que lo hiriente que puede ser Damien cuando se lo propone. Y quiero aclararle que todo lo que ha hecho, sí que lo ha hecho con intención—comentó molesta.

—Adalind, solo te pido un poco más de paciencia.

—No, lady Drinzi. Yo me voy mañana. La mayoría de mis cosas ya están en casa de mi tía, y las pocas que traje cuando me vine a cuidarlo, las he empacado hoy.

—Pero niña, no puedes hacer eso.

— ¿Y porque no? Mi esposo al parecer no tiene ningún interés en mí, más que humillarme cuando se le antoja. Y tampoco tiene interés en saber mi versión de las cosas.

Elinor bajó la mirada—siento mucho lo que pasó con el arquitecto. Estoy segura de que usted no hizo nada de lo que él cree.

Adalind sintió rabia de que su esposo le hubiera contado algo tan personal a una mujer que ella ni conocía. Estaba visto que a quien quiera que se encontrara, se lo diría porque para él, siempre sería culpable.

—Es suficiente—se levantó molesta—ya veo que lo contó todo—cruzó los brazos molesta—bueno, ya sabe lo que sucedió y como sucedió. Al menos la versión de él, que parece ser la única que importa. Definitivamente no tengo nada más que hacer aquí—fue hacia la puerta.

—Adalind—la llamó para que se detuviera, por favor habla con él. Sé que es un buen hombre, pero ha tenido su cuota de sufrimiento desde que era pequeño. Su padre fue un desgraciado, que pensaba que podía humillar a todo el mundo y conseguir lo que quisiera sin pensar en los sentimientos de los demás. Yo lo sé bien. Por sus complejos de culpa, que al final no son ciertos, mi hijo cree que se merece todo el sufrimiento del mundo porque su padre así se lo hizo creer.

Adalind pensó que había escuchado mal—¿usted dijo que es su hijo?

La mujer se echó a llorar con tanto sentimiento que no pudo evitar acercarse a abrazarla.

—Sí, él es mi hijo. Lo más hermoso que me ha pasado en la vida, y mi motivo de orgullo, aunque jamás pude decirle la verdad. —La mujer tomó sus manos con desesperación—mi niña, te lo suplico habla con él primero antes de tomar una decisión. Haz un último intento.

Adalind lo pensó un momento y luego asintió—Trataré, pero no le prometo nada. —Ella todavía estaba en shock por aquel descubrimiento— ¿pero cómo es eso de que usted es su madre?

—Es una historia larga.

—Tengo todo el tiempo del mundo—le sonrió comprensiva y se sentó junto a ella.

Elinor se secó las lágrimas sintiéndose todavía muy emocional, como cada vez que tocaba ese tema porque a pesar de que sabía que no había abandonado a su hijo, no podía evitar sentirse culpable. —Bueno...no sé por dónde comenzar. Tal vez lo mejor es hacerlo por el momento donde llegué a esta casa. Yo era la doncella de lady Gilmor, la esposa del marqués, desde antes de que ella se casara con él. La conocía desde que era una jovencita muy admirada. Cuando el marqués apareció, ella ni siquiera estaba enamorada de él, pero sus padres decidieron que era el mejor partido y dijeron que con él se casaría. Yo me fui con ella a su nueva casa y allí la seguí atendiendo como siempre, pero no me gustaba la forma como el marqués me veía. Sin embargo yo solo era una muchacha de pueblo, tratando de salir adelante y ganar lo necesario para ayudar a su familia. ¿Cómo podía acusar a ese hombre con mi señora y esperar a que ella hiciera algo? Un día muy tarde en la noche, yo me fui a dormir y apague la vela. No pasaría ni una hora, cuando escuché un ruido y al darme la vuelta para ver que era, me encontré con que ese hombre estaba allí de pie frente a mi cama. Negó con la cabeza y nuevamente se secó las lágrimas—no pude hacer nada. El desgraciado se me abalanzó y me tapó la boca para que no pudiera gritar. Luego de eso me violó y cuando terminó sus asuntos, se largó de allí dejándome terriblemente golpeada en esa cama y con mi dignidad hecha pedazos.

— ¿Nadie escuchó nada?—le preguntó Adalind horrorizada.

—Al parecer no, pero era tanto el miedo que le tenían a ese hombre en la casa, que creo que tal vez alguien si lo hizo, pero prefirió no hacer nada para no tener problemas. Eso lo pude constatar al día siguiente cuando todos en la casa me vieron la cara magullada y solo miraron para otro lado, dándome solo sus miradas de compasión que me dolieron más que los golpes.

— ¡Oh Dios! Que terrible para usted.

—Lo peor vino después, cuando me enteré que el horrible acto de esa noche había tenido consecuencias y cuando supe que estaba embarazada me arme de valor y le dije aunque sentía asco de solo verlo. El muy desgraciado me dijo que ese hijo no era de él, que seguramente le abrí las piernas a quien sabe cuántos hombres y que fuera a culpar al que me había preñado y no a él. Dijo que me largara con ese bastardo y me echo de la casa. Cuando mi señora se enteró, le exigió que no me despidiera. Le dijo que sabía bien que ese hijo no podía ser de nadie más que él, porque yo siempre había sido una mujer correcta y ella sabía que él había forzado a más de una criada en aquel lugar y que no tenía motivos para pensar lo contrario en cuanto a mí. Él me tuvo en la casa unas semanas más pero la marquesa sabía que era cuestión de tiempo que se valiera de algo para sacarme de allí y dejarme sola a mi suerte, por lo que ella unos días después le dijo que ella nunca le daría hijos y que lo mejor era que aprovechara esa oportunidad. Habían pasado más de dos años y ella había hecho de todo para quedarse embarazada pero no había podido. Y viendo lo que sucedió conmigo, supo que la del problema era ella. Le dijo que si quería un heredero la única forma de hacerlo era haciendo pasar a ese hijo de su doncella como el hijo de ambos. Al final de cuentas el niño era de él y podían hacerlo pasar como de ella también.

— ¿La marquesa la ayudó?

—Ella me estimaba mucho al igual que yo a ella. Y era un trato que les convendría a ellos y a mí, ya que me quedaría a ver crecer a mi hijo, aunque de las puertas para afuera sería el hijo de ellos. Él por supuesto lo hizo por el interés de dejar descendencia para no perder el título frente aun primo con el que no se llevaba nada bien.

— ¿Y cómo harían con los sirvientes? Todos sabían lo que había pasado.

—Ambos idearon un viaje a Italia donde el marques tenía una propiedad en el campo y la idea era que nadie me viera durante el embarazo, ni a mí, ni a ella. Luego cuando el niño naciera volveríamos a Inglaterra de nuevo.

El tiempo pasó y yo llegue a Italia bastante avanzada con el embarazo pero ni la marquesa ni yo salíamos para nada de los camarotes hasta que llegamos. Poco tiempo después tuve a la criatura y fueron los meses más felices de mi vida. Lo cuide, lo amamanté y estuve muy pendiente de él, hasta que la marquesa enfermó de un momento a otro y poco después murió. Fue terrible, porque yo la quería mucho, pero lo peor fue que nos dejó al niño y a mí, en manos de ese maldito, que viéndose libre de la promesa que le había hecho a su esposa, despidió a toda la servidumbre y un día me dejó encerrada en una habitación donde por más que grité nadie me abrió. Cuando por fin

pude salir días después, ya él se había marchado con mi hijo.

— ¿Cómo una persona puede ser así de desalmada? ¿Y no tuvo forma de regresar?

—Ninguna. No tenía dinero, ni nada para mantenerme, mucho menos para comprar un pasaje de barco. Estuve días y días deambulando por las calles, sin dinero, ni comida, hasta que me tocó mendigar.

Por suerte un día mi suerte cambió y encontré la forma de trabajar de criada en una casa de familia. Allí me esmeré y como sabía atender muy bien a cualquier dama de sociedad y sabía buenos trucos de doncella, rápidamente me gané el puesto en la casa porque la antigua doncella de la señora le robó unas joyas. Como yo estaba allí y sabía atenderla bien, ella no quiso buscar a nadie más. Fue en esa casa donde conocí al barón Drinzi, el que sería mi esposo después. A él jamás le importó mi origen y yo nunca le conté lo que sucedió con el marques porque me avergonzaba a pesar de que no era la culpable. Sin embargo años después pude ir a Inglaterra en calidad de igual, y cuando lo vi, lo confronté. Pero ese desgraciado demonio, me dijo que si algún día le decía a alguien, que era la verdadera madre de Damien, arruinaría mi reputación y la de mi esposo. Pero lo peor fue que me amenazó con matar al niño con tal de no dármelo a mí.

— ¿Y usted no hizo nada?

— ¿Que podía hacer?—Yo había vivido en la misma casa que ese hombre, y sabía de lo que era capaz. Incluso tenía mis dudas sobre la muerte de la marquesa.

— ¿Cree que la asesinó?

—Estoy casi segura que sí. Era un hombre cruel y capaz de todo con tal de conseguir lo que quería. Lo único que pude decirle fue que si no me dejaba al menos estar en su vida como una amiga de su madre, podría perderlo todo, pero se aseguraría de que él también perdiera mucho más que su reputación. Eso pareció ponerlo a pensar y aceptó. Cuando yo me casé, Ya había pasado mucho tiempo y Damien era ya un jovencito. Cuando por fin pude hablar con él, tenía en ese entonces trece años y yo no tenía ni idea de cómo había sido su niñez, pero a medida que nos fuimos conociendo, y pasaron los años, me enteré de que no había sido la mejor y tuve una fuerte discusión con ese maldito. Le dije que lo contaría todo y que en ese momento, ya mi esposo no vivía y no podía hacerle daño a nadie. Que poco me importaba si me hacía algo a mí, con tal de alejar a su hijo de las garras de él.

— ¿Y le hizo caso?

—Lo hizo. Recuerdo que lo dejó de tratar mal durante varios años. Mi pobre hijo un día me lo contó tan animado, que hasta pensó que tal vez por fin su padre estaba comenzando a sentir afecto por él—apretó las manos en puños como si tuviera deseos de tenerlo allí para golpearlo. —Pero un día terrible, Damien tuvo aquel accidente y recibió todo el golpe en su rostro, además de que el

carruaje dio vueltas por un buen trecho golpeándolo más. Su cara quedó tan mal que los médicos decían que no había nada que hacer. Y él como el hombre cruel e insensible que era, en lugar de darle ánimos, le dijo que ya no le sería de utilidad para nada. Que ninguna mujer lo querría con esa cara y esa pierna dañada. —Negó con la cabeza— ¿quién en su sano juicio le diría algo así a su propio hijo?

—Era un hombre terrible. Ahora entiendo porque Damien se comporta de esa manera y siempre está tan prevenido—comentó Adalind muy triste después de escuchar todo aquello.

—Ah, y eso no es todo. No contento con eso, le dijo también que lo que le había pasado era un castigo por haber asesinado a su madre mientras ella lo daba a luz. Lo dejó creyendo toda su vida que había matado a su madre cuando eso no había pasado.

— ¡Dios mío!—ella no pudo evitar que las lágrimas salieran de sus ojos. Ese hombre era un monstruo.

—Lo era. Y es por eso que te pido que hagas ese esfuerzo. No te des por vencida con él, te lo suplico.

Adalind asintió preguntándose si valdría la pena el esfuerzo.

Capítulo 13

Elaine subió las escaleras a la mañana siguiente, después de haber desayunado con Adalind. Tocó la puerta del dormitorio de Damien dispuesta a hablar con él, de una vez por todas.

—Adelante.

Ella entró y lo vio de pie con su ayuda de cámara que lo acaba de ayudar a vestir. El hombre que ya tenía su edad, tropezó y derramó el agua jabonosa con la que lo había afeitado en la alfombra.

—Lo...lo siento tanto, milord—estaba pálido.

Damien —negó con la cabeza pero no se veía furioso—hombre, ¿cuantas veces te he dicho que instruyas a alguien de la casa? No pretendo reemplazarte, George, pero creo que estamos de acuerdo, en que necesitas a alguien que te ayude cuando tengas que venir a afeitarme o cargar cosas, mientras tú haces lo tuyo.

—Sí, milord.

—Espero que lo hagas para la próxima. Puedes decir a Huxley que te ayude a encontrar a alguien adecuado.

El hombre asintió apenado—está bien, milord. —salió de la habitación en silencio.

—Baronesa ¿Cómo durmió?

—Muy bien, gracias. ¿Y tú?

—Oh mucho mejor.

—Eso me alegra

Damien se sentó, y la invitó a hacer lo mismo.

—Ya veo que eres un patrón justo. Lo que hiciste con tu ayuda de cámara fue muy gentil.

— ¿Pensó que podría llegar a comerme a mis sirvientes en un ataque de rabia?—le dijo mirándola divertido.

—Oh no, hijo. Eso jamás pasaría porque sé de tus sentimientos y lo buena persona que eres. Pero...he visto gente de la nobleza comportarse algo déspotas con su servidumbre y siempre he pensado que no son esclavos, son humanos como nosotros.

—Completamente de acuerdo. Nunca he sido malo con ellos, e incluso cuando mi padre murió, traté de arreglar muchas de sus injusticias con ellos.

—Qué bueno—no dijo nada más.

Damien la vio pensativa—estaba pensando en ir a dar un paseo corto ¿Qué le parece?

—¿Te sientes tan fuerte como para hacerlo?

—Me siento perfectamente y cada día más fuerte.

—Como alegre escucharlo, querido.

Él la observó detenidamente. Ella no se veía muy contenta aquella mañana.

—¿Pasa algo malo? ¿No se ha sentido a gusto en la casa?

—Oh no, para nada. Pero debo decir que eres muy observador. Sí, sucede algo que debo decirte.

—Muy bien, cuénteme que es lo que pasa.

—He estado hablando con tu esposa. De hecho anoche tuvimos una interesante conversación.

—Ya veo...

Puede darme cuenta de que es una gran mujer.

—Él no contestó nada.

—Me ha dicho que se quiere ir. Que está pensando en dejarte porque cree que ya no la quieres, y bueno... sencillamente la pobre muchacha está cansada de tus desplantes.

Damien respiró profundo tratando de llenarse de calma—Lady Drinzi, usted es una gran amiga, alguien a quien le tengo un profundo aprecio. Pero debo pedirle que por favor no trate de arreglar las cosas entre Adalind y yo. Eso sencillamente no tiene remedio.

— ¿Por qué no lo tiene? ¿Eres tan orgulloso que no te quieres dar cuenta de que la juzgaste precipitadamente? Estas tan seguro de que te mereces lo peor, que crees que si una buena persona aparece en tu vida, no mereces su amor. ¿No crees que Adalind se podría enamorar realmente de ti?

—Una mujer como esa, jamás se enamoraría profundamente de mí.

—Pues más te vale creerlo y hacer algo para no perderla, porque debido a todo lo que te has esforzado por alejarla de ti, ella no estaba muy dispuesta a darte otra oportunidad, sino es porque yo se lo pedí.

—Pues no debió hacerlo—le dijo molesto—no tiene ningún derecho a inmiscuirse.

—Por supuesto que tengo el derecho.—la mirada dulce de hace unos minutos había sido reemplazada por una furiosa.

Damien se puso de pie con tanta fuerza que le dolió la herida—El que haya sido amiga de mi madre, no le da derecho a decir todo lo que piensa o peor aún a decirme como llevar mi matrimonio. No soy un muchachito.

—Pues entonces, no te comportes como tal. Y ya es hora de que te enteres de que nunca fui amiga de tu madre, fui su doncella—exclamó llena de rabia.

Eso lo dejó callado. Damien la miraba extrañado, pensando si entonces todo había sido una mentira.

—Yo...—ella luchaba por respirar en ese momento. No había querido decir las cosas de esa forma, pero no pudo controlar su temperamento—yo soy tu madre—su voz se escuchaba temerosa, ahora.

Él no creyó que ella lo dijera en serio—mi madre, fue la marquesa de Gilmor—luego, se acercó a ella y la vio llorar. —No está mintiendo—fue una afirmación, no era una pregunta. —se sentó de nuevo completamente sorprendido por aquella declaración de la baronesa.

—Nunca te preguntaste porque la mayoría de tiempo estuve en los momentos claves de tu vida? Cuando te graduaste de la escuela Eton, fui muchas veces a visitarte. Luego pasó lo del accidente y allí estuve contigo.

—Lo sé, pero pensé que por lealtad a la amistad con mi madre, lo había hecho.

—Solo quería estar a tu lado y si hubiera podido hacerlo más veces lo habría hecho. —Sonrió —cuando me invitaste a tu matrimonio fui feliz por ti.

—Siempre fue...

—No me hables más de usted, por favor—le suplicó—sé que no me puedes ver de la noche a la mañana como tu madre, pero si solo pudieras hablarme con más familiaridad...

Damien no aguantó más y la abrazó. Ella siempre había sido su madre, al menos en lo que más contaba, La única figura maternal y cariñosa que vio, era ella. — ¿Pero cómo es esto posible?

Elinor se dispuso a contarle como había sucedido todo desde el principio y allí estuvieron por varias horas. Cuando terminó su relato, Damien lloraba de rabia, de dolor, y sentía aún más odio por su padre—si solo me hubieras dicho esto antes.

—No podía, hijo. Como te dije, tu padre me amenazó más de una vez con acabar con tu vida, y además amenazaba con acabar con mi esposo, que era mucho menos importante que él, y además extranjero. Y Giancarlo fue un hombre bueno, que lo único que hizo fue ayudarme en todo lo que pudo, no merecía salir perjudicado por mi culpa y la maldad de tu padre. Me sentí con las manos atadas hasta que tú fuiste mayor y supe que el marques no podría hacerte nada. Cuando mi esposo murió y tú ya eras casi un hombre, fue cuando lo confronte y le dije que ya no había nada con lo que pudiera chantajearme y que estaba dispuesta a todo—lo miró a los ojos y él pudo notar en los suyos, el dolor que sentía por todo lo que había sucedido.

—Pudiste tener más hijos y olvidarte de mí. Al final, tenías un buen esposo, una posición privilegiada y podías comenzar de nuevo.

—Oh Damien, las cosas no son así de simples. Una madre, nunca deja de serlo. Tú eres mi hijo, yo te tuve nueve meses dentro de mí, y a pesar de que eras parte de ese mal hombre, para mí, eras solo mío y te amaba. Jamás habría podido olvidarme de ti. Si no luché más, es porque no pude, porque tenía gente a la que amaba y ese maldito lo sabía y fue por ese lado que decidió chantajearme. Él sabía que yo haría lo que fuera por ti y por mi esposo, y no dudó en amenazar tu vida sabiendo que eso me detendría—acarició su rostro, la parte rugosa que estaba deformada y él contuvo las ganas de llorar.

—Es horrible ¿verdad?

—No, mi amor. Tu eres un hombre apuesto y muy hermoso por dentro. Tienes mis sentimientos, no los de ese hombre.

— ¿Cómo lo sabes? Todo el mundo me teme y los que no lo hacen, se compadecen de mí.

—La poca estima que te tienes, es lo que hace que solo veas a ese tipo de gente y no a la que está agradecida contigo. Los sirvientes fieles que no lo hacen por temor, sino porque ven el buen patrón que eres. He escuchado lo mucho que ayudas a tus arrendatarios e incluso que algunos de tus sirvientes que han dejado de trabajar por su edad avanzada, viven en pequeñas cabañas dentro de tus terrenos.

—Bueno, eso lo haría cualquiera.

—Oh no, querido. Créeme que no. Yo lo sé bien. Por favor, no te sientas menos que nadie y no te niegues la felicidad por que existen en el mundo personas crueles, y obtusas que no ven más allá de sus propias narices. Lucha por tu esposa, lucha por tu amor.

—No quiero perderla—reconoció ante su madre.

—Entonces no lo hagas—le dio un beso en la mejilla—búscala. ¿realmente crees que ella tuvo algo que ver con ese hombre?

—De un tiempo para acá lo dudo bastante. —Se puso de pie con un poco de esfuerzo y se dirigió a la puerta—iré a buscarla.

Damien fue a buscarla a su habitación, pero no la vio allí. Tampoco vio sus cosas recogidas o alguna valija que mostraba que tenía intención de irse. Eso lo tranquilizó un poco. Cuando salía de la habitación, Jenny la doncella, le dijo que su señora estaba en el invernadero. Damien fue hasta allá y se encontró con su esposa sentada mirando todas aquellas flores, con semblante triste y pensativo.

—No puedes irte—fue lo primero que dijo.

Ella volteó a mirar en dirección hacia él—¿Y por qué no debería? Haz hecho un buen trabajo diciéndome en todas las formas posibles que me largue.

—Solo te pido un minuto. Sé que he hecho las cosas mal, pero te suplico que me escuches.

— ¿Para qué nuevamente vuelvas a humillarme o a insinuar que tuve algo con ese hombre?

—Juro que no lo haré. Me he dado cuenta en estos días que has estado aquí, que no habrías

podido hacer tal cosa, si tan preocupada has estado por mí. Y antes de que digas cualquier otra cosa, solo dejarme explicarte el porqué de mis acciones.

—Sé la razón de tus acciones, Damien. No soy ciega, sé que la gente no te ha tratado bien, sé lo de aquella mujer que te engañó hasta casi llevarte al altar solo porque deseaba tu dinero. Y bueno...también sé lo de tu padre y como te trató haciéndote pensar que merecías todas las cosas malas de este mundo porque habías sido el causante de la muerte de tu madre.

Él se quedó sorprendido— ¿cómo supiste eso?

—Anoche tu madre y yo, tuvimos una larga charla. Pero antes de eso, siempre tuve ojos, y notaba lo que pasaba. Estoy segura de que no la has pasado bien, pero eso no te da el derecho de lastimar a otros.

—Lo lamento, Addie. Tú has sido por mucho, lo mejor que ha pasado en mi vida y sencillamente estaba tan lleno de ira y rencor, que no supe como lidiar con una bendición como tú. Ni creía siquiera que mereciera a alguien como tú.

—¿Y ahora si lo crees?

Damien sonrió —trabajo en ello.

Adalind se levantó de la silla y se acercó a él hasta quedar frente a frente— ¿De verdad crees que soy lo mejor que te ha pasado?

—Desde aquel día en que nos conocimos en el bosque—su mano pasó lentamente por su mejilla.

— ¿Sabes algo? Mis sentimientos fueron primero que mi propuesta de que nos casáramos. Yo estaba enamorada de ti, pero te veías tan reacio al matrimonio, que no quise hablarte de mis sentimientos. Pero nunca desee casarme contigo solo porque los astros lo dijeran, o porque creyera que ambos signos eran compatibles.

— ¿Ah no?—él se aguantó las ganas de reír—parecías bastante segura de que éramos signos afines.

—Oh, bueno, todavía lo creo, pero fui una tonta en creer que porque éramos buenos amigos, seguramente tendríamos un buen matrimonio, y mi amor bastaría. No contaba con que me aburriría de que mi esposo me viera todo el tiempo como una amiga. Yo solo deseaba que me amaras como yo te amo a ti.

—¿Me amas?

A ella le dolió ver su cara de sorpresa ante ese hecho—Por supuesto que te amo. ¿Qué mujer no lo haría después de conocerte?—tomó sus manos y las entrelazó con las suyas—Cree en mí, te amo—se acercó a él una vez más y esta vez se puso de puntillas y rozó su boca con la de él una, dos veces. Lo hago desde que te conocí, desde que hablé contigo por primera vez. Te he amado durante un buen tiempo cuando soporté una relación solitaria y fría contigo porque sabía que en algún momento te darías cuenta de que podíamos ser felices.

Damien se sintió conmovido ante sus palabras y reclamó su boca en un beso embriagador. Una mano alrededor de su cintura y otra ahuecando su cabello, apresándola tan fuerte en sus brazos que ella no podía respirar. Le mostro toda la pasión, y el amor que sentía por ella y que tontamente se había estado guardando. Era un encuentro hambriento de dos bocas que cuando terminó, hizo que ambos jadearan por aire—Y yo te amo a ti, mi marquesa—dijo sintiendo por primera vez, esperanza en su corazón—su mirada estaba oscura por la necesidad. La llevó al pasillo y fue hacia las habitaciones tirando de ella rápidamente mientras Adalind casi no podía seguirle el ritmo.

—Dime que te quedarás para siempre conmigo, mi amor—la besó y acarició tratando de convencerla.

—¿No te arrepentirás de pedírmelo, después?

—¡Jamás! —la tomó en sus brazos y se dirigió con ella a la cama. Allí, la recostó y comenzó a despojarla de sus botones y lazos, bajando su corpiño acariciando sus pechos con sus manos y labios. Lamió un pezón y luego lo succionó con su boca cálida y húmeda—Te haré el amor todos los días y jamás saldrás de aquí.

—¿Ni para desayunar? —dijo ella con una risa burlona.

—También lo haremos aquí—bromeó—serás mi cautiva toda la vida—Con una mano, ahuecó su rostro y con la otra hurgó debajo de su vestido, hasta llegar al lugar que tanto deseaba. Luego con una sola embestida, se hundió dentro de ella. Adalind no pudo evitar jadear sonoramente, pero él supo que no la había lastimado porque estaba húmeda y lista, dándole la bienvenida.

—La servidumbre se va a escandalizar—su tono de preocupación contrastaba con la forma en la que sus caderas se encontraban con el cuerpo de su esposo en cada empuje.

—Al diablo con ellos—le dijo entre embestidas profundas—que hablen de la lujuriosa marquesa de Gilmor—la escuchó reír y luego empezar a gemir, mientras aumentaba sus estocadas hasta que pronto ambos gritaban su clímax al mismo tiempo.

Un rato después, abrazados en la cama, ella descansaba feliz con su cabeza apoyada en el pecho de su esposo.

—Siempre será así de especial. ¿Verdad?

Damien besó su cabeza, somnoliento y con una sensación de paz que hacía mucho no experimentaba—No te prometo que jamás tendremos desacuerdos y que mi temperamento no saldrá a la luz en algunas ocasiones. Pero te juro que pasaré el resto de la vida adorándote y que jamás te haré daño con intención.

—Eso suena bien, para mí. —le dijo Adalind, acariciando su pecho.

—Eres lo mejor que ha pasado en mi vida y te lo demostraré todos los días.

—Y tú, mi marqués gruñón, eres lo mejor que ha pasado en la mía.

Epilogo

Adalind estaba bordando en la sala, mientras hablaba con Anne.

— ¿Y mi tía dónde está? Hace rato que no la veo—preguntó Adalind a su hermana.

—Está tomando su siesta. Ya sabes lo que dice. Una siesta en la tarde, rejuvenece.

—Creo que voy a adquirir esa costumbre—dijo Addie en tono burlón.

— ¿Y cómo va con lo de Damien?

—Bueno, ya conoces a mi tía. Ella no confía todavía, y dice que tendrá que pasar un buen tiempo para que ella se dé cuenta de que él verdaderamente se merece a una mujer como yo. Cuando él y yo arreglamos las cosas, ella fue a verlo y le dijo unas cuantas verdades, pero Damien después me dijo que se las merecía por todo lo que me había hecho sufrir, así que sabe que para ganársela nuevamente necesitará tiempo.

—Mi tía, que Dios la bendiga. Siempre defendiendo a sus sobrinas—Annie se echó a reír.

—Es cierto. Y ahora al menos tiene una amiga más.

—Oh si, lo olvidaba. La baronesa ahora vive muy cerca y eso ha hecho que se vuelvan bastante cercanas.

El hecho de que mi suegra haya comprado una propiedad tan cerca de nuestra casa, ha hecho que mi esposo sonría más—ahora se sentía mucho más tranquila viendo que por fin Damien parecía haber encontrado paz en su antes, muy atormentado corazón.

—Qué bueno, Addie. Ya era hora de que las cosas mejoraran para él.

—Así es. Lo único que no me gusta mucho, son esos viajes cada tanto. De verdad me alegra mucho tener tu compañía en estos días que Damien ha tenido que irse a Londres.

—Últimamente va mucho por allá.

—Es que tiene un negocio—dijo susurrando.

— ¿Por qué lo dices de esa forma? No es pecado tener un negocio.

—Lo es para un marques. Ya sabes que es muy mal visto por la sociedad que alguien de la nobleza trabaje. Pero mi esposo no es como todo el mundo y eso es algo que admiro de él—miró a su hermana—créeme cuando te digo que todos esos aristócratas remilgados que se la pasan mirando al prójimo como si todos fueran menos que ellos, serán los primeros en quedar en la ruina, sino hacen algo más que gastar sus fortunas. ¿Qué dinero puede durar si todo lo que haces es despilfarrarlo?

—Bueno, en eso tengo que darte la razón. Afortunadamente Damien es muy sensato.

—Sí que lo es.

— ¿Y de que se trata el negocio?

—Realmente no sé mucho del asunto pero al parecer lo está haciendo con un hombre que llegó hace poco del extranjero, y si no me equivoco viene de una familia muy rica, pero según me dice es considerado la oveja negra.

Anne se horrorizó—oh por Dios, ¿eso será conveniente para Damien? Ya sabes lo que dicen; dime con quién andas....

—Ellos llevan sus negocios muy discretamente. Y al parecer es más un rumor, que un hecho. Pero como ya sabrás a la gente le encanta chismorrear de todo el mundo, cuando no tiene nada más que hacer. Damien me ha dicho que es un buen hombre y que al parecer se conocen hace un tiempo, pero él había dejado de venir a Inglaterra.

—Desde que no sea por algo malo que hizo, me doy por satisfecha. No quiero que la gente hable más de lo que ya hablan de mi cuñado. Ha tenido su buena cuota de chismorreos. Y la verdad es que no se lo merece, es demasiado especial.

—Eso no te lo discuto. Imagínate que me ha escrito para decirme que ha conseguido para mí un libro que desde hace mucho quería—sonrió con cara de enamorada—es tan considerado.

— ¿Oh sí? Debe ser un buen libro por lo emocionada que estás. ¿Cuál es?

—“Un sistema de astronomía complementario”, escrito por Margaret Bryan—dijo ella casi desmayándose de la emoción.

Anne la miró como si fuera un bicho raro y casi rodó los ojos—debí imaginar que saldrías con algo por el estilo. No podía ser una novela o al menos un libro de esos de miedo que están de moda.

—Por Dios, Anne. Esto es mucho más educativo e interesante. Esa mujer es mi heroína. ¿Sabes que tiene una academia para señoritas en Londres? Queda en Hyde Park Corner. Y no enseña esas cosas tontas que la mayoría de las escuelas insiste en que son esenciales para una señorita de bien. Aquí te enseñan matemáticas y Ciencias.

— ¿A las mujeres?—casi gritó Anne con horror, y luego alzó los brazos al cielo. Gracias padre amado porque jamás fui a un sitio así. De lo contrario, ya estaría en un sanatorio.

Adalind no resistió las ganas de reír al ver la cara de su hermana y ambas rompieron reír a carcajadas.

—Ay hermana, no sabes el bien que me hace verte sonreír—le dijo Addie.

—Oh, no debes preocuparte por mí.

—Por supuesto que lo hago, y no solo yo, Alex también lo hace. Hermanita, mereces toda la felicidad del mundo. Me gustaría verte al lado de alguien que te ame.

Anne adquirió un gesto melancólico—ya sabes que me fue mal en esos asuntos del amor.

—Pero todos los hombres no son iguales. Sí solo te dieras la oportunidad de conocer algunos...

—No. —dijo tajante.

—Annie...

—Adalind, ya tomé mi decisión, seré una solterona feliz. Sola, pero con mucho dinero y podré hacer lo que me venga en gana.

—No te veo haciendo eso por el resto de tú vida.

—Pues mejor te haces a la idea, porque no pienso volver a pasar por un episodio como aquel,

en Londres.

Adalind no dijo nada más, pero ella no era de las que se rendían tan fácilmente. Sí fuera así, jamás habría tenido a su marques—sonrió por dentro—Mas le valía a su hermanita hacerse a la idea de que ella no descansaría hasta verla casada con un hombre que de verdad la mereciera.

FIN